

PUCK

Y SUS BROMAS

Editorial El Financiero



PUCK Y SUS BROMAS

Por LISBETH WERNER

EDICIONES TORAY.S.A.

BARCELONA-MADRID-BUENOS-AIRES

Título original danés: GAUTYVEN PUK - PUK. DAGENS HELT

Traducción: Josefina Dalmau

Cubierta: González Vicente

Ilustraciones: R. Cortiella

® Carlo Andersen - Kund Meister, Copenhague - Dinamarca

© Ediciones Toray, S. A., 1988 Duero, 6. 08031 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain



Por fin había llegado la primavera.

Aunque el invierno no había durado más de lo debido, ni había sido más duro de lo normal, los alumnos del pensionado de Egeborg recibieron con júbilo la nueva estación. Se sentían alegres y con

ánimos de cometer más travesuras y hacer nuevas bromas. Incluso la sensata Puck se sintió bromista..., aunque, por fortuna, no tenía ni idea de cuál iba a ser el resultado de su momentáneo estado de ánimo.

* * *

La señorita Fagerlund era una profesora simpática; si bien, en opinión de sus alumnas, carecía completamente de «chispa». Como profesora de labores era una experta, aunque no podía decirse lo mismo sobre su manera de tocar el piano durante las clases de música.

En sus clases estaba soñolienta y con frecuencia daba unas cabezadas tras su mesa; pero, justo antes de quedarse dormida, sus anticuados impertinentes solían caérsele y, con el ruido, la señorita Fagerlund se despertaba de nuevo. Respecto a los trabajos de las muchachas era muy severa y, de vez en cuando, no dudaba en repartir bofetadas si juzgaba que alguna de ellas descuidaba su labor o era demasiado perezosa.

Aquella mañana, la señorita Fagerlund entró en la clase de labores, se sentó tras su mesa y dijo:

— Buenos días, muchachas, hoy seguiremos con el punto de cruz. Continuaréis bordando la primera estrofa de «La rosa se sonroja en el jardín de Dana»... Dentro de media hora daré una vuelta para examinar vuestro trabajo.

Las muchachas se apresuraron a sacar sus labores, mientras la señorita Fagerlund empezaba ya a sentir sueño. Las alumnas sólo esperaban que los impertinentes se le cayesen sobre la mesa cuando, de repente, se oyó una risa mal disimulada en el fondo de la clase.

Era Navio, que se estaba divirtiendo de lo lindo.

La profesora se despertó con un sobresalto, echó una mirada por toda la clase y dijo con severidad:

— Lise, ocúpate de tu trabajo y estate quieta,

— Pero... ¡Qué gracia!

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

La señorita Fagerlund se levantó rápidamente y fue hasta la mesa de Navio, mientras las demás chicas seguían los acontecimientos con gran interés.

Navio se destornillaba de risa mientras contemplaba su labor.

La señorita se la quitó con un gesto brusco; miró un momento con expresión incrédula; se puso los impertinentes; miró de nuevo... Pero no; no podía creer lo que veía.

En vez de la poética estrofa «La rosa se sonroja en el jardín de Dana» había un bordado muy mal hecho que decía:

«Fagerlund, simpática señorita,
duerme la siesta de la corderita».

— ¿Qué es esto? —preguntó la profesora con cara agria.

Navio se rió de nuevo y contestó:

— Una poesía, señorita.

— ¿La has hecho tú?

— No, pero, ¿verdad que tiene gracia?

— ¿Gracia?

La señorita Fagerlund dio una sonora bofetada a Navio. Todas las chicas de la clase miraban la escena con gran emoción, y Puck se levantó rápidamente.

— Señorita, no castigue usted a Lise, yo he bordado esos versos.

— ¿Así que fuiste tú?

La profesora se volvió rápidamente hacia Puck y le dio seis o siete bofetadas seguidas.

Puck recibió el castigo sin pestañear, pero se puso colorada. Sabía muy bien que había cometido una travesura, pero no creía que fuese tan grave como para merecer semejante castigo.

— ¡Siéntate! —ordenó la señorita Fagerlund entre dientes y lívida de ira volvió a su mesa.

La profesora estaba fuera de sí de rabia, pero se debía únicamente a que aquellos versos encerraban una gran verdad. Y, como es sabido la verdad casi siempre es mal recibida.

Puck estaba inmóvil, mirando con fijeza ante sí. Se había arrepentido de su travesura, pero era demasiado tarde. Sólo había querido gastarle una broma a Navio.

Reinaba un gran silencio en la clase. El sentido de la justicia de las alumnas se rebelaba contra el desproporcionado castigo sufrido por Puck. Con una sola bofetada hubiera bastado, aunque el director prohibía toda clase de castigo corporal en el pensionado. Pero siete bofetadas era demasiado.

— Es una vieja burra colérica —musitó Dortha a su vecina Rigmor—. Pero yo tengo una idea...

— ¿Cuál? —preguntó Rigmor ansiosa.

— Te lo explicaré durante el recreo.

— Dímelo ahora...

— ¡Silencio! —sonó la severa voz de la señorita Fagerlund.

Dorthe Hagen inclinó la cabeza para ocultar su sonrisa.

Entre las chicas del colegio, nadie la igualaba en lo de cometer travesuras. Se le ocurrían las cosas más fantásticas; incluso Alboroto y Cavador le envidiaban su ingenio.

El padre de Dorthe estaba en Río de Janeiro. Era el director y el mayor accionista de una compañía naviera donde el padre de Navio trabajaba como capitán de un barco mercante. El señor Hagen se había visto obligado a internar a su traviesa hijita en el pensionado de Egeborg con la esperanza de quitarle las ganas de gastar bromas.

La niña había ido a Dinamarca desde Río de Janeiro con el «Margrethe III», el barco que mandaba el padre de Navio, y durante el trayecto estuvo a punto de volver loca a toda la tripulación, trepando a los palos, lanzando cohetes de socorro, jugando con los aparatos de la cabina de radio, etcétera, etcétera.

Al final, el capitán Sommer, no sabiendo ya qué hacer con la revoltosa muchacha, mandó el siguiente telegrama al director Hagen, en Río de Janeiro;

Comprendo que Dorthe haga un viaje de placer, pero ¿incluye el programa el dejarla pilotar el barco?

Y el padre de Dorthe, que sin duda poseía un gran sentido del humor, respondió con este cablegrama al capitán Sommer:

Si la encuentra usted capacitada, no veo por qué no dejar que lo haga. ¡Suerte con el experimento!

En el pensionado de Egeborg, Dorthe continuó con sus travesuras, pero tenía tal simpatía que nadie podía enfadarse en serio con ella.

En aquellos momentos, Dorthe estaba indignada por lo ocurrido, y había decidido vengar a Puck. Durante el recreo tomó a Rigmor aparte y le preguntó:

— ¿Quieres participar en una buena broma?

— Sí... Bueno... Pero dime primero de qué se trata.

— Hay que darle su merecido a la señorita Fagerlund por las bofetadas que le propinó a Puck, y también por la que le dio a Navio. ¿No te parece que la señorita Fagerlund es un poco...,

digamos burra?

— Pues..., sí...

— Claro que lo es. Y ahora vamos a llevarle su pareja a su misma habitación, en el edificio de los profesores.

— ¿Qué piensas hacer? —preguntó Rigmor boquiabierta.

La sonrisa de Dorthé era misteriosa.

— Dentro de un par de días me van a regalar un burrito enano.

— ¿Cómo? — exclamó su amiga—. ¿Un burro? ¿Aquí, en el colegio?

— Eso es.

— ¿Y para qué lo quieres tú? ¿Has pedido permiso al director para tenerlo?

— No. Pero el director no tiene nada en contra de los animalitos.

— Un burro no es un «animalito» precisamente.

— No digas bobadas, Rigmor. Alboroto y Cavadó tienen montones de ratoncitos blancos.

— Hay una gran diferencia entre un ratoncito blanco y un burro.

— Un burro es un animalito muy dulce, sólo que la gente parece no haberse enterado.

— ¡Si tú lo dices...!

Dorthé se rió. Se divertía en grande.

— Dentro de un par de días llegará el «Margrethe III» a Sundkøbing y el capitán Sommer, el padre de Navio, me trae un burrito enano de Ceylán que se llama «Pedro». Es un regalo de cumpleaños que papá me envía. ¿Verdad que es divertido?

— Sí... Muy divertido.

— Eso mismo pienso yo. Estoy segura de que «Pedro» nos divertirá mucho. Según me han dicho, es un gamberro que muerde y da coces, pero ya le quitaremos esas malas costumbres.

— ¡Ya!

— Sí, son pequeñeces que no cuentan. Un burro es un burro, y da igual que se llame «Pedro» o «Señorita Fagerlund». Se van a divertir juntos.

Rigmor se había quedado silenciosa. Las palabras de Dorthé la habían hecho reflexionar. Sólo de pensar que Dorthé, sin el permiso del director, iba a recibir un burro en el pensionado de Egeborg, le producía escalofríos. Sin embargo, aún era peor pensar en qué iba a utilizar el burro su amiga.

Rigmor miró algo asustada a Dorthé.

— ¿Has pensado...? ¡Ejem! ¿Has pensado regalar tu borrico enano a la señorita Fagerlund?

Y la traviesa Dorthé contestó:

— Sí, algo por el estilo.

No tuvieron tiempo de hablar más del asunto porque fueron llamadas a clase. Dorthé seguía sonriendo; casi se alegraba de que Puck, con su broma, hubiese iniciado los acontecimientos. Si Puck no hubiera bordado aquellos versos, no hubiera recibido las bofetadas, y en tal caso la señorita Fagerlund no hubiera sido presentada nunca al borrico «Pedro».

* * *

Un par de días después, Dorthé se fue a Sundkoebing para buscar a «Pedro». Le hubiese gustado llevarse a Rigmor, pero ésta tenía ciertos escrúpulos y no se atrevía a participar en la broma. Entonces Dorthé pensó en Navio.

Era natural que Navio quisiera acompañarla para ver a su padre y, en efecto, aceptó entusiasmada al enterarse de que podía ir con ella a Sundkoebing, pues a causa de los horarios del tren no hubiera podido ir allí hasta el fin de semana.

Dorthé había alquilado un coche con chófer.

— ¿De dónde has sacado el dinero para alquilar un coche? — preguntó Navio.

— Papá me lo mandó para poder transportar a «Pedro».

— ¿Quién es «Pedro»?

— Es un burrito de Ceylán. Lo vamos a tener en el pensionado.

— ¡No me digas! ¿Qué te dijo el director?

— Aún no lo sabe. Es una sorpresa.

A Navio le faltó el aliento:

— ¿Te has vuelto loca de remate? ¡Estoy segura de que el director no te va a dar permiso para tener un borrico!

— Si Alboroto y Cavadore tienen ratoncitos, ¿por qué no puedo tener mi borrico?

— Hay una gran diferencia de tamaño entre un ratón y un burro. Tengo el presentimiento de que habrás de guardar a «Pedro» en la granja del padre de Annelise... Sin embargo, a pesar de todo, es formidablemente palpitante.

— Sí — asintió Dorthé —. Y puedes estar segura de que la

señorita Fagerlund también lo encontrará «formidablemente palpitante».

— ¿Qué tiene que ver la señorita Fagerlund con tu burrito? — preguntó Navio asombrada.

Sin entrar en detalles, Dorthé explicó que le tenía preparada una pequeña broma a la señorita por sus malos tratos a Puck, y concluyó:

— Tú también recibiste una bofetada que no habías merecido.

— Sí, pero...

— Nada de peros. El director prohíbe pegar en este colegio. Por eso he puesto el mote de «Vieja burra» a la Fagerlund, y dentro de poco va a conocer a otro de su misma especie.

— Ya — murmuró Navio preocupada.

— Si no quieres venir conmigo a Sundkoebing — dijo Dorthé contrariada—, me iré yo sola. Ya me las arreglaré con «Pedro» sin tu ayuda.

— ¡No! —exclamó Navio asustada.

Sólo pensar que no iba a poder ver a su padre aquel mismo día le hizo arrojar todos sus escrúpulos por la borda, y añadió, ansiosa:

— Claro que quiero acompañarte, Dorthé... Puede que todo salga bien —admitió.

Pero no estaba muy convencida.

* * *

El «Margrethe III» había tenido un viaje muy duro, pero no precisamente por el tiempo ni las tormentas, sino por la presencia del borrico a bordo.

Como el director Hagen era muy amante de los animales, había exigido que «Pedro» no fuera encerrado en la bodega durante el trayecto, sino que le dejaran andar libremente por el barco.

Y había sido una experiencia horrible.

De aspecto, aquel jumento enano era simpático y lleno de encanto. Podía haberse convertido en la mascota de la tripulación, a no ser por sus travesuras.



Daba la impresión de que le divertía gastar bromas continuamente. Aparecía en los lugares más insospechados y siempre armaba líos. Si el cocinero abandonaba por un momento la cocina, era seguro que a la vuelta «Pedro» se habría comido toda la verdura destinada a la tripulación. En los camarotes revolvía y mordisqueaba la ropa y la llevaba de un lugar a otro. También se comía los puros brasileños. Había dejado la manguera de regar la cubierta convertida en un colador.

Sin embargo, su travesura más espectacular ocurrió cuando, al querer ver de cerca la corredera, se cayó al agua. En aquel mismo instante sonó el grito, no muy apropiado en aquel caso, de:

— ¡Hombre al agua!

Uno de los botes fue arriado y, media hora después, el pequeño «*Pedro*» se encontraba de nuevo a salvo, a bordo del «*Margrethe III*».

Por eso no era de extrañar que el capitán Sommer suspirase aliviado cuando por fin llegaron a Sundkoebing y Dorthé Hagen fue avisada de que podía llevarse su borrico.

Y precisamente cuando esto iba a ocurrir, «*Pedro*» aún logró hacer otra de las suyas. Nadie pensó en la escalerilla de desembarco y el animal no tardó en aprovecharse de ello. Bajó rebuznando de alegría, causando gran alboroto en las normalmente tranquilas calles de Sundkoebing.

El primero en sufrir la presencia de «*Pedro*» fue el señor Larsen, el verdulero. Todo su tenderete de frutas y verduras fue derribado cuando el jumento sintió deseos de zamparse unas exquisitas zanahorias. Un momento después, todas las coliflores, patatas, frutas y otras verduras estaban esparcidas por la calle.

El señor Larsen tenía fama de colérico; no obstante se quedó sin habla al salir de su tienda y ver que un burro huía corriendo calle abajo.

Poco después, «*Pedro*» inició una bulliciosa pelea con los perros

callejeros, haciéndose respetar dando coces a diestro y siniestro. El combate reunió a varios espectadores, que se divertían en grande.

Un agente de policía se acercó para acabar con aquel lío, pero en el mismo instante llegaron también dos marineros del «Margrethe III» que no sin dificultades lograron llevarse a «Pedro».

Media hora después apareció el verdulero en el barco, a reclamar dinero por daños y perjuicios. El capitán Sommer pagó suspirando, y volvió a suspirar cuando llegó un policía que, con una sonrisa, le denunció por provocar disturbios en las calles.

— ¿No puede usted acusar a «Pedro»? —preguntó el capitán desesperado.

Pero aquel agente no sabía muy bien lo que la ley danesa dice sobre burros sueltos, así que se limitó a aconsejar al capitán que tuviera más cuidado con el revoltoso animal.

El marino así se lo prometió y puso un par de centinelas en la escalerilla de desembarco.

«Pedro» no pareció muy disgustado; sin duda se había dado cuenta de que tenía tantas posibilidades a bordo del «Margrethe III» como en tierra firme, y continuó con sus correrías.

Todos suspiraron aliviados al ver un coche pararse en el muelle y a dos chicas subir corriendo la pasarela: Eran Navio y Dorthé.

El reencuentro entre padre e hija fue muy cariñoso. Cuando terminaron de abrazarse, el capitán Sommer dijo un poco jadeante:

— Tendrás que perdonarme, Dorthé, que no te haya saludado primero. Estoy muy contento de volver a verte.

— ¿Está usted seguro? —sonrió Dorthé burlona.

— Sí, puedes creermelo —rió el padre de Navio—. Bueno; suponiendo que no vienes con nosotros en el viaje de vuelta a Río de Janeiro.

— No tema; no voy.

— ¡Qué maravilla!

— Eso no es muy galante por su parte, capitán Sommer.

— No. Seguramente no es lo que suele decirse a una jovencita; pero debes admitir que tuvimos ciertas dificultades contigo, cuando viniste con nosotros a Dinamarca, ¿verdad?

— No lo comprendo, porque yo me divertí muchísimo.

— No lo dudo —dijo el buen capitán, convencido—; sin embargo, no fue tan divertido para nosotros. No obstante, este viaje

fue aún peor.

— ¿Mal tiempo?

— Nada de eso...; ¡«Pedro»!

— ¿El burrito?

— Sí — asintió el capitán Sommer —. A pesar de lo pequeño que es, se convirtió en una verdadera pesadilla para nosotros. Lo lamento por el pensionado de Egeborg; tarde o temprano, profesores y alumnos terminaréis en el manicomio.

— Bueno... Tanto como eso...

— Puedes estar segura —dijo el capitán. Y a renglón seguido contó parte de las travesuras cometidas por «Pedro» durante el viaje, para que supieran que «Pedro» no era un borrico normal y corriente.

Las dos amigas intercambiaron una mirada, y Dorthé preguntó, ansiosa:

— ¿Dónde está «Pedro» ahora, capitán Sommer?

— Seguramente en la cocina, echando a perder la sopa —suspiró el capitán Sommer—. O quizá esté nadando en el puerto, ¿quién sabe? Lo mejor será que empecéis a buscarlo.

Mientras las dos amigas trataban de encontrar al borrico, preguntaron a varios miembros de la tripulación por el paradero de «Pedro», pero estos se limitaron a encogerse de hombros. Nadie sabía con exactitud dónde podía estar el revoltoso jumento.

— Oye, Dorthé —dijo Navio preocupada—. ¿No crees que «Pedro» se convertirá en un problema para todos..., ¡ejem!, y para el director Frank?

— Yo lo encuentro muy divertido.

— Es posible, pero sospecho que el director no pensará lo mismo.

Dorthé hizo un gesto de irritación con la mano:

— ¿Qué te pasa, Navio? ¿No eres la misma?

Y era verdad. Entre las chicas del colegio, Lise Sommer era una bromista incorregible; no obstante, en aquellos momentos estaba preocupada. «Pedro» no parecía ser fácil de dominar..., y lo peor de todo era que Dorthé no había pedido permiso al director para llevar al pensionado aquel animal.

— Vamos a seguir buscando — dijo Dorthé.

Pero se pararon al oír un rebuzno dentro de un camarote.

—Allí está —dijo Dorthé, jubilosa, y abrió la puerta.

Su júbilo se desvaneció al verle: estaba pisoteando una caja de puros brasileños. La llegada de las dos muchachas ni siquiera pareció turbarle. Las miró con indiferencia cuando Dorthé exclamó:

— Pero, «Pedro», ¿qué estás haciendo?

— ¿No crees que deberíamos...? —empezó Navio, tímida.

— Tonterías interrumpió Dorthé, rápida—. La caja de puros no tiene importancia. Papá pagará los daños, naturalmente. Y «Pedro» es un animalito encantador.

Se inclinó hacia el borrico y dijo, mimosa:

— Ven aquí, «Pedrito»..., angelito mío...

El «angelito» le lanzó un mordisco, no muy fuerte, y Dorthé dio un grito.

— ¿Qué te parece ahora? — preguntó Navio riendo.

— Lo voy a educar. Lo convertiré en un burrito bien educado, ¿verdad, «Pedro»?

Un rebuzno alegre fue la única respuesta. «Pedro» olfateó a Dorthé y pareció encontrarla simpática.

— ¿Verdad que es encantador? — preguntó Dorthé que ya le había perdonado el mordisco.

— Pues, sí... No está mal...

Dorthé acarició al animal y dijo:

— Es un tesoro, y va a darnos muchos ratos alegres en el pensionado de Egeborg. Le trataremos muy bien todos..., incluso la señorita Fagerlund.

— ¿Qué me dices del director?— preguntó Navio con expresión de duda.

— Al director le gustará — dijo Dorthé convencida —. Le gustan mucho los animales y también se hará amigo de «Pedro». ¿Vamos, «Pedrito»?

Y ante el asombro de Navio, el pequeño jumento obedeció y salió tras Dorthé.

— ¡Qué maravilla! — exclamó el capitán Sommer, que había llegado en aquel instante—. ¿Te has dedicado alguna vez a domar fieras?

— No —rió Dorthé—. Sin embargo, estoy segura de que el burrito y yo seremos grandes amigos, ¿verdad, «Pedro»?

Un alegre rebuzno contestó a su pregunta. Media hora después,

las dos amigas estaban de regreso al colegio. Navio había recibido varios regalos de su padre, otro para Dorthé y uno para cada una de las tres muchachas del «Trébol de Cuatro Hojas» «Pedro» se pasó el trayecto acostado a los pies de las dos amigas y se portó bastante bien; tan bien que incluso Navio empezó a tenerle simpatía.



Al acercarse al colegio, la muchacha preguntó:

— ¿Cómo has pensado arreglar todo esto, Dorthé? Porque supongo que no pensarás llevarlo al despacho del director y decirle: «Aquí está «Pedro». Le gustaría quedarse en el colegio».

— No, no creo que fuera oportuno.

— Pero, entonces ¿qué?

— Pues... —empezó Dorthé un poco vacilante—. Quizá sería mejor dejarlo en algún sitio por esta noche. Mañana lo necesitaré para algo durante el recreo, después del almuerzo.

— ¿Qué dices? —preguntó Navio asombrada—. ¿Necesitas a «Pedro» para «algo»? ¿Qué es ese «algo», si puede saberse?

Durante un instante, Dorthé se sintió tentada de contárselo todo a Navio. Ya le había dicho la mitad; no obstante lo pensó mejor. No quería complicar a Navio en sus travesuras y causarle problemas. Sabía muy bien que su broma podía tener consecuencias, quizá consecuencias graves, y no quería compartir la responsabilidad con nadie.

— ¿Qué contestas? —preguntó Navio ansiosa.

Sin embargo, su amiga movió lentamente la cabeza:

— No, Navio. Quiero guardar mi pequeño secreto hasta mañana.

— ¿Tiene algo que ver con la señorita Fagerlund?

— Exactamente.

— ¡Ya! Prométeme tener cuidado y no meterte en algún lío gordo que pueda terminar en el despacho del director.

— No te preocupes — contestó Dorthé —. De momento, se trata

de encontrar un lugar donde dejar a «Pedro» por esta noche. ¿Crees que el señor Bang, el guardabosques, me lo guardaría esta noche?

— Lo dudo —opinó Navio preocupada.

— ¿Dónde, entonces?

— Pues..., supongo que no te gustaría atarlo en el Bosque del Oeste, ¿verdad?

— ¡No! Ni lo pienses. Primero, porque tendría frío, y segundo, porque podría escaparse. Y no quiero perder a «Pedro».

— Te comprendo. ¡Es tan cariñoso y bien educado! — sonrió Navio con ironía.

De pronto, Dorthie empezó a dar saltitos en el asiento:

— ¡Ya sé donde, ya sé donde! El señor Piil, el jardinero, no usa uno de los invernaderos, según creo. Hablo de aquél que da a la carretera. Pondremos a «Pedro» esta noche allí, y mañana, a la hora de almorzar, lo recogeré. ¿Qué te parece mi idea?

— ¡A mí muy bien! Pero quizá el jardinero no se mostrará tan entusiasmado.

— No digas bobadas. No hará falta ni pedirle permiso siquiera. El señor Piil es muy amante de los animales.

— Hay que serlo mucho para querer a «Pedro» — suspiró Navio —. Pero ¿no crees que sería mejor decírselo primero?

— ¿Y si, a pesar de ser tan amigo de los animales, no le gusta la idea? No me atrevo a correr el riesgo. La puerta del invernadero nunca está cerrada con llave. Y «Pedro» no puede estropear nada sólo por dormir allí una noche.

— ¡Ya! —dijo Navio.

Fue una verdadera lástima que Dorthie no sintiera los mismos escrúpulos que Navio.



Por naturaleza, el jardinero Piil era muy ingenuo, y no había creído necesario cerrar con llave el invernadero K, aunque allí estaba forjando su gran sueño: la creación de una rosa negra.

Cada día, después del almuerzo, el jardinero iba al invernadero K para contemplar con ternura sus queridas plantas, a las que trataba como a hijos mimados.

Al entrar se quedó petrificado. El interior parecía un campo de batalla. La tierra estaba removida y las plantas destrozadas. Lo que hubiese podido ser el triunfo de su vida, los injertos de la rosa negra, habían sido destruidos.

El pobre hombre estaba a punto de desmayarse. Tardó algún tiempo en poder salir del invernadero y llamar al primer ayudante que encontró, Soerensen, un tipo que no había descubierto precisamente la pólvora.

Temblando de excitación y con voz turbada, le pregunto:

— Soerensen..., ¿qué ha pasado aquí?

— ¿Pasado? —preguntó a su vez Soerensen con expresión de bobo.

— ¡Sí!... ¡Todo está destrozado en el invernadero!... ¡Incluso mis rosas negras!

— Debe de haber sido aquel burro.

— ¡¿Aquel burro?! —balbuceó desolado el señor Piil—. ¿Quién ha podido ser tan burro como para estropear la obra de mi vida, mis rosas negras?

— Aquel burro tenía cuatro patas, señor Piil... Un burro muy chiquitín... Una de esas mocosas del pensionado vino a buscarlo...

— Pero; ¡eso es imposible!

— Es verdad. Lo vi con mis propios ojos.

Y el ayudante siguió explicándose, hasta llevar al jardinero al borde de la desesperación:

— Justo a la hora del almuerzo llegó una de las niñas del pensionado, entró en el invernadero K y, poco después, la vi salir con un burrito pequeñísimo, y se fueron al pensionado.

Soerensen creía que Piil estaba enterado de todo, y por eso no había dado importancia al hecho. Ni siquiera había entrado en el invernadero después o pensado en cerrar la puerta,

Cuando vio la cara desolada de su jefe preguntó tontamente:

— ¿Ha ocurrido algo?

— Sí — suspiró el jardinero —. Ha ocurrido algo muy grave. Sin embargo, es inútil hablar más de ello.

* * *

Después de clase, la señorita Fagerlund se fue a su habitación en el edificio de los profesores. Casi nunca estaba con los demás colegas cuando éstos se quedaban a tomar una taza de café.

Ella tenía prisa en regresar a sus flores y a sus clásicos, que eran su alegría y orgullo. La señorita Fagerlund no era muy querida ni por sus colegas ni por sus alumnos.

Andaba a pasitos menudos. Así llegó al edificio de los profesores.

Cuando abrió la puerta de su habitación, lanzó un agudo chillido: En medio de su cuarto había nada menos que un burro.

Después de gritar se restregó los ojos, convencida de haber visto visiones... Pero no; no había duda.

Desde el otro lado del pasillo llegaba corriendo el señor Krog. Había estado abstraído, estudiando una obra de Ciencias Naturales, y el grito de la profesora le había vuelto al mundo.

— ¿Qué le pasa, señorita Fagerlund? —preguntó jadeando.

— ¡Mírelo, mírelo usted, señor Krog!

— Pero ¿qué demonios...? —empezó.

Y la señorita Fagerlund balbuceó desolada:

— Señor Krog, usted que da clases de Ciencias Naturales, dígamele: Eso que está allí dentro, ¿es o no es un burro?

— ¡En efecto! Se trata de un burrito enano de Ceylán...

«Pedro» echó una mirada de fastidio a aquellas dos personas que le interrumpían, y continuó masticando los clásicos de la señorita

Fagerlund. La cultura antigua no parecía gustarle, porque volvió a escupir gran parte de lo que había masticado.



No obstante, las flores sí que habían sido de su agrado: no quedaba ninguna. El diminuto borriquito se dirigió hacia la señorita Fagerlund, quien lanzó un nuevo chillido:

—¡Ay, no! ¡Me va a atacar..., me va a atacar!

Y se alejó gritando por el pasillo. El señor Krog se apresuró a cerrar la puerta de la habitación y se quedó un rato pensativo, dudando qué hacer.

Uno no se encontraba todos los días un burrito en la habitación de una profesora. Sin duda, alguno de los muchachos mayores era el culpable de aquella broma, posiblemente Alboroto o Cavador. Su deber era informar al director. Aquellos dos gamberros habían ido demasiado lejos. Sin duda serían expulsados del colegio.

Aunque el señor Krog no le tenía mucha simpatía a la señorita Fagerlund, su sentido de la justicia venció. Además, le tenía lástima. Había cuidado sus flores como una madre a sus hijos, las obras clásicas eran su orgullo..., y ya no quedaban más que despojos de todo ello. Más que una broma, aquello era una canallada.

Y Krog se fue en dirección al despacho del director.

* * *

Cuando el profesor Strandvold atravesaba la explanada, llevando consigo el burrito para meterlo en la lavandería, fue observado por muchos de los alumnos que, acto seguido, empezaron a rumorear.

Al poco tiempo, todos en el colegio estaban enterados de lo ocurrido, y la emoción fue enorme cuando el director llamó a todos a la gran aula, media hora antes de la cena.

Las cuatro amigas del «Trébol de Cuatro Hojas» estaban

ocupadas con sus deberes. Normalmente, aquello no les impedía charlar animadamente; pero aquella tarde Navio estuvo muy callada; tanto, que Puck le preguntó:

— ¿Qué te pasa. Navio? Estás más callada que una tumba. ¿Estás triste por algo?

— Pues... Sí... En cierta forma...

— ¡Habla de una vez!

Navio vaciló; pero, después de pensar un poco, empezó a contar toda la historia a sus tres amigas, que escuchaban con la boca abierta. Cuando Navio concluyó su relato, se quedaron todas calladas y al fin Puck dijo:

— Es verdad que la señorita Fagerlund me castigó con exceso; sin embargo, opino que Dorthé ha ido demasiado lejos.

— Yo también —asintió Karen.

Y la sensata Inger añadió seria:

— Dorthé siempre fue muy bromista y sus travesuras son famosas; no obstante, creo que el director no lo tomará a broma esta vez... tal vez... Quizá...

— ¿Quieres decir que quizá la expulse?

— Sí, estoy segura.

— ¡Qué lástima! — exclamó Navio a punto de llorar —. Dorthé es una chica estupenda y no lo ha hecho con malicia. Sólo se enfadó por las bofetadas que recibimos nosotras..., sobre todo por las que te tocaron a ti, Puck.

— Me las merecía.

— No...

— Claro que sí; aunque no hubiera creído nunca que una pequeña broma pudiera tener semejantes consecuencias. Ahora siento que todo lo ocurrido ha sido por mi culpa... Pero... Pero..., ¿qué puedo hacer yo por Dorthé?

Puck rompió a llorar, e Inger le dio unos golpecitos en el hombro, mientras decía para consolarla:

— No creo que puedas hacer nada, Puck. No obstante, es ridículo que tú tengas remordimientos. ¿Cómo ibas a sospechar que Dorthé haría una tontería así? Ante todo, debes tranquilizarte.

— Bien..., pero, ¿qué ocurrirá si expulsan a Dorthé?

— No tendrás tú la culpa de eso.

Puck había perdido su buen humor. Todo lo veía negro, y le era

imposible concentrarse en sus deberes. Aunque Dorthé no era una de sus mejores amigas, la apreciaba mucho; y sentía gran pena por ella al pensar que podía ser expulsada del pensionado.



¿Qué se podía hacer para evitarlo?

Puck miraba distraída por la ventana el paisaje primaveral, mientras sus tres amigas seguían hablando. El director debía de estar muy enfadado; si no, no hubiera convocado la reunión en la gran aula. Aquello sólo ocurría en casos graves.

— Yo no pienso decir nada — aseguró Navio decidida —. Seguramente nos van a interrogar.

— No hace falta tampoco — dijo Inger —. Se presentará ella misma. No tiene miedo de cargar con la responsabilidad.

— Es una chica de primera — asintió Karen.

De nuevo el silencio reinó en el «Trébol de Cuatro Hojas».

* * *

Mientras esto ocurría, Dorthé empezaba a tener remordimientos. Procedía de una casa muy rica, donde siempre había podido hacer lo que se le antojaba; sin embargo, de pronto tenía la sensación de haber ido demasiado lejos. Pensaba en ello mientras daba un paseo por el Bosque del Oeste.

Por eso no tenía ni idea del jaleo causado por «Pedro» en la habitación de la señorita Fagerlund. Tampoco sabía que el director había convocado una reunión en la gran aula.

Naturalmente, sospechaba que la señorita Fagerlund se habría asustado. Eso en sí no le preocupaba, ya que la agria profesora se lo merecía. Pero, ¿qué pasaría si «Pedro» destrozaba algo?

De pronto se le ocurrió pensar «qué habría pasado en el invernadero que ella creyó vacío».

Dorthé dio media vuelta y decidió entrar en los huertos para

hablar con el señor Piil antes de regresar al colegio. Al primero que encontró fue al ayudante de jardinería Soerensen. Cuando preguntó por Piil, el hombre contestó:

— No puedes verle hoy. Está enfermo... Pero, dime: ¿no fuiste tu quien sacaste esta mañana un burro del invernadero?

— Sí... Por eso quiero hablar con el señor Piil. Sin pedirle autorización, ayer por la noche metí mi burrito en su invernadero.

El ayudante movió la cabeza desconsolado.

— Has sido muy estúpida, porque tu burro se comió todas las rosas negras del jardinero.

— ¿Rosas negras?

— Exactamente. Y ahora el pobre señor Piil es un hombre arruinado y acabado.

— ¡Oh, no! — exclamó Dorthé asustada.

El ayudante asintió con un gesto de suficiencia y empezó a dar una explicación un tanto exagerada.

Aunque lo ocurrido había afectado mucho al señor Piil, de ninguna manera se encontraba arruinado ni acabado. El jardinero tenía dinero y su futuro económico no dependía de ser el primero en el mundo en crear una rosa negra.

Sin embargo, Dorthé no podía saberlo. De pronto se dio cuenta de que algo irreparable había ocurrido y que el simpático jardinero estaba enfermo de pena. ¿Cómo reparar el daño causado?

Dorthé había hecho muchas travesuras en su corta vida, pero ninguna como aquélla. Tenía la sensación de haber cometido un crimen. Con la cabeza gacha continuó hacia el pensionado, donde, momentos después, iba a recibir el segundo susto.

Una de las chicas que jugaban en la explanada le contó las cosas «horribles» ocurridas en la habitación de la señorita Fagerlund. La historia había corrido ya por todo el colegio, aunque nadie sabía detalles.

Gurli Henriksen, compañera de clase de Dorthé, dijo alegre:

— ¡Es tan emocionante todo! El director ha ordenado que nos reunamos en la gran aula antes de la cena. Quiere saber quién ha sido el culpable de esa broma pesada con el burro. Todos creen que fueron Alboroto o Cavadó.

— No — dijo Dorthé en voz baja —. Fui yo.

— ¿Qué dices?

Dorthe asintió desolada:

— Sí, fui yo, y lo siento tanto...

Y a punto de llorar, añadió:

— Sin embargo, estoy dispuesta a recibir mi castigo.

— Pero, Dorthe... —empezó Gurli para consolarla.

Dorthe la interrumpió con desgana y murmuró:

— Soy una chica mala... Una chica muy mala... No sirvo para estar en un pensionado como Egeborg... No puedo quedarme en un lugar tan bueno. El director, de todos modos, me expulsará... Estoy segura...

— Tonterías, Dorthe — le dijeron sus amigas —. No has cometido ningún crimen...

— ¿Qué sabes tú? — lloró Dorthe silenciosamente —. Y mi castigo será que habré de dejar el pensionado de Egeborg que tanto me gusta. Salud a «Pedro» en mi nombre. Él no tiene la culpa de todo lo ocurrido. Sólo es un pequeño burrito mimado y mal educado.

Las muchachas estaban silenciosas. No sabían cómo actuar. Dorthe dio media vuelta y con la cabeza baja empezó a caminar en dirección a la carretera. Cuando llegó a los invernaderos giró a su izquierda y continuó hacia Oesterby.

De pronto la tímida Lone pareció despertar.

— No podemos dejarla marchar. No sabemos lo que puede hacer. Hay que avisar al director...

— No, al director no —sonaron voces a su alrededor.

— Pero, entonces ¿qué hacemos?

Hubo un momento de confusa discusión y al final sonó una voz:

— Buscaremos a Puck. Ella ha arreglado asuntos más difíciles que éste; estoy segura de que encontrará una solución.

— ¡Bravo! Es una idea estupenda! — dijeron sus amigas al unísono.

Y las muchachas se fueron corriendo hacia el edificio principal.

* * *

Puck iba de prisa. Se trataba de salvar a una compañera que se había metido en un buen lío.

—«¡Pobre Dorthe! —pensó Puck mientras pedaleaba a gran velocidad por la carretera de Oesterby».

Y Puck tenía razón al pensar así. En aquel instante, Dorthe

Hagen se sentía la criatura más desgraciada de la tierra. Caminaba hacia la estación de Oesterby. Quería alejarse a toda costa de aquel lugar. Quería marcharse. Iría a casa de su tía en Copenhague y luego regresaría a Río de Janeiro, con su padre.

Y todo por el pequeño burrito. La había metido en una situación desesperada. Como les ocurre con frecuencia a las personas que se encuentran en situaciones difíciles, Dorthé no pensó con mucha lógica. Se había metido en un buen lío, y no podía negarse que «Pedro» había causado gran parte de los problemas; pero, por otro lado, Dorthé sabía de antemano que el burrito era revoltoso, y debía haber actuado teniendo esto en cuenta.

No se le podía exigir a un borrico que tuviese cuidado cuando se encontrase en un invernadero con rosas negras o en la habitación de una profesora, en cuyas estanterías había libros valiosos. Un burrito no podía saber nada de eso.

Puck pedaleaba a mucha velocidad. Sus compañeras le habían contado que Dorthé había marchado camino de Oesterby, y Puck imaginaba las intenciones de su amiga. Estaba segura de que tomaría el último tren de la tarde para Copenhague.

Puck se acordó de que Dorthé, sin gran entusiasmo, le había explicado una vez algo sobre una tía que vivía en la capital, así que debía de estar muy desesperada para escoger tal solución.

¿Llegaría a tiempo?

Al cabo de ocho minutos saldría el tren. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente a causa de su furioso pedaleo, mientras dejaba tras ella una nube de polvo. Tenía que llegar a tiempo. Si Dorthé lograba tomar el tren, podía dar la batalla por perdida. Y no habría tiempo para ganar otra.

¿Dónde se encontraría la muchacha? Tenía que haber andado de prisa si había llegado a Oesterby antes que ella. Puck consultó de nuevo su reloj: quedaban dos minutos. Como un cohete pasó ante las primeras casas de Oesterby, y poco después había llegado a la estación. Tiró la bicicleta y entró corriendo al andén. En aquel instante llegaba el tren.

No había muchos viajeros para Copenhague y Puck no tardó en ver a su amiga, que estaba a punto de subir a un vagón. Puck gritó jadeando:

— ¡Dorthé, espera!

La chiquilla oyó su grito y, durante una fracción de segundo, pareció vacilar, sin embargo se puso a subir la escalerilla sin mirar hacia atrás. Casi en el último instante, Dorthé notó que alguien la agarraba con fuerza de la falda y la hacía perder el equilibrio. Puck había llegado a tiempo, pero las dos chicas rodaron por el andén.

Un par de señoras chillaron asustadas, y dos empleados de ferrocarriles se acercaron corriendo; pero Puck se levantó y dijo respirando fatigosamente:

— Todo está bien. Mi amiga quería tomar el tren sin despedirse de mí.

En aquel momento el tren se puso en marcha. Algo aturdida, Dorthé se levantó también. Durante un instante la expresión de su cara fue de confusión, pero cuando los empleados empezaron a preguntar, dijo con una leve sonrisa:

— Todo está bien. Naturalmente, quería despedirme de mi mejor amiga.

— Pero...

— Todo está bien, les digo.

— Bueno, bueno...

Los dos hombres se alejaron lentamente. Habían esperado ser protagonistas de algo emocionante y dramático en Oesterby, donde nunca ocurría nada extraordinario.

— ¿Qué pretendes, Puck? —dijo Dorthé con voz dura.

— Quiero evitar que cometas una estupidez.

— He cometido tantas hoy que una más no importa... ¿No lo sabías?

Puck puso su brazo sobre los hombros de su amiga y contestó tranquila:

— No hablemos más de ello, Dorthé. Puede ser que te hayas metido en un buen lío, pero no está bien escaparte de la responsabilidad. El director ha convocado una reunión en la gran aula...

— Ya lo sé —interrumpió Dorthé—. Pero no quiero quedar en ridículo delante de todos los compañeros. ¡Ni hablar! Me vuelvo con mi padre a Río de Janeiro. ¿Quieres heredar mi burrito, Puck?

— Pues... ¡Ejem!... No quiero parecerte ingrata, pero...

— «Pedro» me da mucha pena, es muy bueno, y no quería hacer ningún daño.

— ¡Ya!

— Bueno, admito que es travieso... Pero también nosotras lo somos a veces.

— Sí —asintió Puck alegre—. Pero ahora volvamos al colegio.

— No quiero.

— No seas tonta. Tenemos que acudir a la reunión. No tengas vergüenza. Si nos damos prisa, llegaremos a tiempo. Sube al portaequipajes.

Dorthe vaciló, luego contestó:

— Está bien. Sería una cobarde si no recibiese mis bofetadas al igual que tú y Navio. Estoy lista.



Poco después, las dos amigas estaban regresando al pensionado de Egeborg. Aunque la ley prohíbe que un ciclista lleve un pasajero, los problemas en aquel momento eran demasiado grandes para preocuparse por tan poca cosa.

* * *

Cuando las dos amigas llegaron al colegio, la reunión había sido suspendida. Como siempre, los rumores habían corrido por todo el pensionado y el director Frank ya conocía la identidad del culpable.

Dorthe fue llamada al despacho de la dirección para recibir la sentencia. La chiquilla escuchó la reprimenda con la cabeza alta; sin embargo, sus rodillas flaquearon cuando el director concluyó diciendo:

— Es muy triste, Dorthe, que esta vez tus bromas hayan sido demasiado pesadas. Han causado tanto daño que me veo obligado a expulsarte del colegio...

— ¡Ay, no!... ¡No!... Lo siento tanto... —sollozó Dorthe.

El director estaba muy serio.

— Yo también lo siento, Dorthe; sin embargo, si yo te perdonase estas travesuras, se relajaría la disciplina y nadie saldría ganando con ello. Naturalmente, no vas a abandonar el colegio mañana por

la mañana; pienso ponerme en contacto con tu padre primero. Luego hablaremos...

— ¿Y qué pasará con «Pedro»? —preguntó Dorthé lloriqueando —. Es un burrito tan simpático..., y me quiere tanto.

Al director Frank le fue difícil contener la risa. Sólo con un gran esfuerzo logró decir:

— Hablaré con tu padre sobre ello. Y ahora sube a tu habitación y arréglate un poco para la cena.

— Sí, señor director...

Cuando Dorthé, desolada, salió del despacho y hubo cerrado la puerta, el director Frank se apoyó en el respaldo de su silla y suspiró hondo.

Había sido muy difícil su decisión; sin embargo, era necesaria. Aceptaba que en un pensionado los alumnos cometiesen travesuras, que normalmente se podían arreglar con una reprimenda. No obstante, en este caso, la broma había sido demasiado fuerte y había que hacer un escarmiento. Si no, ¿cómo terminaría todo?

Lo sentía por Dorthé que, a pesar de sus travesuras, era una muchacha encantadora. Sin embargo, no se le debía tratar de forma especial por el mero hecho de que su padre fuese multimillonario... Todos en el pensionado tenían los mismos derechos y obligaciones. El director empezó a llenar su pipa mientras pensaba que Dorthé Hagen era la primera chica que iba a ser expulsada del pensionado de Egeborg. Varios chicos habían sido echados por cometer faltas muy graves, sin perdón posible. Dorthé sería la primera muchacha... ¡Qué pena!

La señora Frank entró silenciosamente en el despacho y sólo pronunció una palabra:

— ¿Bien?

Y el director le contestó con la misma brevedad:

— Expulsión.

Ella se sentó en un sillón, encendió un cigarrillo y dijo tranquila:

— Ha sido una sentencia dura, querido... ¡Ejem!... Me pregunto si será posible pedir clemencia.

— No.

La respuesta fue seca y decidida. La señora Frank no dijo más por el momento. En apariencia estaba muy tranquila, pero se sentía muy triste en su interior. Comprendía muy bien que su marido

estaba en su pleno derecho de expulsar a Dorthé Hagen; sin embargo, Dorthé era una chica encantadora... Muy mimada y traviesa, pero sin malicia.

—«¿Por qué habrá cometido Dorthé esa travesura del burrito? — se preguntó.» — «Porque la señorita Fagerlund había pegado bofetadas, a pesar de la prohibición — fue su propia respuesta.»

Por un momento, la señora Frank se sintió tentada de contárselo a su severo marido; luego lo pensó mejor. No serviría de nada, y aún le quedaba la esperanza de que todo saliera bien para Dorthé. Después de un rato sin hablar, el director carraspeó y preguntó:

— ¿Encuentras la sentencia demasiado severa?

Ella asintió seria:

— Ahora que me lo preguntas, sólo puedo contestar que sí.

—¿Por qué?

— Porque Dorthé no actuó con malicia. Sólo estaba indignada a causa de algo que le ocurrió a una compañera.

— ¿Qué quieres decir con eso?

La señora Frank vaciló, luego se decidió rápidamente y contestó:

— La señorita Fagerlund es una profesora muy competente; sin embargo, reparte bofetadas con bastante ligereza, a pesar de la prohibición. Cuando lo hace, es natural que el orgullo de los alumnos quede resentido... Bueno; ésa ha sido la razón de la broma. Piénsalo bien, querido.

— Lo haré —asintió el director preocupado—. Presentas los problemas de manera muy clara y fácil de comprender..., y siempre te pones a la ofensiva cuando tu amigueta Puck está envuelta en un asunto. Pero, de acuerdo; esperemos a ver si el día de mañana nos trae algo nuevo, aunque no sé qué podría ser.

— Espera y verás — sonrió la señora Frank.



Cuando Dorthé salió del despacho del director se encontró con Puck en el vestíbulo. No era un encuentro casual. Puck había tenido el presentimiento de que Dorthé necesitaría de unas palabras de consuelo tras la reprimenda del director, y en aquel momento quería estar a su lado.

Dorthé sollozó como si su corazón fuera a romperse, pero Puck la abrazó y le dijo, consolándola:

— Ya verás, todo se arreglará. Ven conmigo... Tenemos el tiempo justo para dar un paseo antes de cenar...

— No tengo ganas — lloriqueó su amiga.

— Sí, vamos — dijo Puck decidida —. Si nos quedamos aquí vendrán los demás, y tendrás que dar un sin fin de explicaciones... ¡Vámonos ya!

Dorthé se secó las lágrimas y salió tras Puck como un perrito obediente. Se fueron hasta la orilla del lago Ege y se sentaron en uno de los bancos.

— Bueno, ahora cuéntame lo que pasó —dijo Puck tranquila.

De nuevo su amiga rompió a llorar:

— Me han... me han...

— ¿Expulsado del colegio?

— Sí.

Dorthé ni siquiera se esforzaba en contener las lágrimas que resbalaban sin parar sobre sus mejillas. Puck, en un intento desesperado de tomar la situación con humor, dijo:

— Deja ya de llorar tanto, Dorthé. Tus lágrimas van a inundar el pensionado.

Pero Dorthé ni escuchó sus palabras; sólo sollozaba a más y mejor. Puck puso su brazo alrededor del cuello de su amiga,

mientras pensaba muy intensamente cómo resolver tan seria situación. El señor Frank, el director era un hombre muy justo, y únicamente expulsaba a un alumno en casos muy graves.

Nunca había ocurrido desde que Puck estaba en el pensionado, pero sabía que en algunas ocasiones algún muchacho había sido expulsado, y que el director se había mostrado inflexible, sin que le conmovieran ni súplicas ni lágrimas. ¿Ocurriría lo mismo en aquella ocasión? Seguramente sí, porque Dorthé había ido demasiado lejos con su broma, aunque no hubiera pensado que las consecuencias podían ser tan catastróficas. Era horrible lo que había pasado con las rosas negras del simpático señor Piil y, aunque la señorita Fagerlund fuese una persona desagradable, era una pena que hubiera perdido su valiosa colección de libros.

A pesar de la seria situación, Puck no pudo dejar de sonreír al pensar en el burrito; era incomprensible la cantidad de accidentes que lograba causar.

— Me siento tan triste... —hipó Dorthé—. Soy la niña más desgraciada del mundo.

— No exageres.

— Es la verdad..., porque..., porque me gusta tanto estar con vosotros aquí..., y el paisaje es tan maravilloso...

Puck asintió y miró el lago Ege, bordeado de bosques y acantilados. El sol, muy bajo ya, hacía resplandecer la superficie como oro pulido, mientras las copas de los árboles de la Isla del Caballero Volmer estaban bañadas en un resplandor rosa.

Sí, era natural que Dorthé encontrara el paisaje maravilloso. En el Brasil, sin duda, había paisajes tan bellos como aquél... Sin embargo, Dorthé nunca se había acostumbrado a un país tan extraño para ella. El padre estaba absorto en sus negocios y no le quedaba mucho tiempo libre para disfrutarlo con su hijita. Aunque había sido mimada como pocas y él se lo daba todo, ni un sin fin de amas ni la servidumbre podían substituir el cariño de unos padres.

Y Dorthé tendría que regresar al Brasil. ¡Que pena!

Porque seguramente no iba a vivir en casa de aquella aburrida tía de Copenhague. Dorthé no había ocultado nunca que no le gustaba su tía, que sólo estaba interesada en hacer vida social. Dorthé nunca sería feliz en aquella casa, de la misma manera que no fue feliz en la lujosa mansión de su padre en Río de Janeiro, a

pesar de sus millones. ¿Que se podía hacer?

Puck pensó y pensó. La cabeza casi le dolía. Algo debía hacerse, pero ¿qué? El gordo Svend, como presidente del Consejo de Alumnos podía poner en circulación un escrito de súplica, firmado por todos los alumnos del colegio, pues la revoltosa Dorthe era muy popular. Pero era dudoso el efecto que la súplica podría tener en el director, una vez firmada la sentencia.



De repente, Puck casi se sobresaltó. Se le había ocurrido una idea brillante. Sería inútil que los alumnos suplicasen al director, no obstante señora Frank a veces obraba milagros en su marido. Sí, ésa sería la solución, la única solución posible.

Puck se sintió alegre. Al día siguiente hablaría con la señora Frank. Había una pequeña posibilidad de salvar a su amiga, y hacer que todo terminara bien. Durante un instante, Puck se sintió tentada de confiar a Dorthe su plan; sin embargo lo pensó mejor. Era posible que ni siquiera la simpática señora Frank fuese capaz de Hacer que el director cambiase de opinión.

Así que se limitó a decir:

— Escucha, Dorthe. De vez en cuando tengo ideas descabelladas; sin embargo, tengo el presentimiento de que todo terminará bien para ti.

— ¿Tú crees? —murmuró Dorthe esperanzada, mientras una pequeña luz se encendía en sus ojos azules—. Ay, Puck, tú siempre has sido tan inteligente para resolver problemas serios...

— Bueno, no exageremos.

— No exagero. ¡Y yo me sentiría tan feliz si no me expulsaran ni me mandaran de regreso al Brasil!

Hipó un poco y añadió:

— Confío en ti, Puck.

La alegría de Puck se desvaneció como el rocío con el sol. Había

sido una tontería por su parte dar esperanzas a su amiga, no estando segura de que su plan tendría éxito. Después, el disgusto de Dorthie sería mayor. ¡Qué difícil era todo!

— Ya me encuentro mucho mejor, Puck.

— Pues... Bien... Veremos de arreglar todo este asunto —dijo Puck un poco insegura—. Ya encontraré una solución... Sin embargo, no podemos estar seguras del todo.

— Yo sí lo estoy.

Puck no tuvo ocasión de contestar, ya que en aquel instante fueron llamadas para la cena.

Aquella noche, el ambiente del comedor era muy tenso. Nadie hablaba y, si alguien abría la boca para pedir cualquier cosa, el tono de su voz era bajo y tímido. Las camareras que servían las mesas daban la comida sin la acostumbrada sonrisa, y los chicos miraban fijamente sus platos con caras sombrías.

— Vaya situación —murmuró Alboroto a su vecino Cavador—. Es muy fuerte que una chica sea expulsada del colegio.

Cavador asintió, serio:

— Más que fuerte... ¡Ejem! Y si el director lo toma así, hace tiempo que tú y yo debíamos haber sido expulsados.

— Es verdad. No hay justicia en el mundo.

— Es una injusticia como una casa.

Y los dos revoltosos continuaron mirando fijamente sus platos. No tenían hambre, y lo mismo les ocurría a casi todos los demás alumnos.

Durante la cena el director no había dicho ni una palabra de lo ocurrido, pero todos estaban al tanto de los acontecimientos. Muchos miraban con ojos llenos de compasión a Dorthie, que estaba sentada, pálida e inmóvil en su silla. No probó bocado y apenas se atrevía a mirar a nadie.

— ¿No podemos hacer nada? —murmuró Alboroto.

— Podemos dejar que nos expulsen a nosotros —propuso Cavador entre dientes.

— ¿No podías pensar en algo más fácil?

— No; mi cerebro está vacío.

— El mío también. Sin embargo, aún puede ocurrir un milagro.

— Creo que necesitamos más de uno para resolver este caso. Esta noche nos pondremos a pensar. De todos modos, no tengo

ganas de estudiar las matemáticas.

— Yo tampoco. Tenemos que hacer algo.

Los demás alumnos pensaban más o menos lo mismo; pero, desafortunadamente, ninguno de ellos encontró una solución. ¡Ninguno, excepto Puck!

Estaba casi segura de que su plan tendría éxito. Cuando su mirada se cruzó con la de la señora Frank, le pareció que la simpática esposa del director le sonreía. Aquél tenía que ser un buen síntoma.

El director dijo algo en voz baja a su mujer y se levantó. Los alumnos le contemplaron con asombro cuando, sin decir una palabra, abandonó el comedor. La señora Frank sonriente, le siguió, con los ojos.

El director se fue directamente a la cocina donde las sirvientas ya estaban fregando los platos. Thora, la gorda cocinera, le miró asombrada, ya que en muy pocas ocasiones visitaba el director la cocina. Estuvo a punto de caerse de espaldas cuando él le preguntó:

— Thora... ¿No tiene usted por casualidad un manojo de zanahorias?

— ¿Cómo dice, señor? ¿Zanahorias? —balbuceó la cocinera.

El director asintió amable:

— Sí, es una verdura muy conocida en Dinamarca, que se come a menudo en este pensionado. Una verdura muy rica en sales y vitaminas.

— Pe...pero...

— Vengan las zanahorias, Thora, mujer.

Tanto las camareras como la cocinera le miraron boquiabiertas cuando el director abandonó la cocina con un manojo de zanahorias en la mano.

— No sé —dijo Thora meneando la cabeza—. ¿Se le habrá ocurrido al director comer zanahorias crudas?

— El director tiene ideas muy raras —opinó una de las muchachas, y se le cayó un plato al suelo.

Mientras recogía los restos del plato, no se dio cuenta de la furiosa mirada con la que Thora la contemplaba, y dijo despreocupada:

— Está de moda comerse las verduras crudas; sin embargo, yo prefiero las albóndigas.

Las demás compañeras se reían a hurtadillas. Cuando el director Frank salió a la gran esplanada, ante el edificio principal, se paró un momento mirando en derredor. Parecía un colegial a punto de cometer una travesura.

Luego continuó hacia la lavandería y, momentos después, se encontraba ante el mismísimo «Pedro», que le contemplaba curioso, olisqueando las hermosas zanahorias.

El director echó una rápida mirada a su alrededor y pudo comprender que «Pedro» en aquellos momentos no podía tener mucha hambre: el animal se había comido uno de los lados del banco de lavar y las cuerdas de tender la ropa.

El director Frank suspiró, pero no pudo dejar de sonreír. Naturalmente, un burro no come madera ni cuerdas; no obstante, aquél que tenía delante parecía creer que su obligación era probarlo todo..., y quizá no se lo podía reprochar.

— Así que tú eres «Pedro»... —dijo el director y contempló el simpático bribón que empezaba a mover sus largas orejas—. Ven aquí, bandido.

En apariencia, «Pedro» había aprendido algo de danés durante su largo viaje desde Brasil, porque obedeció a la llamada del director y acercó el hocico a las tentadoras zanahorias.

Un momento después, «Pedro» comía zanahorias con gran apetito. El director se divertía contemplándole. En realidad, era una lástima que aquel animal hubiera de abandonar el pensionado de Egeborg.

El burrito olfateó la ropa del director e intentó meter el hocico en su bolsillo, por si guardaba alguna golosina allí. «Pedro» no dejaba nunca que se le escapase una oportunidad.

— No tengo más cosas para ti —rió el director.

Mientras acariciaba su lomo, el pequeño jumento movía la cola de contento. Estaba encantador. Rebuznaba de alegría, y el director le ordenó, diciendo:

— Cállate, bandido. Si sigues escandalizando, acudirán todos los chicos del colegio, y me dejarás en ridículo. Sería bochornoso que me vieran acariciar a un bandido que nos ha causado tantos disgustos en lo que va de día.

De repente se calló al observar a un ratoncito blanco correr a lo largo de la pared.

— Pero ¿qué es esto? —exclamó.

Rápidamente se fue hasta la puerta de la habitación contigua. La jaula de los ratoncitos blancos pertenecientes a Alboroto y Cavador había sido volcada, y el molinillo estaba en un rincón del suelo. Las cajitas de la comida estaban esparcidas y, en medio de aquella confusión correteaba un montón de ratoncitos blancos.

El director volvió la cabeza y echó una severa mirada a «Pedro»; pero éste tenía tal expresión de inocencia que daba risa.

— ¡Vaya! — suspiró divertido —. Eres capaz de llevar a una persona al borde de la locura.

«Pedro» se limitó a rebuznar alegre.

El director salió del sótano y cruzó pensativo la gran extensión de césped. Su encuentro con «Pedro» le había dado algo en qué pensar. El animal era encantador... ¡Ejem!...

Sin embargo, no podía perdonar a Dorthé. No podía. Bien mirado, a la chiquilla le era imposible saber de antemano que «Pedro» causaría tanto jaleo; no obstante el mero hecho de haber metido el burro en la habitación de la señorita Fagerlund era motivo suficiente para ser expulsada.

Sin querer, el director sonrió. Nunca había sentido simpatía por la severa profesora, y se imaginaba cuando encontró a «Pedro» en medio de su habitación. En realidad, había sido un justo castigo por las bofetadas que dió a las chicas en contra de la prohibición. Sin embargo, eso no justificaba la conducta de Dorthé.

Cuando entró en el vestíbulo, los alumnos salían del comedor. Al ver a Alboroto le paró y dijo con mal disimulada jovialidad:

— Tú y Henrik deberíais ir a cuidar de vuestros ratoncitos blancos. El burrito «Pedro» se ha divertido con ellos...

— ¿Se los ha comido? —preguntó Alboroto asustado.

— No. Puedes estar tranquilo — rió el director —. A los burros no parece que les guste comer ratones. Sin embargo, hay que colocar la jaula en su sitio y recoger a los fugitivos.

Cuando Alboroto se disponía a salir corriendo, le dijo el director:

— Tienes que perdonar a «Pedro»... ¡Ejem!... Es un animal muy simpático.

* * *

Al día siguiente hacía un tiempo espléndido; sin embargo, eso no significaba que brillara el sol en los corazones de los alumnos de

Egeborg. Todo lo contrario; como buenos compañeros, sentían gran compasión por Dorthé. Todos se daban cuenta de que la chiquilla había ido demasiado lejos en aquella ocasión; no obstante, eso no aminoraba en nada el sentido de compañerismo.

Lo único bueno en medio de tanta tribulación fue que la señorita Fagerlund se diera de baja. La devastación de su cuarto le había producido un ataque de nervios y decidió declararse enferma y guardar cama durante algún tiempo.

Aunque empezaba a hacer calor, la profesora se había hecho colocar una estufa eléctrica en la habitación junto a su cama, y se pasaba el día reflexionando sobre la maldad del mundo. Esto significaba que las chicas quedaban libres una hora antes de lo normal. Puck había tenido una nueva idea.

Aún estaba decidida a hablar con la señora Frank; sin embargo, aprovechó la hora libre de la clase para ir a hablar con el jardinero.

El simpático señor Piil apreciaba mucho a Puck porque era una entusiasta de las flores; pero en aquella ocasión la recibió con una triste sonrisa. Era evidente que la devastación del invernadero K le había afectado mucho.

— ¿Qué quieres, Bente? —preguntó Piil con amabilidad—. ¿Vienes a verme porque no me encuentro muy bien?

Puck dijo que sí con la cabeza y sintió un nudo en su garganta al ver lo terriblemente disgustado que estaba el simpático jardinero.

Durante anteriores visitas le había contado algo sobre la rosa negra, su gran sueño, que ahora se había desvanecido por causa del burrito «Pedro».

— Sí, tenemos una hora libre y quería saludarle, señor Piil —dijo Puck con timidez.

Luego añadió insegura:

— Hay una cosa en particular que quería tratar con usted...

—¡Adelante, hijita, cuéntame!

Puck se movió intranquila antes de contestar.

— Sé muy bien que lo ocurrido con su rosa negra le ha afectado mucho, señor Piil... Pero... Puede estar seguro de que mi amiga no lo hizo con mala intención. Sé muy bien que debía haber pedido permiso antes de meter al burrito en el invernadero... Fue una irresponsable al no hacerlo... Pero no tenía ni idea de que sus valiosas plantas estaban precisamente allí. Si hubiera tenido la más

ligera sospecha, hubiera llevado a «Pedro» a cualquier otro lugar.

El viejo jardinero asintió:

—Lo comprendo, lo comprendo muy bien, Bente. He hablado con Dorthé en muchas ocasiones. Es una chica encantadora y le gustan muchísimo las flores. Sé que no hubiera hecha nunca una cosa semejante si hubiera sabido que los rosales estaban allí. Espero que no haya sido castigada por eso.

—Ha sido expulsada del pensionado.



El jardinero se sobresaltó:

— ¡No es posible! —exclamó—. No puede ser. Sería horrible. ¿Estas segura de que el director la ha expulsado?

— Sí. Tendrá que abandonar el colegio dentro de una semana... Sin embargo, quizá le diesen una oportunidad si..., si usted hablara con el director.

— ¿Tú crees?...

— Sí, porque usted fue la víctima, y si el perjudicado pide clemencia... Usted ya la ha perdonado, ¿verdad?

— Claro que sí —asintió el jardinero con voz triste—. Lo que pasó, pasó, y no hay nada en el mundo capaz de remediarlo. Es inútil seguir disgustado. Volveré a empezar y, si Dios me da vida, quizá aún esté a tiempo de llegar a tener éxito en mi experimento.

Pasó su flaca mano sobre los ojos y añadió:

— Te prometo hablar con el director. La pobre Dorthé debe de sentirse muy desgraciada, y no me gusta ver sufrir a los demás. Me voy a arreglar un poco y subiré a hablar con el señor Frank. Es una persona muy simpática y siempre nos hemos llevado bien.

Puck besó la mejilla del anciano jardinero y dijo alegre:

— Es usted un encanto, señor Piil. Siempre lo ha sido.

— ¿De verdad? —preguntó el jardinero, desconcertado por la inesperada muestra de cariño—. No creo ser mejor que los demás... Sin embargo, si uno espera ganarse el cielo, como mínimo debe tratar a las personas, los animales y las flores con cariño. Vete

tranquila, Bente; no tardaré en ir al colegio para hablar con vuestro director.

— ¡Adiós, señor Piil!... ¡Un millón de gracias!

— A ti, hijita.

Puck se sentía tan feliz que fue bailando durante todo el camino de regreso. Si ahora la señora Frank se mostrase dispuesta a interceder por Dorthé ante su marido, quizá lograsen ablandar entre todos al director. Esperar que la señorita Fagerlund pidiese clemencia por Dorthé, sería demasiado. Sin embargo, quizá no fuese necesario.

Instintivamente, Puck se echaba la culpa de todo lo ocurrido. Si ella no le hubiera gastado aquella broma a Navio bordándole los tontos versos en su labor, nada hubiera pasado. No obstante, confiaba en que todo iría bien para Dorthé.

Puck entró radiante en la siguiente clase.

* * *

Por la tarde, Puck se fue en busca de la señora Frank. La encontró podando arbustos en el jardín detrás del edificio.

— ¡Hola, Puck! —saludó la señora Frank sonriente—. Estoy esperándote desde ayer noche.

— ¿Cómo? —exclamó Puck.

— ¿Crees que no te conozco? —rió alegre la esposa del director—. En cuanto les ocurre algo a tus compañeros tú intentas arreglar el asunto. Ahora vienes por lo de Dorthé, ¿verdad?

— Pues, sí —murmuró Puck sorprendida—. Había pensado... Había pensado...

— ...Que yo quizá podría intentar algo —interrumpió la señora Frank, y su voz sonó más seria—. Es un asunto grave éste, y el director lo juzga con mucha severidad. No podemos dejar que los alumnos aterroricen a los profesores, porque en ese caso la disciplina se relajaría en poco tiempo. También es grave lo que ocurrió en el invernadero...

— El jardinero no está enfadado con Dorthé, creo que precisamente ahora está hablando con su marido.

— Bien —sonrió la señora Frank acariciando el cabello de Puck—. Has ido a ver al señor Piil, ¿verdad?

Puck asintió con cara de culpable:

— Sí... No pensé que hubiera nada malo en ello. A usted ¿qué le

parece?

— Si surte algún efecto, sólo puede ser favorable —opinó la esposa del director—. Ahora solamente te falta ablandar a la señorita Fagerlund...

— ¡Ay, no! — exclamó Puck asustada.

La involuntaria exclamación hizo que la señora Frank soltase una carcajada. Sabía muy bien que la profesora nunca había sido muy querida por sus alumnas. Volvió a acariciar el cabello de Puck y dijo con amabilidad:

—No me atrevo a prometerte nada, Puck; sin embargo, haré todo lo que pueda. También a mí me da mucha pena lo de Dorthe.

—Es una chica estupenda.

— Sí, hay varias chicas estupendas —asintió la señora Frank —. Te prometo hacer todo lo que esté en mi mano.

— ¡Un millón de gracias, señora! Es usted formidable.

Y mientras Puck volvía corriendo al edificio principal, la señora Frank continuó podando.

El trabajo no le salía tan bien como de costumbre. No podía dejar de pensar en Dorthe. Naturalmente, su marido debía conservar la disciplina en el colegio; sinó, la vida sería caótica allí.

Sin embargo, para Dorthe la expulsión significaría una catástrofe psíquica. ¿No sería ésta una responsabilidad demasiado grande? Sin duda que sí, y estaba segura de que su marido, en su interior, pensaba exactamente lo mismo.

También quedaba la posibilidad, aunque remota, de que la señorita Fagerlund abogara por Dorthe, pero no había que contar con ello. Aquella agria mujer debía de estar tan furiosa que preferiría ver a Dorthe colgada y quemada en la hoguera.

Éstos eran los pensamientos de la esposa del director. Por fortuna nadie podría leerlos, pues ella en su interior sentía una profunda antipatía por la señorita Fagerlund; más que por su mal carácter, por su manía de pegar bofetadas.

No era ningún secreto en el pensionado que la señorita pegaba de vez en cuando sonoros sopapos, pero hasta aquel momento nadie se había quejado oficialmente al director, y a éste le era difícil intervenir. El director sólo esperaba una queja, en cuyo caso la expulsada sería la señorita Fagerlund, a pesar de la dificultad que había para encontrar profesores competentes.

«Sin embargo, nos será tan difícil reemplazar a la señorita Fagerlund —pensó la señora Frank—; no es posible encontrar otra peor que ella».

* * *

En el «Trébol de Cuatro Hojas» había reunión. Puck explicó a sus amigas todo lo ocurrido en el «caso Dorthé» hasta aquel momento, y les pidió consejo y nuevas ideas que pudieran ayudar a resolver la situación.

Pero ni Inger ni Karen ni Navio tenían ninguna, y el ambiente de la habitación era sombrío. Al final preguntó Navio, tímida:

— ¿No crees que Alboroto y Cavador podrían ayudar?

Karen hizo un gesto para impedir que siguiese:

— Esos dos micos sólo pueden pensar en nuevas travesuras, y esas cosas ya le han causado bastante daño a Dorthé. Además, no creo que encuentren simpático a «Pedro» después de lo que hizo con sus queridos ratoncitos blancos.

— Olvidalo pues — aceptó Navio —, pero algo debemos hacer para ayudar a Dorthé. Está muy deprimida. Podríamos llevarla con nosotros mañana cuando vayamos a Sundkoebing para visitar a mi padre. Le encantará saludarla de nuevo.

— ¿Sí? — dijo Puck.

— Sí, segurísimo —insistió Navio—. Hace mucho que papá le perdonó las travesuras en su barco, y ahora se siente feliz por haber quedado libre de «Pedro».

— ¿Cuándo se marcha el «Margrethe III»? —preguntó Puck.

— El lunes por la mañana, por desgracia. No han tardado tanto como habían calculado en cargar. Mañana estamos todas invitadas a una fiesta a bordo, y creo que debemos llevar también a Dorthé.

— Si ella acepta —dijo Inger en voz baja—. No estoy nada segura de que quiera venir.

Sin embargo, Inger se equivocó. A Dorthé le daba exactamente igual lo que ocurriese con ella. Si alguien le hubiera invitado a volar hasta la Luna hubiera aceptado, así que al día siguiente, por la tarde, las cinco amigas se fueron a Sundkoebing.

Todo en el «Margrethe III» anunciaba la fiesta. No sólo venía de visita la hija del capitán, sino que desde hacía algunos años, el barco había sido adoptado por el pensionado de Egeborg.

En el comedor de oficiales la mesa estaba puesta con flores y

velas, y no faltaba nada. Había pasteles, frutas y refrescos de varias clases y, en medio de la mesa, y eso era en opinión de Navio lo mejor, había una gran caja de bombones.

El ambiente era muy alegre, sólo Dorthé estaba callada. El capitán Sommer la miraba de vez en cuando de reojo, y entonces su jovial cara de curtido marino denotaba tristeza.

Naturalmente estaba enterado de lo ocurrido y sentía gran pena por ella. Prefería verla revoltosa y traviesa que en aquel estado de decaimiento. El capitán casi se sobresaltó cuando, de repente, Dorthé rompió su silencio y preguntó:

— ¿Vuelve usted directamente a Río de Janeiro, capitán Sommer?

— Sí — asintió éste —, si no recibo contraorden de la compañía naviera.

— Ajá —dijo Dorthé.

Y durante casi veinte minutos no volvió a abrir boca, aunque sus amigas intentaban animarla. Por ello la fiesta no fue tan alegre como habían pensado; sin embargo, se animó un poco cuando el capitán Sommer sacó regalos para cada una de sus invitadas, y Navio exclamó:

— Nos mimas demasiado, papá. De esta forma no habrá quien nos aguante.

— Tú ya eres inaguantable —gruñó su padre—. Así que es igual.

Todos se divertían, menos Dorthé. Estaba callada, mirando por un ojo de buey. De repente se levantó y dijo en voz baja:

— La primavera en Dinamarca es maravillosa. Voy a cubierta a contemplar el paisaje.

Y añadió con un nudo en la garganta:

— Ya no me queda mucho tiempo de estar aquí.

Puck se levantó rápidamente y tomó el brazo de su amiguita mientras decía:

— Te acompaño.

— No... No hace falta...

—Claro que sí. A mí también me gusta la primavera y el paisaje.

— Bien; como quieras.

Enlazadas del brazo pasearon por cubierta, pero no hablaron mucho. La mayor parte de la tripulación estaba en tierra, pero aún quedaban algunos marineros a quienes habían conocido en otra

ocasión, y les saludaron.

A estribor se pararon y, apoyando los codos en la borda, se quedaron un momento calladas disfrutando del paisaje. Delante de ellas tenían la ciudad con su iglesia blanca contrastando con los rojos tejados de las casas. Hacia la derecha estaba el bosque, donde los árboles estaban a punto de echar hojas.

Era una bellísima tarde, típica de la primavera danesa, y Dorthé no pudo reprimir un suspiro.

Puck la comprendió y comentó tranquila:

— La batalla aún no está perdida. ¡Anímate, Dorthé!

— Yo creo que la hemos perdido ya.

— Claro que no. Tengo el presentimiento de que algo ocurrirá mañana o el lunes... Y después celebraremos una fiesta.

Dorthé se secó un par de lágrimas y murmuró:

— No creo que participe en ninguna fiesta, Puck... Al menos aquí en Dinamarca..., y tampoco en Río de Janeiro.

De repente se enderezó y continuó exaltada:

— Quizá muchos crean que es maravilloso tener un padre con millones en el banco, una mansión lujosa, un gran parque privado, muchos criados y todo eso. Sin embargo, yo no encuentro nada maravilloso en ello. Si se tiene un padre millonario, apenas puede verlo una; lo daría todo por poder cambiarme por una de vosotras.

—«Fíjate en Navio, por ejemplo, aunque pasa mucho tiempo entre una y otra visita de su padre, cada vez es una feliz aventura estar con él cuando viene.

—«¿Crees que mi padre va a buscarme cuando yo llegue al aeropuerto de Río?... No, ni lo sueñes. Manda su gran coche americano con un chófer negro, y cuando llego a casa él ya se ha ausentado para asistir a alguna estúpida comida con navieros o diplomáticos extranjeros... ¿De qué me sirve entonces que continuamente me regale caballos o monos o cotorras del Amazonas? Sería muy feliz sólo con su compañía.



Dorthe suspiró y concluyó:

— Pero ya no hay nada que hacer. Hay que recibir las bofetadas conforme lleguen. Tú misma te diste cuenta el otro día cuando esa malvada señorita Fagerlund te golpeaba.

— Sí, ¡ojalá, no hubiese ocurrido! — murmuró Puck —. Así no hubiera pasado nada... Bueno, Dorthe, debemos irnos pronto, ¿vamos con los demás?

Dorthe meneó la cabeza y contestó en un tono raro y apagado:

— Vé tú. Me gustaría quedarme un momento sola.

— ¿Vendrás pronto?

— Sí...

Puck vaciló. Parecía preocupada. Luego volvió al comedor de oficiales. Sus amigas preguntaron por Dorthe, y Puck explicó que volvería en seguida. La fiesta continuó aún; pero el ambiente estaba desanimado. Navio sólo había querido animar a Dorthe cuando la invitó, pero ahora pensaba que quizá su idea no había sido tan buena como ella creía.

Cuando llegó la hora de la despedida, Dorthe aún no había aparecido y Puck dijo preocupada:

— Más vale que empecemos a buscarla.

Y las muchachas iniciaron la búsqueda por todo el barco, ayudadas por algunos tripulantes; pero todo fue en vano. Dorthe había desaparecido.

* * *

La preocupación de las chicas crecía por momentos. Todas pensaban lo mismo: Dorthe podía haberse suicidado tirándose al agua..., o quizá había huido a la ciudad para tomar el tren de Copenhague. Puck se inclinó por esta última posibilidad. Dorthe

estaba muy deprimida, sin embargo Puck no creía que su amiga fuera capaz de suicidarse. Era más probable que intentase tomar el tren como aquella vez en Oesterby. ¡Pobre Dorthé!

Puck suspiró con fuerza pensando en la hija del millonario, que sentía como si el mundo se hundiera bajo sus pies. Seguramente había huido para adelantarse al director Frank y que no vieran sus compañeros cómo la expulsaban del colegio.

Claro que aquello era una tontería, porque no había ni un solo alumno en todo el pensionado de Egeborg, que mirara mal a Dorthé a causa de su expulsión. Todo lo contrario. Cada uno de los chicos y chicas sólo deseaban lo mejor para su compañera, y para todos sería un día de luto el de la expulsión.

Cuando estaban a punto de abandonar la búsqueda, dijo el capitán Sommer:

— ¿Habéis mirado en los botes salvavidas?

— Pues..., no...

Unos marineros comenzaron a registrar los botes y al poco tiempo uno de ellos gritó:

— ¡Aquí está, mi capitán!

Y Dorthé fue sacada de su escondite. En apariencia seguía con docilidad a los marineros.

Pero, de repente, empezó a correr y cruzó la cubierta en dirección a la pasarela de desembarco. Los marineros se lanzaron en su persecución; sin embargo, Dorthé tenía las piernas más ligeras que ellos y hubiera escapado con facilidad a no ser por Puck que, rápidamente comprendió la intención de Dorthé y empezó a correr hacía la salida.

Llegó a tiempo para agarrar a su amiga por la ropa. Dorthé luchó como una fiera para liberarse, pero no era fácil vencer a Puck. Poco después llegaron los demás para ayudarla. La pequeña fugitiva tuvo que declararse vencida y empezó a llorar. El capitán Sommer puso su mano en el hombro de la muchacha para tranquilizarla y le dijo:

— Cálmate, Dorthé. ¿Habías pensado venir con nosotros de polizón?

— Como polizón, no —sollozo Dorthé—. Si mi padre es el dueño de casi toda la compañía naviera, supongo que puedo ir gratis, ¿no?

— Sólo si tu padre está de acuerdo — dijo el capitán con

sequedad—. Y hasta el momento no he recibido ninguna orden desde Río de Janeiro. Te guste o no, Dorthé tendrás que acompañar a tus amigas al pensionado de Egeborg.

— ¡No quiero! —lloró Dorthé—. ¡No quiero regresar! Si de todos modos me van a echar, no quiero quedar en ridículo delante de mis compañeros.

Puck la sacudió amistosamente:

— Deja ya de decir bobadas, Dorthé. Sabes muy bien que nos tienes a todos de tu parte, así que nunca quedarás en ridículo... Además, aún no sabes con seguridad si te van a echar.

— Claro que me echarán.

— Puede ocurrir cualquier cosa, Dorthé.

— ¿Tú crees?

— Sí, estoy segura —declaró Puck, aunque tenía que esforzarse mucho para que su voz sonase convincente—. Si vuelves tranquilamente con nosotras, estoy convencida de que todo irá bien.

— Yo también lo creo así —dijo la sensata Inger, intercambiando una mirada con Puck.

También Navio y Karen hicieron coro, asegurándole que todo terminaría bien. Al final, Dorthé pareció tranquilizarse y prometió ir con ellas al colegio.

Las chicas se despidieron del simpático capitán y Navio se abrazó a él. El capitán Sommer prometió volver pronto a Dinamarca, y Navio intentó valientemente retener las lágrimas.

Una vez en tierra, Navio seguía volviéndose para saludar con el brazo a su padre.

—Adiós... Adiós... ¡Hasta la vista!

Cuando estaban tan lejos que ya no podían ver el barco, Navio dio rienda suelta a sus lágrimas y entonces le tocó a Dorthé consolarla. Le dio unos golpecitos en el hombro y dijo:

— Comprendo muy bien que sea tan difícil para ti, Navio... Debes de ser tan feliz al tener un padre que te quiera tanto.

Y las dos amigas empezaron a llorar a la vez, mientras Puck, Karen e Inger las contemplaban en silencio. Cuando estaban en el tren, camino de Oesterby, Navio dijo de repente;

— Dime, Dorthé. ¿Habías pensado quedarte en el bote salvavidas hasta llegar a Río de Janeiro?

—Sí.

— Te hubieras muerto de hambre y sed.

Dorthe se encogió de hombros:

— ¿Y qué? Nadie me hubiera echado de menos.

— Tus amigos sí — dijo Inger en voz baja.

— Gracias, Inger —contestó Dorthe con gratitud, pensando que su propio padre seguramente no hubiera tenido tiempo de echarla de menos.

En aquel instante comprendió lo que iba a pasar. Su padre no se enfadaría lo más mínimo porque la hubieran expulsado del colegio. Mandaría dinero para un billete en avión hasta Río. En el aeropuerto sería recogida por Sammy, el chófer con el coche americano, y al llegar a casa el padre no estaría, pero ella encontraría un montón de regalos caros. Y los criados correrían a su alrededor preguntándole si deseaba algo.

Ella se limitaría a contestar: «Sí, desearía que todos vosotros os fueseis a freír espárragos, porque esto no es vida para una niña danesa, que preferiría mil veces vivir en el pensionado de Egeborg, donde hay tantas chicas estupendas y profesores tan simpáticos... Bueno, excepto la señorita Fagerlund.»

Sí, eso diría, Y de repente se sintió mejor.

La mejoría del humor de Dorthe era pasajera. No tardó mucho en recaer y al llegar al pensionado estaba tan triste y aburrida de todo como antes. Una hora más tarde se quedó dormida, llorando...

* * *

El sol de la mañana entraba por los ventanales del comedor donde el director y su esposa estaban desayunando. El señor Frank terminaba de leer el periódico y había encendido su inseparable pipa. Exhaló una gran nube de humo y, mirando a su simpática mujer, dijo, alegre:

— No pareces estar de muy buen humor esta mañana. ¿Te pasa algo?

— No. Pero quizá pasará.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes muy bien. Estoy pensando en Dorthe...

Él asintió pensativo:

— Lo sospechaba. Yo también pienso mucho en ella. Lo siento por ella, de veras... Pero tienes que comprender que esta situación es tan seria que me es imposible cambiar de decisión.

— El jardinero la ha perdonado... y a mí me darías una gran alegría si la perdonaras tú también.

El director Frank dejó su pipa en el cenicero y dijo en tono seco:

— A pesar de sus travesuras, Dorthé no carece de amigos. Sólo me falta que la señorita Fagerlund diga una palabra... Sin embargo, puedes estar bien segura de que no lo hará...

— Pero, si lo hiciera, entonces ¿qué?

— Pues, en ese caso, las cosas cambiarían.

La señora Frank asintió con la cabeza y, poco después, se levantó y abandonó pensativa la mesa del desayuno. ¿Se mostraría la señorita Fagerlund tan humana como para pedir perdón por Dorthé? No, seguro que no.

Era horrible pensar que una mujer de su carácter tenía el destino de la niña en sus manos. Cualquiera de los demás profesores hubiera actuado de otra forma, aunque por culpa de Dorthé hubiesen perdido algo importante.

Seguro que hubieran pedido clemencia por ella, al saber lo que para la niña significaba la expulsión.

¡Y Dorthé había estado dispuesta a fugarse como polizón en el barco adoptivo del pensionado de Egeborg, el «Margrethe III»!

Puck ya se lo había contado a la señora Frank porque pensó que quizá este hecho ayudaría a ablandar el corazón del director. Ella aún no había dicho nada a su esposo, pues pensó que este detalle sería bueno guardárselo como última baza de triunfo.

Además, el director aún esperaba una llamada telefónica desde Río de Janeiro, donde de momento no había podido ser localizado el padre de Dorthé, que sin duda era un señor muy ocupado.

* * *

Mientras ocurría todo esto, «Pedro» seguía su tranquila vida en el sótano. El pequeño revoltoso no tenía idea de que pronto iba a abandonar aquel lugar y el colegio para siempre, y aunque lo hubiera sabido seguramente no le hubiera importado..., porque un burrito de Ceylán puede hacer de las suyas en cualquier parte del mundo.

«Pedro» no pasó hambre. Alboroto y Cavorado habían sido nombrados sus cuidadores por el señor Frank. Al principio los dos muchachos estaban resentidos por lo ocurrido con sus ratoncitos blancos; sin embargo, pronto creció una fuerte amistad entre los

tres.

Cuando terminaron de darle el desayuno a «Pedro», los dos amigos se sentaron sobre la parte del banco que estaba entera. Estuvieron un momento contemplando al borrico, que paseaba por la habitación, seguramente con la esperanza de encontrar algo con qué hacer una nueva trastada.

Sin embargo, tal empresa era imposible, porque todo lo que pudiera ser masticado por los dientes de un burro había sido sacado de allí. Sólo quedaba el banco que, de todos modos, sería cambiado antes de la próxima colada.

—Oye, Alboroto —empezó Cavadór—. ¿Crees de veras que el director será tan duro como para expulsar a «Pedro» del colegio?



—Querrás decir a Dorthé, ¿no?

— Pues, no... No creo que su caso tenga solución, pero cuando ella se marche a Brasil no creo que le dejen llevarse un burro en el avión.

— No sé. Pero si «Pedro» va, el avión deberá ser reconstruido del todo al llegar a Rio, y no habrá ningún pasajero que encuentre su equipaje entero.

Cavadór contempló a «Pedro» con cariño y, después de un rato, dijo:

— ¡Tengo una idea!

— ¡Ya! Eso no suena nada bien, querido amigo. ¿QuA estás tramando en tu cerebro de genio?

— Podríamos adoptar a «Pedro».

— ¡¿Qué?!

— Lo que oyes — asintió Cavadór con énfasis —. Los dos le queremos mucho... ¡Ejem!... Quizá nos podrá enseñar algo nuevo.

— Creo que somos ya bastante burros sin su ayuda. Sin embargo, me gusta la idea, aunque venga de tu parte. Sólo hay una

cosa que parece haber olvidado por completo.

— ¿Cuál?

— Que aunque Dorthie nos dejara adoptar a «Pedro», el director nunca daría su permiso para que se quedase en el colegio.

— Pero no lo sabemos con seguridad. Además, si el director dice que no, podíamos aliarnos con Annelise. Ella suele lograr de su padre cuanto quiere, y podríamos colocar a nuestra mascota en la Gran Granja donde tendría grandes amigos de juego entre los caballos de montar y otros animales.

— ¡Ya! Aunque la Zoología no es mi fuerte, me parece haber oído que los caballos no se llevan muy bien con los burros, aunque pertenecen a la misma especie.

Y añadió pensativo:

— Pero podíamos intentarlo. Tengo que admitir que has tenido una gran idea. Por una vez te has levantado con lucidez. Lástima que eso no ocurra más a menudo.

— ¡Gracias!

— No hay de qué. ¿Cómo has pensado conseguirlo?

— Por el momento no podemos hacer nada. Primero tenemos que saber si Dorthie es expulsada o no. No está bien hablar de estas cosas antes de saber algo concreto.

En su corta vida, Alboroto y Cavadador habían hecho grandes cosas. Habían tenido conejillos de Indias, cachorros de perro, periquitos y ratoncitos blancos. Sin embargo, nunca habían tenido la oportunidad de adoptar el más revoltoso burrito del mundo.



La señorita Fagerlund aún estaba en su «lecho de dolor», sintiendo gran compasión por sí misma. Desde la cocina le mandaban la comida, y el resto del día se lo pasaba tomando

pastillas para los nervios. Un par de libros se habían salvado de la boca de «Pedro», y los releyó por décima vez. Cuando llegaba a uno de los mejores pasajes del libro, la emoción hacía temblar sus impertinentes y se extasiaba pensando que los grandes autores hubieran podido escribir cosas tan maravillosas.

Naturalmente, era una verdadera lástima que la señorita Fagerlund hubiese perdido sus valiosos libros; sin embargo, el señor Piil también había perdido lo más precioso para él. Y aquí se veía la diferencia entre ambos.

El simpático jardinero había quedado desolado por la pérdida y, no obstante, había perdonado a Dorthé. Pero tal gesto no era posible en la agria profesora. Alimentaba su rabia contra Dorthé y «Pedro» y deseaba con toda su alma que la niña fuese expulsada y el borrico golpeado con una estaca, aunque nada de eso le serviría para recuperar ni sus libros ni sus flores; sin embargo, sería su venganza, y ella sabría disfrutarla.

Era casi imposible que la señorita Fagerlund pudiese respirar en la calurosa habitación donde la gran estufa eléctrica vomitaba fuego. Estaba leyendo «Tre Princess, a Medley», de Tennyson, cuando empezó a sentir sueño. Sus impertinentes bailaban peligrosamente sobre la punta de su nariz.

Se levantó con dificultad de la cama y alejó la estufa hacia la mesa. Luego se tomó un par de pastillas para dormir y un cuarto de hora después dormía el sueño de los justos, o mejor dicho, de los injustos. Era el destino quien lo quería así. Sí, el destino. Y en esta broma del destino también «Pedro» tendría su papel.

Después de su desayuno, el pequeño jumento se encontró bien, y como era un burrito travieso y revoltoso, tenía ganas de aventuras. Recorría la habitación del sótano, olfateando los muros blancos, e intentó derribar con las patas la puerta de la habitación donde se encontraban los ratoncitos blancos, pero sus esfuerzos fueron vanos.

De repente, sus largas orejas empezaban a moverse, porque la puerta exterior del sótano estaba entreabierta. Alboroto y Cavadó habían salido con prisas para llegar a tiempo a la clase siguiente y habían olvidado cerrar bien la puerta. Aquello era lo que a «Pedro» le faltaba.

Se fue hacia la puerta y empezó a trabajar con el hocico en la ranura. Un momento después logró abrirla. Cuando salió al

vestíbulo, contempló preocupado la escalera que le llevaba a la libertad. Normalmente, los burros no suelen subir escaleras; sin embargo, «Pedro» era algo único, y no tardó mucho en intentar escalar los altos peldaños.

Una vez arriba se quedó mirando con curiosidad en derredor. Lo que veía era algo completamente nuevo para él y empezó a trotar por el gran parque. De vez en cuando se paraba para arrancar algunas hojas que el invierno había dejado, pero había pocas y «Pedro» empezó a aburrirse.

Entonces vio el edificio del profesorado entre los árboles. ¿No había estado allí antes?

Había que examinarlo de cerca. Y «Pedro» se lanzó al galope hacia la entrada del edificio. A causa del buen tiempo, la puerta había quedado abierta y el animal no encontró obstáculos. En vista de ello, entró y subió ¡a escalera hasta el primer piso. No había duda: había estado allí anteriormente.

Se fue lentamente por el pasillo, olfateando las puertas. Al final, se paró delante de una que le parecía familiar. Estaba entreabierta y «Pedro» fue a entrar, pero retrocedió: del cuarto salía un desagradable humo. No le gustó nada aquel olor y, además, hacía un calor tan sofocante como en pleno verano en el Brasil.

Fue una sorpresa tan inesperada y desagradable que el borrico salió huyendo aterrorizado, lanzando sonoros rebuznos. Por una vez se había asustado en serio.

Casi se cayó al bajar las escaleras y luego empezó a galopar por la gran explanada entre el edificio del profesorado y el principal, mientras seguía rebuznando, fuera de sí de miedo.

«Pedro» era protagonista de un gran drama.

Y mientras todo esto ocurría, el profesor Frederiksen, «Frederik» para sus alumnos, estaba explicando Historia Universal. Hablaba de Napoleón. Pero el profesor Frederiksen no estaba nada satisfecho con los conocimientos de sus alumnos sobre el emperador y las batallas en las cuales había participado. Naturalmente, Inger, Merete y algunos más lo sabían a la perfección, pero el resto formaba un grupo mediocre.

— Hugo — dijo «Frederik» —, cuéntame lo que sabes sobre la llamada «Batalla del Pueblo», de Leipzig.

Alboroto se levantó y empezó a balbucear:

— Pues... ¡Ejem!... La «Batalla del Pueblo»..., fue una batalla..., donde el pueblo batalló...

El señor Frederiksen asintió irónico:

— Fabuloso, Hugo. Muy original. ¿Podrás también decirme en qué año fue?

— En el año 1805.

— No pregunté por la batalla de Austerlitz, sino por la de Leipzing.

— Pues..., eh.,, fue más o menos por entonces...

— Distes en el clavo. Más o menos por entonces, porque fue en el año 1813. ¿Cuál fue el resultado de la batalla de Leipzig?

— Pues..., eh.,, murió mucha gente...

— Eres un genio, Hugo. ¿Quién luchaba en aquella batalla?

— ¡Napoleón!

— Es la pura verdad; pero ¿contra quién?

— Contra sus enemigos.

— Estupendo. ¿Y quiénes eran esos enemigos?

— ¡Oh! Los griegos..., y algunos otros...

El señor Frederiksen hizo un gesto de desesperación y estaba punto de decir algo gordo al ignorante alumno cuando un rebuzno procedente del patio llegó hasta él, y Alboroto gritó:

— ¡«Pedro» anda suelto! ¡Vaya por Dios! Vamos, Cavador...

Su compañero se levantó de un salto y juntos se fueron corriendo hacia la puerta. El señor Frederiksen gritó furioso:

— ¡Un momento! ¡Quedaos aquí!

— ¡«Pedro» anda suelto! —gritó Alboroto.

— Volved en seguida os digo.

Sin embargo Alboroto y Cavador salieron como centellas por el pasillo del colegio. Ni Napoleón hubiera sido capaz de retenerles. Sólo pensaban en el burro y, mientras ellos bajaban las escaleras, el señor Frederiksen anotaba una mala nota en su libreta negra.

Sin embargo, los dos amigos no sabían nada de eso y, aunque lo hubieran sabido, les habría importado lo mismo. Lo más urgente era recuperar a «Pedro».

Apenas habían salido a la explanada, vieron al borrico enano rebuznando en uno de los senderos.

— ¡Eres una bestia...! —empezó Alboroto.

Pero de repente se quedó como petrificado, y tardó algunos

segundos en balbucear:

— Mira, Cavador... El edificio del profesorado...

— Sí, ¿qué pasa?

— Sale humo por una de las ventanas. ¡Hay fuego allí!

Cavador miró y luego gritó:

— ¡Es la habitación de la señorita Fagerlund y ella está guardando cama!... ¡Vamos!...

De súbito los dos resueltos muchachos habían perdido todo interés por el rebuznante «Pedro». Alboroto gritó con todas sus fuerzas:

— ¡Fuego!... ¡Fuego!...

Y corriendo se fueron al edificio de los profesores. Apenas habían llegado a lo alto de la escalera, una bocanada de humo salió a su encuentro, pero no se detuvieron. Siguieron corriendo por el pasillo, donde el humo era más espeso, y vieron las llamas que salían por la puerta de la habitación de la señorita Fagerlund.

El resplandor del fuego iluminaba el pasillo y, cuando llegaron a la puerta, se pararon jadeando. La mesa en el centro del cuarto y el tapete que la cubría, la lámpara de madera tallada, las cortinas y los visillos eran pasto de las llamas. ¡Y en la cama, junto a la pared, estaba la profesora, inconsciente o quizá asfixiada por el humo!

Los chicos tosían violentamente; sin embargo, no vacilaron ni un segundo:

— ¡Ven! — gritó Alboroto, entrando en la habitación —. ¡Tenemos que sacarla en seguida!... ¡Date prisa!

Y Cavador se lanzó a ayudar. Aunque las llamas lamían su ropa y el humo les asfixiaba, los dos chicos agarraron a la profesora uno de los brazos y otro de los pies y, con un poco de dificultad, lograron sacarla de la cama. En varias ocasiones los valientes muchachos estuvieron a punto de caerse entre el humo y las llamas.

— ¡Ay, mi madre! — tosió Cavador.

Su exclamación se debía a que una llamarada acababa de socarrarle el pelo.

— ¡Ay!... —gritó Alboroto al sentir el fuego en su cara.

Los dos muchachos respiraban fatigosamente, como fuelles, cuando, por fin, lograron llegar con la señorita Fagerlund inconsciente hasta la puerta. Apenas habían salido de la habitación, Cavador cayó al suelo:



—¡No puedo más!,,. No puedo más... —exclamó el muchacho.

Alboroto tosió violentamente y le dio un puntapié en el trasero:

— ¡Levántate! —ordenó a su amigo autoritariamente

— No puedo... ¡Déjame en paz!

— ¡Arriba he dicho!

Cavador se puso en pie respirando fatigosamente y Alboroto ordenó:

—Agárrala por los pies.

—No puedo...

—¡Obedece o te arreo otro puntapié!

—Está bien.

Estas palabras hicieron reaccionar a Cavador. Tomó a la profesora por los tobillos y juntos la arrastraron hacia la salida. Era la última oportunidad. Las llamas lamían ya la puerta y en pocos instantes el marco era pasto del fuego.

Cuando los muchachos con su pesada carga llegaban a la escalera estaban agotados y a punto de desfallecer. Entonces oyeron la voz del profesor Strandvold que gritaba:

— ¡Ya estamos aquí, chicos!

El profesor Strandvold era el jefe de los «bomberos» del pensionado y, aunque no contaba con muchos «hombres», había en el colegio bastantes extintores. Tras él llegaba toda su tropa.

Por lo menos una vez al mes, los «bomberos» se entrenaban en el colegio. Por ello el profesor y sus «hombres», todos los muchachos del último curso, se encontraban en forma.

Al llegar al lugar del siniestro no se interesaron gran cosa por

Alboroto y Cavador ni por la inconsciente profesora, sino que fueron directamente hacia la habitación en llamas y, pocos segundos después, estaban en plena acción con los modernos extintores.

Medio asfixiados, Alboroto y Cavador apenas se daban cuenta de todo aquello. El humo les había producido somnolencia y, además, ambos tenían quemaduras. Cavador se enderezó con apatía y miró boquiabierto en derredor, preguntando con voz apagada:

— ¿No crees que sería mejor si nos fuésemos de aquí, Alboroto?

— ¿Qué?

— Que vamos a esfumarnos.

— ¿Quién fuma?

En aquella ocasión le tocó el turno a Cavador de dar una patada en las posaderas de su amigo.

— ¡Levántate, camello!

— Pero... ¡Ay!

— ¡Arriba!

Alboroto se puso de pie con dificultad, y su cerebro empezó a aclararse. Echó sin gran entusiasmo una mirada a la profesora, que seguía inconsciente, y preguntó:

— ¿Qué hacemos con la hiena?

— Déjala donde está.

— Pero..., ¿Y si se quema?

— Tonterías. Ya ha llegado el profesor Strandvold y sus muchachos. Ya se ocuparán ellos. Además, no creo que exista ninguna llama que quiera quemar a esta mujer. Vámonos tú y yo. No olvides que «Pedro» sigue suelto.

— ¡No me digas!

— Sí. Date prisa.

Era evidente que el humo había lastimado a Alboroto, seguramente fue eso lo que le hizo obedecer a Cavador sin rechistar.

Una vez fuera, el aire puro les hizo sentirse mejor. Del edificio principal acudían profesores y alumnos. Preguntas y contestaciones zumbaban por el aire como mosquitos en una noche de verano.

El director Frank fue uno de los primeros en llegar, y entró corriendo en el edificio de los profesores. Allí, todo era confusión.

— ¿Dónde está «Pedro»? —preguntó Cavador a uno de sus compañeros—. ¿Nadie lo ha visto?

— Pues... No...

— ¡Sois una pandilla de imbéciles! —gruñó Cavador—. ¿No es verdad, Alboroto?

— Sí, todos somos unos imbéciles — contestó su amigo, medio mareado.

— Vámonos.

— Sí... Ya voy...

Los dos muchachos se hicieron paso entre el grupo que se había reunido ante la puerta del edificio. Habían perdido todo interés por el fuego y la profesora. De nuevo sólo pensaban en «Pedro». Incluso Alboroto se sentía tan bien que su cerebro empezó a trabajar con normalidad.

— No me explico dónde puede estar —dijo.

— Yo tampoco. Sin embargo, debemos encontrarlo.

— Sí. Es nuestro hijo adoptivo.

— Eso no tiene importancia ahora. Vamos.

Y se lanzaron a la búsqueda del pollino. No les interesaba otra cosa en aquel momento.

Mientras tanto, el revoltoso «Pedro» se había ido de aventuras. Se alegró mucho al encontrar la cocina vacía, ya que Thora y las otras criadas habían salido para ver el fuego. «Pedro» podía deleitarse con todas aquellos golosinas sin ser interrumpido. Las grandes pilas de platos recién fregados fueron derribadas; el cubo de la basura, examinado a fondo... Y se sintió satisfecho.

Cuando «Pedro» salió de la cocina vio a Alboroto y Cavador, que llegaban corriendo.

— ¡Ahí está! —chilló Cavador.

Alboroto palmeo de entusiasmo:

— ¡Bravo!... ¡Bravo...! Vamos, «Pedrito».

Por un momento «Pedro» parecía vacilar. No había duda de que él había pensado utilizar su libertad para algo más emocionante; pero, por otro lado, había empezado a sentir simpatía hacia aquellos dos revoltosos bribones que, aunque de raza distinta a la suya, eran como almas gemelas. Así que decidió ir con ellos.

— ¿En qué has empleado tu tiempo? —preguntó Cavador irónico.

Y «Pedro» dio un extraño rebuzno. Alboroto acarició el cuello y exclamó:

— ¡Fíjate, Cavador!

— ¿Qué pasa?

— Las crines de «Pedro» están socarradas.

— ¿Qué?...

— Sí, mira.

— Es verdad — asintió Cavador —. Este bicho debe de haber estado en la habitación de la señorita Fagerlund. ¿Crees que él haya sido el causante del fuego?

— Cállate. Eres más burro que «Pedro» —gruñó Alboroto—. No creo que nuestro burrito estime más a la señorita Fagerlund que nosotros... Sin embargo, me atrevo a apostar dos coronas a que el fuego fue producido por la estufa eléctrica. Debió de prender fuego en el tapete de la mesa. Nuestro amiguito debió de subir a la habitación cuando ya estaba ardiendo, y nos avisó.

— Qué suerte que no nos acordáramos de cerrar la puerta del sótano.

— Sí, qué suerte.

Los dos amigos consideraron que habían obrado muy bien olvidándose de la puerta. Y estaban en lo cierto. Si la hubieran cerrado del todo, el curioso «Pedro» no habría salido. Y, en tal caso, la señorita Fagerlund hubiera muerto abrasada. Así de sencillo.

— ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Cavador.

Alboroto vaciló un poco antes de contestar:

— Debemos meter a «Pedro» en el sótano. Luego iré a la cocina para ver si encuentro alguna golosina para él.

— De acuerdo.

Cavador se fue con «Pedro». Con un poco de remordimiento. Alboroto miró hacia el edificio del profesorado, donde todo el mundo se había reunido. En tal caso no habría nadie en la cocina.

Y tenía razón. La cocina estaba vacía.

Pero, a pesar de ello, Alboroto se llevó un disgusto. «Pedro» ya se había comido todas las verduras. Además, la cocina, normalmente ordenada, parecía un campo de batalla. Alboroto se apresuró a salir. Dedujo que su hijo adoptivo había estado allí antes que él.

—«Seguramente será difícil llegar a domarlo, sin embargo es encantador —pensó Alboroto, mientras corría hacia el sótano.



En pocas palabras puso a su amigo al corriente de lo ocurrido en la cocina, pero Cavador contestó, secamente.

— Está bien Alboroto. En ese caso podemos estar seguros de que «Pedro» no tiene hambre. Todo está pero que muy bien.

— ¡Ya!

Cavador contempló a su amigo con cara de reproche:

— ¿No te daría lástima ver pasar hambre al pobre animalito?

— Pues claro que sí.

— En ese caso, no hay más que hablar. «Pedro» se ha portado hoy como un verdadero héroe, ya que fue él quien descubrió el fuego. Así que es muy razonable que el colegio le regale un manojito de zanahorias y una coliflor. «Pedro» es el héroe del día.

— Es verdad.

— Mañana le compraremos otro manojito de zanahorias.

— De acuerdo —asintió Alboroto—. «Pedro» es todo un héroe.

Y lo dijo de corazón. No pensó en ningún momento que tanto él mismo como Cavador habían actuado con mucha valentía, poniendo sus propias vidas en juego para salvar la de la señorita Fagerlund.



Era de esperar que Alboroto y Cavador fueran agasajados como

los héroes del día, sin embargo, no por ello olvidaron a «Pedro». El rumor de que el inquieto borrico enano había sido el primero en dar la alarma del fuego, corrió por todo el colegio, y, aunque la señorita Fagerlund no gozaba de popularidad en el pensionado, esto no significaba que les hubiese gustado a los alumnos verla morir de una manera tan espantosa.

La profesora había salido ilesa del fuego. Se encontraba un poco fatigada a causa del humo, pero eso era todo. Había sido acostada en otra habitación donde, en aquel momento, estaba pensando en todo lo ocurrido. Se había enterado de que, entre otros, debía a «Pedro» su salvación, y mientras estaba en la cama contemplando el techo, empezó a pensar que Dorthé y «Pedro» no habían sido tan malos como ella había creído.

«Pedro», sin duda, le había salvado la vida. ¿Y su dueña, Dorthé Hagen?

La señorita Fagerlund era una solterona amargada que pensaba lo peor de sus semejantes; pero en aquellos momentos empezaba a ver las cosas de otra manera. Había estado a punto de morir abrasada, eso estaba claro. Pero entonces el borrico enano había avisado del fuego y le había salvado la vida.

Claro que Hugo y Henrik, aquellos horribles muchachos, la habían sacado de la habitación en llamas. Pero si aquel borrico no hubiera rebuznado, nadie se hubiese dado cuenta del fuego. A la señorita Fagerlund no le gustó pensar en ello, y después de un rato mandó llamar al director.

El director Frank llegó un cuarto de hora más tarde.

— Bueno, señorita Fagerlund, ¿se encuentra usted mejor ahora? Ha tenido mucha suerte.

— Sí... Me encuentro mucho mejor de lo que era de esperar... Y he estado pensando en varias cosas.

— ¿Sí?

— Sí, señor director; en cosas muy serias.

— Usted dirá, señorita Fagerlund.

Ella corrigió la posición de sus impertinentes y comenzó:

— He estado pensando sobre las buenas obras y la caridad.

— ¡No me diga! — exclamó el director intentando ocultar una sonrisa—. Y dígame, ¿ha llegado usted a alguna conclusión?

— Sí, señor.

Asintió con tanta energía que sus impertinentes se le cayeron sobre la manta. Después de recogerlos y colocarlos de nuevo en su puntiaguda nariz continuó con gran decisión:

— He llegado a una conclusión, señor director. Aunque sigo pensando que la broma de Dorthé y su borrico fue una canallada, creo que el animal me ha pagado el daño causado salvando mi vida hoy.

— Eso mismo pienso yo — asintió el señor Frank.

— ¿Verdad que sí? Me he enterado de que usted ha expulsado a Dorthé del colegio a causa de este asunto. Sin embargo, me sentiría muy feliz si la chica se pudiera quedar. A fin de cuentas, fue su burro el que me salvó de una muerte espantosa, y en tal caso no hay que dar demasiada importancia a unos cuantos libros... Son cosas que se pueden reemplazar.

Manoseó el borde de la sábana y luego continuó con voz persuasiva:

— Bueno, sólo quería decir que si yo, de alguna forma, puedo hacer algo para que Dorthé Hagen no sea expulsada del colegio..., y eso gracias al burro..., lo haré. Tanto ella como su borriquito son encantadores.

— Yo pienso lo mismo, señorita Fagerlund —admitió el director sonriendo—. Ya son varias las personas que han pedido clemencia para Dorthé, sin embargo me parecía que no podía cambiar mi decisión hasta que usted lo pidiera también.

— Bueno, pues délo por hecho, señor director.

— Gracias, señorita Fagerlund. Ha sido un gesto muy noble.

Cuando el director abandonó la habitación se sintió aliviado. Primero, porque le preocupaba tener que expulsar a Dorthé, y segundo porque había descubierto, con gran sorpresa, desde luego, que la señorita Fagerlund poseía un corazón.

De repente le pareció que se libraba de una pesada carga. Desde el primer momento había deseado que algo ocurriese para evitar, con la conciencia tranquila, el duro castigo a Dorthé Hagen. Y por fin, había ocurrido.

Mientras el director Frank iba hacia el edificio principal, se dijo a sí mismo:

— Es difícil ser humano. Sin embargo, en ocasiones es estupendo.

* * *

Durante las siguientes horas, los acontecimientos se sucedieron con velocidad vertiginosa. En una breve reunión en su despacho, el director comunicó a Dorthé que la señorita Fagerlund la había perdonado, y que por ello no sería expulsada del pensionado.

Poco después abandonaba el despacho del director la niña más feliz de la tierra, prometiéndose a sí misma no volver a cometer más travesuras. La cuestión era si sería capaz de no romper su promesa. Sin duda sería muy difícil.

El siguiente asunto fue «Pedro». Respecto a él, el director estaba indeciso. Si el borrico se quedaba en el colegio, podían esperarse toda clase de accidentes. En el último instante se presentaron Alboroto y Cavador con su estupenda propuesta: querían adoptar a «Pedro», y si no podía quedarse en el colegio, habían hablado con Annelise para ponerlo de pensionista en las cuadras de la Gran Granja.

Al principio, el propietario Dreyer no mostró gran entusiasmo por el plan; pero, como siempre, Annelise se salió con la suya y ya estaban construyendo una cuadra especial para «Pedro». El señor Dreyer puso como condición que echaría a «Pedro» cuando el animal hubiese destruido la tercera parte de su hermosa finca, y nadie tuvo nada que oponer. Los felices padres adoptivos de «Pedro» serían Annelise, Alboroto y Cavador... Y esperaban que «Pedro» les mostrase el debido respeto.

Alboroto y Cavador fueron felicitados en el despacho del director y obsequiados con pasteles, frutas y refrescos.



El señor Frank hizo un pequeño discurso, que terminó con estas palabras:

— En varias ocasiones he tenido razón de sobra para enfadarme

con vosotros; sin embargo, una y otra vez, habéis sabido mostrarnos que tenéis un gran corazón, y no vaciláis en prestar vuestra ayuda a costa de lo que sea. Y eso me gusta mucho, chicos. Os lo he dicho ya antes, así que me callo porque los elogios no se deben repetir demasiadas veces... ¡Ejem...! Pero cuidado con no pecar de soberbia por ello...

Sonrió y añadió:

— Todo esto ha sido muy lamentable para varios de los presentes, incluso para mí mismo pero, por suerte, ha terminado bien. Hay un fenómeno que se llama reacción en cadena y este asunto ha sido precisamente una reacción en cadena. O hablando en metáfora, todo empezó con una inocente bola de nieve que rápidamente se convirtió en un alud. La pequeña bola que originó todo este embrollo se llama Bente Winther; Puck para sus amigos, que sintió ganas de gastar una broma. ¿No es verdad, Bente?

— Sí, señor director — confesó Puck, sonrojándose.

El señor Frank asintió sonriente:

— Me gusta ver que la gente admite sus faltas, Bente; eso significa que uno es honrado. Tú fuiste la bola de nieve que formó el alud. Tuviste tu castigo..., quizá demasiado fuerte, pero no vamos a hablar de eso ahora. Lo principal es que todo haya terminado bien, y esta solución es también la que más me gusta a mí... Ven aquí, Dorthé.

Dorthé se acercó un poco acobardada, pero cuando el severo director le sonrió con amabilidad, hizo una reverencia y se quedó esperando. El señor Frank le acarició la mejilla y dijo:

— Sí, Dorthé. Eres una bromista incorregible, pero... ¡Ejem!... no eres la única en este colegio, ¿o estoy equivocado, Hugo y Henrik?

—No, señor director —contestaron Alboroto y Cavador al unísono.

El señor Frank rió alegre.

— ¡Qué maravilla! Por una vez estamos todos de acuerdo. Casi empiezo a sospechar que tramáis algo. Bueno, Dorthé sé que lo has pasado muy mal durante estos últimos días, pero todo ha terminado ya. He hablado con tu padre por teléfono, y ha prometido mandarle a la señorita Fagerlund una biblioteca entera de obras clásicas. Será algo más difícil de reemplazar lo que perdió el jardinero; sin embargo, creo que se sentiría feliz si fueras a hablar con él.

— He estado con él esta misma tarde, señor director —dijo Dorthé con voz insegura—. Me regaló un ramo de rosas preciosas..., y..., y me gustaría mucho regalárselas a la señora Frank.

— Gracias, Dorthé —dijo la esposa del director—. Ha sido un gesto muy bonito por tu parte.

— No tuvo importancia...

— Claro que sí. Y te aseguro que me siento tan feliz como mi marido de que te quedes en el pensionado.

— Sí, y tan feliz como todos los compañeros de Dorthé — exclamó Puck impulsiva.

Cuando la pequeña reunión hubo terminado, los alumnos se fueron cada uno por su lado. Dorthé tomó a Puck del brazo y dijo:

— Me siento tan feliz, Puck... ¿Quieres dar un paseo conmigo?

— Claro que sí — sonrió Puck —. Vamos al acantilado del lago Ege. Es un lugar muy hermoso.

Enlazadas del brazo, las dos muchachas fueron hacia el acantilado. Cuando llegaron allí, Dorthé dijo con un nudo en la garganta:

— No sabes, Puck, lo feliz que me siento en este instante. Yo nací aquí, en Dinamarca, y aunque sólo tenía un par de años cuando nos marchamos a Río de Janeiro, me acordaba mucho de mi país. Ahora sé que, si me dejan quedar aquí, ha sido gracias a ti.

— Bueno...

— Sí, Puck. Lo sé y no es ésta la primera vez que te portas como una estupenda compañera. Si en alguna ocasión puedo hacer algo por ti, sabes que me tienes a tu entera disposición.



—Gracias, Dorthé —contestó Puck en voz baja.

Las dos amigas se quedaron un rato calladas mientras contemplaban el hermoso lago Ege, la Isla del Caballero Volmer y todo el maravilloso paisaje circundante. Aquel asunto, que había tenido una evolución peligrosísima, había terminado de la manera

más feliz.

Sólo pensar que una broma inocente pudo haber llegado a tanto, hizo que Puck sintiese escalofríos. Cuando regresaron al edificio principal, preguntó a su amiga, sonriendo:

— Bueno, Dorthie... Supongo que esto te habrá escarmentado de cometer nuevas travesuras, ¿no?

Su amiga vaciló un poco:

— Quizá sea mucho decir. Sin embargo tendré más cuidado en el futuro.

— Estoy segura —asintió Puck.

Y ya no se habló más del asunto.



En los estudios de la «Compañía Cinematográfica Danesa» había gran actividad. Nada menos que tres películas se estaban rodando al mismo tiempo.

Sobre todo en el estudio número 2, el ajetreo era enorme. Se estaba rodando la segunda mitad de «Señorita Primavera» y la productora tenía puestas grandes esperanzas en aquella película.

El papel de protagonista había sido dado a Inge Hoey, una bonita muchacha de catorce años que, a pesar de su juventud, había hecho ya varias películas.

Por desgracia, su éxito se le había subido a la cabeza y sus caprichos de «vedette» estaban a punto de volver locos al director a sus ayudantes y demás miembros del equipo de filmación.

Sobre todo, el director Poulsen se desesperaba con frecuencia. Trabajaba duro con la pequeña estrella, rogaba y amenazaba, pero todo era inútil. La chica era tan obstinada que el director o se retorció las manos desesperado o daba alaridos de rabia.

En varias ocasiones se había quejado al productor, e incluso se

había negado a continuar el rodaje. Era uno de los mejores directores del país, y el consejo de administración hacía la vista gorda respecto a sus frecuentes ataques de rabia. Sin embargo, Poulsen había jurado no volver a dirigir nunca más a Inge Hoey.

Sólo había una persona que se alegraba de todo aquel jaleo. Era el ayudante del director, el señor Smith. En su especialidad era muy mediocre; sin embargo se creía un genio, y envidiaba profundamente al director Poulsen por sus éxitos.

También a Smith le molestaba los caprichos de Inge, pero prefería perdonárselos porque irritaban a Poulsen. Cuando estaba a solas con Inge le daba la razón y la animaba a mantener su actitud. Y la mimada chiquilla recibía la falsa adulación como una reina, creyendo que Smith era la única persona que valía en toda la compañía cinematográfica.

Eran las diez de la mañana. El estudio número 2 parecía un hormiguero. Se colocaban decorados, los proyectores se cambiaban de lugar y, poco a poco, se montaba un escenario precioso para el rodaje de aquel día: un baile juvenil en una casa rica. Los muchos extras habían llegado ya, vestidos con sus mejores galas.

El director Poulsen consultó su reloj de pulsera y se volvió irritado a su ayudante:

— ¿Aún no ha llegado Inge?

— No.

— ¡Condenada muchacha! —rugió el director—. Si hoy también llega tarde, me ocuparé de que la multen.

— Se lo merecerá, señor director.

Smith se alegraba en su interior, porque de nuevo había una oportunidad de que Poulsen se saliera de sus casillas. El malvado ayudante sólo esperaba a que el director, harto, lo dejara todo y se largara. Entonces tendría su oportunidad de triunfar, pensaba.

Pasó el rato sin que la caprichosa protagonista apareciese y Poulsen estaba cada vez más irritado. No podían empezar sin ella, porque como «Señorita Primavera», ella era el personaje más importante de aquel baile juvenil.

— Es una fresca —gruñó Poulsen colérico, mirando de nuevo su reloj.

Todos los extras y los músicos estaban allí; pero no podían hacer nada sin Inge. Tras una llamada telefónica a su casa, supieron que

la muchacha había salido hacía mucho, pero que tenía un recado que hacer por el camino.

— ¡Ya está bien! —gritó furioso el director—. Esa mimada chiquilla cree que puede burlarse de todos.

En aquel instante se oyó el ruido de un coche que llegaba y, poco después, entró Inge. Saludó muy altiva a los extras, los cuales estaban en tensión porque presentían que se acercaba una tormenta. En muchas ocasiones habían visto a Poulsen enfadado; sin embargo, aquel día parecía estar fuera de sí.

Inge echó una mirada crítica a su alrededor y preguntó despreocupada:

— Bueno, ¿está todo listo, señor Poulsen?

— ¿Listo? —repitió Poulsen lívido de ira—. ¡Todo estaría listo y hecho, si tú hubieses aparecido a la hora prevista! ¿Por qué llegas tarde?

La muchacha hizo un gesto orgulloso con la cabeza.

— Fui a ver zapatos por el camino, y me entretuve un poco... Además, necesito cien coronas, porque cuando vuelva a casa iré a comprarme un par que me gustó.

— ¿Ah sí?...

El director estaba a punto de estallar. Su voz temblaba de rabia cuando continuó:

— Según tu contrato, todo tu sueldo le será entregado a tu familia, así que no pienso darte ni un céntimo. Además, tendrás que pagar una multa de doscientas coronas por llegar tarde.

— ¡Y a mí qué me importa! —declaró la «vedette», arrogante—. Vengan las cien coronas porque si no, me voy.

Ésta fue la gota que hizo derramar el vaso. El director avanzó hasta ella como si fuera a darle una bofetada. Había un silencio sepulcral en el estudio. Ni los extras ni los hombres que trabajan allí se atrevían a respirar. Estaban seguros de que la bofetada se la iba a dar. Muchos se alegraban.

Contra su voluntad, las chicas hubieron de admitir sin embargo, que la pequeña estrella estaba muy guapa. Tenía una bonita figura, su cabello era color trigo y sus ojos azul cielo. Pero el temperamento de Inge no concordaba con tan delicada apariencia física.

El director se quedó durante unos segundos con la mano

levantada, luego se sobrepuso con un gran esfuerzo, bajó la mano y ordenó:

— Acompáñame a ver al administrador.

— Ni hablar. Que venga él; pero a darme las cien coronas — contestó Inge, mirando en derredor para ver el efecto de sus impertinentes palabras.

Sin embargo, la impertinencia de Inge no impresionó a nadie. El director se quedó helado. Nunca en su vida se había enfrentado con una persona tan insolente, ni siquiera



entre las artistas adultas. »¿Quién se había creído que era? ¿Se creía indispensable?

Eso era lo malo. ¡En aquel momento era indispensable! Habían gastado ya muchos miles de coronas en aquella película, y si la estrella les fallaba habría grandes pérdidas económicas.

Y diez minutos más tarde, Inge consiguió lo que quería. En el despacho, Poulsen sostuvo una violenta discusión con el administrador; pero el resultado fue que Inge, a pesar de su contrato, obtuvo las cien coronas. El administrador tenía miedo de que la muchacha abandonase el rodaje.

El director Poulsen estaba furioso; sin embargo, tuvo que dominarse. Inge, después de haber obtenido las cien coronas, se declaró dispuesta a iniciar el trabajo; pero el director se prometió a sí mismo que aquella estúpida chiquilla lamentaría su insolencia.

A pesar de su vivo temperamento, Poulsen era un hombre justo. Aquella mañana, sin embargo, parecía haberse olvidado de la palabra justicia. Inge Hoey era una buena actriz de cine, pero su actuación aquel día no satisfizo a Poulsen. Una y otra vez hacía

repetir las escenas, siempre con palabras irónicas y sarcásticas para ella.

La rabia de la chica creció al darse cuenta de que el director se estaba tomando su venganza, y al final estalló. Ocurrió en medio de una escena del baile. Inesperadamente, el director Poulsen gritó:

— ¡Alto las cámaras! No vale. ¡Repitan!

— ¡¿Por qué?! —preguntó Inge provocativa.

— Porque tu baile no tiene gracia. Esto debe ser un vals vienés y no un baile regional con zuecos.

Todos en el estudio sabían que Poulsen era injusto. Aunque Inge Hoey no gozaba de simpatías, todos estaban de acuerdo en que bailaba como un ángel.

A Smith le fue difícil ocultar su sonrisa maliciosa. Tenía el presentimiento de que iba a haber complicaciones.

Al ver la sonrisa malévola de su ayudante, el director gruñó:

—¿De qué se ríe usted, Smith? ¿Quizá le parece que la escena ha sido buena?

—Pues..., sí...

—Está bien. Era de esperar. Es usted un incompetente. Volveremos a rodar la escena... ¿Listos? ¡Cámara!

—¡Ni hablar! — exclamó Inge exaltada.

Se fue hasta Poulsen y añadió:

—No pienso trabajar más hoy..., por lo menos si usted sigue dirigiéndome.

—¿Qué dices?

—¡Cállese! — ordenó Inge —. Mi trabajo ha sido bueno y sólo estoy dispuesta a trabajar si Smith se hace cargo de la dirección. Es mucho más competente que usted.

Poulsen no creía lo que oía, y cuando vio una nueva y maliciosa sonrisa en la cara de su ayudante exclamó furioso:

—Smith, ¿es usted idiota? ¿Se permite divertirse con esta situación?

—Smith tiene pleno derecho a divertirse —declaró Inge orgullosa—. Nos estamos divirtiendo todos.

—Conque sí, ¿eh?

—Sí. Como director, es usted una nulidad. Smith lo haría cien veces mejor que usted.

Por un momento, Poulsen perdió los estribos y, mientras todos

en el estudio se quedaban pasmados dio una sonora bofetada a Inge Hoey.

* * *

Apenas su mano había tocado la cara de Inge, Poulsen se arrepintió. Se había dejado llevar por su temperamento y todo iba a terminar con un horrible escándalo. Aunque la pequeña estrella se había comportado con insolencia, él también había tenido parte de culpa.

Cuando Inge recibió la bofetada se quedó un momento muda. Luego exclamó con voz que temblaba de excitación:

—¡Lo pagará caro, Poulsen!... ¡Adiós!

—¡Alto! — gritó el director.

Inge ni siquiera volvió la cabeza y desapareció. Poulsen vaciló un instante y anunció:

—El rodaje queda suspendido por hoy. Los figurantes pueden cobrar su paga en la caja. Recibirán un aviso telefónico si hay que continuar mañana.

Los aludidos murmuraban excitados entre sí, mientras salían para cobrar. Cuando el último hubo desaparecido, Poulsen se volvió furioso hacia su ayudante:

—¡Largo, imbécil! No aguanto por más tiempo su estúpida sonrisa... ¡Largo, he dicho!

Tanto los «cameramen» como los demás empleados del estudio estaban presentes y el ayudante se puso lívido de ira. Empezó a hablar con voz forzada:

—No pienso consentir que me llamen imbécil..

—¡Largo, he dicho!

—Me voy — silbó Smith entre dientes —, pero al despacho del administrador, para quejarme de su insolencia.

—Es usted muy libre de hacerlo..., pero apresúrese.

Durante un momento, Smith pareció vacilar. De repente se decidió y fue con pasos rápidos hacia las oficinas de la administración. La expresión de sus ojos era de maldad y odio. Aunque se había alegrado de las dificultades de Poulsen, en aquel momento estaba furioso de haber sido llamado incompetente e imbécil en presencia de tanta gente. Se juró a sí mismo vengarse de Poulsen; sería una venganza que dañaría en lo más vivo al odiado director.

Smith volvió a sonreír cuando entró en el despacho. Aún no tenía nada planeado, pero confiaba en encontrar algo bueno. No sería suficiente con quejarse al administrador del comportamiento de Poulsen. El director sería amonestado, naturalmente, pero por desgracia no sería expulsado porque, por alguna extraña razón, le admiraban como un genio.

Smith era una persona mala y envidiosa, no obstante nunca en su vida había sentido un odio como aquél, y aquello tendría consecuencias muy serias.

* * *

Lo ocurrido en el estudio número 2 causó gran conmoción en toda la compañía cinematográfica. El administrador tuvo otra discusión con Poulsen, y allí quedó la cosa. No se podía negar que ambos contrincantes eran igualmente culpables, o mejor dicho los tres, porque tanto Inge como Poulsen y Smith tenían la misma culpa en lo ocurrido.

Lo peor de todo fue que los padres de Inge se pusieron del lado de su consentida hija y ésta se negó a seguir trabajando para la «Compañía Cinematográfica Danesa»..., por lo menos si Poulsen iba a continuar dirigiendo.

Sus padres estaban de acuerdo. Para ellos, Inge no tenía ningún defecto y la habían mimado siempre más allá de lo razonable. Con toda razón, estaban furiosos de que Poulsen hubiera dado una bofetada a su amada hija, pero no se preocuparon de saber si había tenido o no sus razones.

No pensaron que Inge había llegado tarde al trabajo; que, sin justificación, había cobrado cien coronas antes de ponerse a trabajar, y que se había comportado con insolencia en el estudio.

Los periódicos de la tarde lograron salir con la «sensacional» noticia en primera plana. Uno de los extras había dado el soplo en espera de una gratificación, y los periodistas no tardaron en comunicarse con la administración.

Al señor Harder, presidente de la compañía, no le gustaba que la prensa divulgase lo ocurrido; no obstante era de gran importancia llevarse bien con los periodistas y no pudo negarse a recibirlos. Poco después, la noticia estaba en la calle:



¡ESTRELLA INFANTIL ABOFETEADA!

En uno de los estudios de la «Compañía Cinematográfica Danesa» ocurrieron hoy una serie de drámaticos incidentes que, sin duda, tendrán consecuencias serias para la película «Señorita Primavera», cuya filmación se realiza estos días. El escándalo empezó con...

Y luego seguía una versión sensacionalista del altercado, que no había pasado de ser una tormenta en un vaso de agua.

No obstante, fue leída con avidez por gran parte de los lectores que prefieren los chismes a los acontecimientos serios del mundo. Aunque el periodista había exagerado bastante los detalles, su artículo decía la verdad y terminaba:

Los padres de Inge Hoey piensan denunciar al director, así que será interesante seguir la evolución de este extraordinario caso. El estreno de «Señorita Primavera» era esperado con gran interés; sin embargo, parece que la película no podrá terminarse y esto para la compañía será una bofetada que le dolerá tanto como la que recibió la estrella infantil.

El presidente de la compañía tiró el periódico sobre su mesa de trabajo y dijo, enfadado, a Poulsen que estaba sentado frente a él:

— Es una situación embarazosa, Poulsen. ¿Cómo pudo usted perder los estribos de esa manera?

— La chica se lo merecía. No tengo por qué aguantar todos los caprichos de una estúpida niña de catorce años, supongo, ¿verdad?

— Pues... No... Claro que no... sin embargo, esto nos va a costar una fortuna..., si usted no se disculpa con Inge Hoey...

— ¿Disculparme? —estalló el director—. ¡Ni lo piense!

Calló durante un rato. Luego continuó:

—Bueno, estoy dispuesto a hacerlo con una condición: que ella se disculpe antes conmigo.

— Esa niña consentida no lo hará nunca.

Poulsen se encogió de hombros y concluyó:

— En ese caso, no tenemos más que hablar, señor Harder. No quiero quedar en ridículo ante todo el mundo cinematográfico. Naturalmente, lamento lo ocurrido, pero...



Llamaron a la puerta y entró el director Brummer. Había terminado el rodaje del día en el estudio número 3 y se le había ocurrido una idea. Contempló sonriente las preocupadas caras de los dos hombres y dijo:

— Parece que la cosa se ha puesto fea para «Señorita Primavera». Porque supongo que esa presumida de Inge Hoey no piensa volver, ¿no?

— Así es, por desgracia —murmuró Harder—. Todo está perdido.

— ¡Qué tontería! —sonrió Brummer—. Si Inge Hoey se marcha, sólo se trata de encontrar a otra que se le parezca algo, y que sepa actuar.

— ¡Fabuloso! —asintió el presidente con ironía—. Pero, ¿dónde vamos a encontrar esa maravilla, Brummer? ¿Conoce usted a alguien?

— Creo que sí —contestó el director—. Bente Winther... o Puck, como la llaman, hizo una buena actuación cuando filmábamos aquella película en los alrededores del lago Ege. Se parece mucho a Inge Hoey. Con un poco de maquillaje, las dos chicas se parecerán como dos gotas de agua...

— ¿De veras?

— Sí, sí, seguro. Naturalmente habrá que cortar algunas escenas en las que Inge aparece en primer plano, pero eso no será muy difícil. Sólo necesitamos el permiso del director del colegio de Egeborg. Puck estará encantada sin duda, pues la última vez fue un gran éxito.

Una pequeña llama de esperanza brilló en los tristes ojos del señor Harder. Se quedó un rato pensativo y luego aceptó:

— Está bien, Brummer, quizá tengamos suerte; sin embargo, vamos a esperar hasta mañana. Quizá Inge y sus padres cambien de opinión después de dormir.

La reunión se disolvió.

A la mañana siguiente vieron que era imposible continuar con Inge. Tanto ella como sus padres estaban decididos a romper el contrato, y el abogado de la familia comunicó que la compañía no podía hacer nada contra ellos mientras Poulsen siguiera dirigiendo.

El señor Harder se negó a aceptar tales pretensiones. Una película que cambia de director en pleno rodaje suele resultar un fracaso, y él esperaba mucho de «Señorita Primavera».

El resultado fue que el director Brummer debía ir al pensionado de Egeborg al día siguiente para hablar con el director, señor Frank, y con Puck. Les conocía y por eso prefirió ir él y no Poulsen, que bien necesitaría todo el domingo para descansar sus excitados nervios. Lo más importante era reanudar la filmación lo antes posible, dos días de interrupción costaban mucho dinero.

Brummer tenía grandes esperanzas cuando el domingo por la mañana se sentó tras el volante de su coche para ir al pensionado de Egeborg. Era un hombre bueno, y estaba dispuesto a hacer todo lo que pudiera para salvar a su colega de aquel embrollo.

* * *

El ambiente del «Trébol de Cuatro Hojas» era excelente. Después del desayuno, las cuatro amigas habían subido a su habitación para charlar un rato juntas.

Karen estaba leyendo un periódico de hacía dos días cuando vio la noticia de lo ocurrido en los estudios de cine. Se lo contó a sus amigas y Navio exclamó:

— Esa Inge Hoey es aquélla que se parecía tanto a ti, Puck.

— Querrás decir que yo me parezco a ella —sonrió Puck.

—¿Qué?

— A la fuerza tiene que ser así, Navio. Inge Hoey es una actriz famosa, mientras que yo soy una colegiala desconocida.



— Puedes estar contenta de que así sea, Puck —opinó Inger tranquila—. Naturalmente, sé muy bien que tú no cambiarías aunque fueras famosa, pero puedes estar segura de que eso no les ocurre a todas. Si tienen un poco de suerte en sus principios, se creen en seguida una nueva Greta Garbo, o una Elizabeth Taylor, y su encanto desaparece.

— Déjate de sermones —gorjeó Navio—. A mi me gustaría mucho ser actriz de cine y, cuando fuera famosa y tuviese una mansión lujosa con piscina, un coche americano y todo eso, os invitaría a las tres a pasar una temporada conmigo en Hollywood. ¡Lo pasaríamos bomba!

Confirmó con un gesto de cabeza su convencimiento, y añadió:

— Sin embargo, no creo que yo llegue a tener tanta suerte. Sólo Puck tuvo su oportunidad de hacerse famosa y de que su retrato saliese en los periódicos. Estaba formidable en aquella película y, si yo fuese ella, intentaría convertirme en una gran estrella.

— Es algo difícil, Navio —rió Puck—. Además, tampoco me gustaría ser una Greta Garbo. Fue muy divertido hacer aquella película, pero puedes estar segura de que fue la primera y la última.

— Qué tontería —declaró Navio muy segura—. Ya verás como las grandes compañías de cine irán detrás de ti...

En el mismo momento llamaron a la puerta y la «capitana del corredor», la señorita Holm, entró sonriente para decir:

— Bente, tienes una visita muy emocionante en el despacho del director.

— ¿Yo? —preguntó Puck extrañada—. ¿Quién es?

— El señor Brummer, el director de cine.

— ¡Hurra! —chilló Navio entusiasmada—. ¿Ves lo que te decía? Ese simpático director de cine ha venido para hacer de ti una estrella. ¡Es formidablemente palpitante!



El señor Frank, el director, se quedó algo preocupado por la inesperada visita del señor Brummer, al saber el objeto de la misma.

Tenía varias razones. En caso de aceptar, Puck no podría asistir a las clases y, además, existía la posibilidad de que se le subiera el orgullo a la cabeza, ella que normalmente era tan tranquila y sensata.

Pero Brummer aseguró que las filmaciones en Copenhague sólo durarían una semana y luego había que rodar el resto al aire libre, lo cual muy bien podía hacerse en los alrededores del colegio, para que Puck pudiera seguir estudiando. En tales condiciones, el director terminó por dar su consentimiento.

Al principio, Puck se sintió abrumada. No sabía si sería capaz de hacer satisfactoriamente su papel, pero Brummer logró convencerla de que todo iría sobre ruedas, y de que ella tendría grandes posibilidades de hacerse un nombre en el mundo del cine.

— No me interesa — sonrió Puck —. Preferiría ser médico, o algo por el estilo. No obstante, será divertido hacer cine otra vez.

— ¿No crees que te pondrás nerviosa? —le preguntó el director Frank.

— No... Más nerviosa me pone pensar en los próximos exámenes. Para mi son más importantes que un papel en una película,

— Bueno — asintió el señor Frank —. En todo caso tienes el permiso del colegio, Bente. El resto debes tratarlo con el señor Brummer. Espero que tengas suerte en la filmación.

— Yo también te deseo mucha suerte —sonó la voz de la esposa del director—. Espero que no tengas los mismos caprichos que tu antecesora. Pero eso no ocurrirá, ¿verdad, Puck?

- No, claro que no.
- ¡Suerte, pues!
- Gracias, señora Frank.

Las palabras de la simpática señora habían puesto a Puck de buen humor, y sonreía ampliamente cuando estuvo de vuelta en el «Trébol de Cuatro Hojas». Encontró a sus tres compañeras a punto de estallar de curiosidad, y la recibieron con una lluvia de preguntas. Cuando terminó de explicarlo todo. Navio exclamó con alegría:

— ¡Bravo! ¡Bravo! Serás una nueva Greta Garbo. ¡Es formidablemente palpitante!

Y Karen añadió sonriendo:

— Dentro de pocos meses podremos decir con orgullo: a esta actriz la conozco yo.

— Será divertido para ti — se limitó a decir Inger —. Pero aquí, en el «Trébol de Cuatro Hojas», te echaremos de menos aunque sólo estés fuera una semana. Estoy pensando si no deberíamos celebrarlo con unas pastillas de chocolate con avellanas.

— ¡Dos, dos! —exclamó Navio, que era muy golosa—. Hace mucho que no invitas a chocolate.

— También hace mucho que Puck no interviene en una película — opinó Inger.

* * *

En los estudios de la «Compañía Cinematográfica Danesa» la actividad era grande. Todas las escenas con Inge en primer plano fueron cortadas y, al terminar, Poulsen quedó contento con el resultado. Aunque el parecido entre Inge Hoey y Puck era considerable, el director no había querido correr ningún riesgo. Aquellas escenas había que volver a rodarlas con Puck como protagonista, y durante el resto de la filmación no se esperaban más dificultades: a no ser que Puck no fuera capaz de hacer el papel.

Al principio, Poulsen tenía sus dudas. Había visto ya la anterior película de Puck y reconoció que actuaba bien, pero en el nuevo film el papel era nada menos que de protagonista.

¿Qué pasaría si Bente fallaba?

Poulsen era hombre orgulloso y su nombre muy conocido en el mundo del cine. En aquellos momentos estaba inquieto por un posible fracaso.

No obstante, se fiaba del buen criterio de Brummer, y no tardó mucho en darse cuenta de que éste había tenido razón al escoger a Bente. Nunca había encontrado una niña tan fácil de dirigir. Parecía tener un sexto sentido para comprender la técnica del rodaje. Al mismo tiempo se portaba con cortesía y humildad, y no se quejaba nunca al ser corregida.

En pocos días Puck se convirtió en la favorita, y lo mismo sucedió entre los extras, los empleados del estudio, los «cameramen» y los administrativos. Pero el mérito estaba en que Puck no había hecho nada para hacerse popular. Seguía siendo la misma de siempre y se esforzaba por hacer su trabajo lo mejor posible.

El señor Harder estaba feliz con el cambio. Se había visto libre de los caprichos de Inge Hoey y, además, parecía que Bente Winther hacía el papel tan bien como ella. Harder había visto todas las secuencias rodadas con Puck, y se había sentido más que satisfecho. A aquellas alturas no había duda sobre el éxito de «Señorita Primavera».

Al cabo de una semana habían concluido todas las escenas interiores, y llegó el gran momento de ir a los alrededores del pensionado de Egeborg.

Los artistas y extras se instalaron en el hotel de Oesterby, mientras Puck volvió al pensionado, donde fue recibida con júbilo por sus amigas. Navio declaró que tanto ella como las demás se sentían orgullosas de compartir el «Trébol de Cuatro Hojas» con una artista de cine.

Sus palabras hicieron sonreír a Puck.

* * *

Entre todos los que trabajaban en la realización de la película, sólo había uno que destacaba por su odio y su maldad: era Smith, el ayudante del director. No había olvidado el trato recibido de éste en los estudios y sólo esperaba una oportunidad para vengarse de Poulsen.

El director había olvidado por completo el desagradable incidente y, aunque de vez en cuando se ponía furioso, lograba controlar sus nervios después de que Puck se había hecho cargo del papel de protagonista en «Señorita Primavera». Sólo muy de cuando en cuando hablaba en tono severo a su ayudante. Sin embargo, este

cambio no influyó para nada en Smith, que sólo soñaba con el momento de llevar a cabo su venganza.

* * *

Inge Hoey se había puesto furiosa cuando Puck la substituyó en la película. La pequeña y consentida estrella había pensado que todo se iría abajo cuando ella rehusó continuar.

En su casa se volvió tan impertinente que sus pobres padres, aunque acostumbrados a sus caprichos, creyeron volverse locos. Pero aún fue peor cuando terminó el rodaje de interiores y todo el equipo se fue cerca del lago Ege.

Smith, al ayudante del director, por teléfono la había tenido al corriente de los acontecimientos. Aunque ella ya no tenía nada que ver con la película «Señorita Primavera» era de suponer que alguna compañía de cine contrataría algún día a Inge para hacer otro film y, en tal caso, esperaba que la estrella hablase bien de él y lograrse dirigir al fin una película.

Cuando Inge se enteró de los éxitos de Puck y del viaje al lago Ege, se puso fuera de sí de rabia. Colgó con violencia el teléfono, dio una patada a la papelería y la mandó al otro rincón de la habitación. Luego rompió un cenicero contra el suelo y tiró un par de sillas, antes de que su madre entrase asustada a ver qué ocurría.



—Pero, Inge, hijita... —empezó.

La niña la interrumpió, colérica:

— Esa asquerosa chica... ¡Hay que ver; es una infame!

— ¿Quién, hijita? —preguntó la señora Hoey desolada.

— Ésa que me robó el papel... Bente Winlher se llama... la odio, la odio

— Pero, Inge, ella no te robó el papel. Tú misma lo dejaste... Sé

razonable...

— ¿Tú también te pones de su parte? —le acusó su hija dando una patada a una silla—. Todos os habéis vuelto contra mí; pero voy a libraros de mí presencia. Eso es lo que voy hacer.

La madre contempló el desorden de la habitación y suspiró:

— Cálmate, Inge, y sé buena. Dentro de poco llegará papá, y me gustaría que antes ordenases un poco el cuarto. Recoge esos papeles, hijita, y mételos de nuevo en la papelera.

— ¡Ni hablar! Que lo haga Clara...

La muchacha no dijo más y, dos segundos después, la puerta fue cerrada con un golpe tan fuerte que la cal del techo cayó en forma de polvo. La señora Hoey se quedó un momento horrorizada, luego suspiró y empezó a arreglar la habitación.

Cuando el padre de Inge llegó media hora tarde, su esposa le contó lo ocurrido y, por una vez, el hombre se enfadó. Aunque tenía muy consentida a su hija, reconoció que la muchacha había ido demasiado lejos.

— Esto no puede seguir así —dijo con cara sombría—. No podemos dominarla ya y, en ese caso, creo que lo mejor sería mandarla a un pensionado o algo por el estilo.

— Pero ¿cómo va a trabajar en el cine si la mandas interna, Herbert?

Hoey se encogió de hombros:

— No sería ninguna desgracia. Además, no creo que quede ninguna compañía cinematográfica que se atreva a contratarla. Tengo que hablar con ella enseguida. ¿Dónde está?

— En su habitación, supongo.

El matrimonio fue a buscarla allí, pero Inge no estaba. Aquello era un caos. La ropa y los zapatos estaban tirados por el suelo, encima de la cama y las sillas.

— ¡Esto es horrible! —exclamó la madre.

Su marido la interrumpió con voz triste:

— Hay algo más horrible. Lee esta nota. Estaba encima de la mesa.

La señora Hoey tomó el papel y dio un grito de terror, cuando leyó:

Como todos estáis en mi contra, no pienso quedarme en casa ni un minuto más. Me voy al extranjero y así os libraré de verme. El dinero

me sobra.

La señora Hoey estaba a punto de desmayarse, y se desplomó llorando sobre una silla. Su marido se quedó un rato con las cejas fruncidas y, de repente, tuvo una sospecha.

Fue a su despacho y abrió un cajón de su mesa. Había guardado dos mil coronas allí aquella misma mañana..., y ya no estaban.

* * *

—...La policía busca a la niña Inge Hoey, de catorce años de edad, que ayer tarde, sobre las cinco, abandonó su hogar, víctima de una depresión nerviosa. Inge Hoey mide un metro cincuenta y cuatro centímetros de altura, es esbelta, cabello rubio y ojos azules. No se sabe con seguridad qué clase de ropa llevaba en el momento de dejar su casa; sin embargo, será fácilmente reconocida por miles de espectadores de cine, ya que ha actuado en tres películas danesas. Se ruega que cualquier información que se tenga sobre el paradero de la desaparecida Inge Hoey, sea comunicado a la Brigada Criminal de Copenhague Central 1448, o a la Comisaría más próxima...

El aviso radiado produjo un silencio absoluto en el restaurante del hotel de Oesterby, donde el equipo de la filmación estaba desayunando.

Poulsen cerró el aparato y murmuró algo ininteligible. Los extras y los «cameramen» se miraban de reojo.

Al ayudante Smith le costó ocultar una sonrisa maliciosa, la situación le gustaba. Si Inge había abandonado su hogar, víctima de una depresión nerviosa, la culpa recaería indirectamente sobre Poulsen que, desde el principio, había sido el único culpable de todo aquel embrollo.

Quizá hubiera sido mejor que la radio en su aviso hubiera recordado la discusión, pues en tal caso Poulsen se hubiera sentido más amargado.

Hacía un tiempo espléndido y las condiciones para filmar al aire libre eran excelentes. A pesar de ello, nada iba bien, y ello se debía principalmente al mal humor del director. Nadie ni nada parecía contentarle.

Se rodaba en un claro del bosque, al norte del lago Ege; un lugar ideal para dar una impresión exacta de la maravillosa primavera danesa.

Sin embargo, la primavera no entró en el corazón de Poulsen. Ni

siquiera Puck logró contentarle aquel día, y una de las escenas se la hizo repetir varias veces. Desde un pequeño sendero, Puck debía entrar en el claro del bosque bailando alegremente.

— Repitan —había ordenado por cuarta vez el director.

Puck parecía disgustada y Poulsen dijo enfadado:

— ¿No comprendes, Bente, que debes volar como una sílfide y no dar saltitos como una cabrita?

— Pero, yo...

— Cállate cuando yo hablo —gruñó el director—. Regresa al sendero, que rodaremos de nuevo.

Puck no dijo nada, pero no logró ocultar su disgusto. Le parecía, y con toda razón, que el normalmente simpático director era injusto con ella aquel día. Sabía también que no sería capaz de hacerlo mejor.

Todas las demás personas que contemplaban la escena opinaban lo mismo; sin embargo, nadie se atrevía a decir nada cuando el director se encontraba en aquel estado de ánimo.

Naturalmente, Smith se alegraba de todo corazón. Era estupendo que Poulsen también se desahogara con Puck, y era evidente que la chica estaba disgustada.

Poulsen se fue hasta el «cameraman», que estaba preparado para rodar, y sonó la orden:

— ¿Listos?

Un gran silencio se apoderó como por ensalmo del claro del bosque.

— Cámara.

El «cameraman» puso en marcha la flimadora, y Puck llegó bailando desde el sendero. Logró poner tanta gracia en su danza que todos los espectadores estaban seguros de que el director quedaría contento. Pero no fue ese el caso. Gruñó, enfadado:

— No me gusta, Bente. Te pesa demasiado el trasero... Pero dejémoslo.

Y así transcurrió el resto del día.

Cuando Puck regresó al colegio estaba de muy mal humor y se lo dijo a sus tres amigas del «Trébol de Cuatro Hojas». Karen e Inger no dijeron gran cosa, pero Navio se puso enfadada y dijo:

— ¡Vaya tipo fresco! ¿Quién se ha creído que es? ¿Dijo que dabas saltitos como una cabra?

— Quizá lo hice — sonrió Puck, con tristeza.

— Tonterías —le espetó Navio—. Deberías mandarle a freír espárragos...

— Son cosas que le ocurren a una artista de cine —interrumpió Inger tranquila—. Cuando ves una película, todo parece fácil y nadie puede darse cuenta de que durante el rodaje quizá costó muchas lágrimas. ¿Piensas dejarlo, Puck?

— Naturalmente que no — contestó Puck —. Pero admito que me he disgustado. Sin embargo, no por ello voy a causar problemas a la compañía. ¿Ha habido algo nuevo sobre Inge Hoey?

—No la han encontrado aún; sin embargo, decían que se había llevado dos mil coronas consigo, y con eso se podrá arreglar, aunque tarden en encontrarla.

—Quizá se le ha ocurrido disfrazarse —opinó Karen—. logrará engañar a todos, y le dará igual que sus padres estén angustiados por su culpa. Lo que ésa necesita es una buena paliza.

—Estoy de acuerdo — dijo Navio —. Una buena paliza tiene efectos asombrosos. Hablo por experiencia.

Las otras no la contradijeron. Después de la cena, Puck decidió dar un largo paseo sola. Los disgustos durante la filmación le habían puesto la cabeza pesada, y confiaba en que una buena caminata alrededor del lago Ege, regresando por Oesterby, la dejaría como nueva.

* * *

Dos de las jóvenes extras, al regreso de su paseo, se quedaron un momento en el patio del hotel disfrutando de la puesta de sol. De pronto, una de ellas señaló hacia el gran camión que transportaba el equipo del sonido de la película, y dijo:

— ¡Fíjate!

Una pequeña sombra salía apresuradamente del camión y desapareció. Las dos jovencitas se quedaron un momento perplejas y una de ellas preguntó:

— ¿Qué crees que estaba haciendo Bente Winther en el camión del sonido a estas horas? Creo que debemos avisar cu seguida al señor Poulsen.

—Tienes razón.

El director de la película escuchó sus explicaciones con cara escéptica y al final preguntó:

— ¿No habréis visto visiones?

Como las muchachas lo negaban con energía, Poulsen fue hasta el camión para ver si algo andaba mal. ¿Habría causado daños Bente porque él la había regañado durante el día? Bueno, la chica estaba bastante enfadada y quizá había querido vengarse.

Un momento después, Poulsen estuvo a punto de caerse de espaldas. Había un desorden total en el normalmente ordenado camión del sonido. Por el suelo había trocitos de película cortados.

—«¿Serán —pensó— trozos de lo filmado durante el día?»

El director comenzó a soltar tacos y en aquel instante apareció Smith.

— ¿Pasa algo?

Poulsen señaló el desorden y gruñó:



—¡Fíjate! Me dicen que Bente Winther ha estado aquí y encuentro cortados estos negativos... ¡Por todos los demonios!... Voy a terminar en un manicomio antes de que se acabe esta película.

— ¿Qué piensa hacer? —preguntó el ayudante con voz satisfecha.

— ¿Qué demonios cree usted? —gritó el director Poulsen, fuera de sí de rabia—. Sólo usted, Smith, puede hacer preguntas tan imbéciles. Primero, tendremos que volver a filmar estas escenas, naturalmente, y luego... Quiero hablar en seguida con esa vengativa muchacha. Saque el coche. Nos vamos al pensionado de Egeborg.

— Está bien... Pero Bente no puede haber regresado aún al colegio.

— Dése prisa.

Y un momento después los dos hombres estaban en camino. El sol se había puesto ya. Apenas había encendido las luces largas del coche, Smith llamó la atención de su jefe:

— Mire esa chiquilla que corre delante del coche.

— Es ella — dijo Poulsen entre dientes —. Pare. Vamos a hablar con esa pequeña bruja.

El frenazo del automóvil asustó a Puck y dio un salto hacia un lado. Los dos hombres bajaron rápidamente del coche y Poulsen ordenó:

— ¡Para, monstruo vengativo! ¡Ven aquí!

Puck, que había reconocido al director, preguntó extrañada:

— ¿Por qué me llama usted monstruo vengativo, señor Poulsen?
¿Qué he hecho yo?

El director rió con ironía:

— No creas que nos vas a engañar. Varias personas te vieron en el camión del sonido.

— No sé de qué me habla, señor Poulsen — dijo Puck perpleja —. Y ahora tengo prisa, debo regresar al colegio...

— ¡Vaya, vaya!... también eres una comedianta fuera del «plató», ¿eh? Puedes estar segura de que regresarás pronto al colegio. Sube al coche. Vamos a tener una seria conversación con el director del pensionado.

— ¿Acerca de qué?

— Sube al coche... ¡Y rápido!

Poco después se desarrolló una violenta reunión en el despacho del director Frank. Éste se quedó asombrado escuchando la explicación de los dos hombres, mientras Puck miraba interrogativa a los tres.

— ¿Qué tienes que decir a todo esto, Bente? —preguntó el señor Frank al final.

— Que no comprendo nada... No he estado cerca de ese camión desde esta tarde.

— ¡Mentirosa! — exclamó Poulsen.

Un gesto del director del pensionado impidió que continuara:

— No juzgue usted demasiado aprisa, señor Poulsen. Estoy seguro de que se trata de un malentendido. Conozco muy bien a Bente, y no la creo capaz de semejante cosa.

Se volvió hacia Puck y le preguntó:

— ¿Dónde estuviste durante las dos últimas horas?

— He dado una vuelta alrededor del lago Ege.

— ¿Sola?

— Pues, sí...

— ¡Ya! A tu vuelta pasaste por Oesterby, supongo, ¿no?

— Sí; pero no entré en el patio del hotel.

— Si tu conciencia está tranquila —interrumpió Poulsen—, tal vez puedas explicarme la razón por la cual corrías por la carretera.

— Se me había hecho tarde y, según el reglamento, los alumnos tenemos prohibido estar fuera del colegio después de ponerse el sol.

— Es cierto —asintió el director Frank—. ¿No viste a nadie en tu paseo, Bente?

— Sí, a algunos extras. Los saludé cerca del hotel.

— Ahí lo tiene, señor Frank —asintió Poulsen irónico—. Todo concuerda. Se puso furiosa esta tarde cuando critiqué su trabajo y luego quiso vengarse. Su coartada parece un colador. No tiene ningún testigo de ese presunto paseo alrededor del lago Ege, y la han visto cerca del hotel. Más tarde sale corriendo del camión del sonido y, finalmente, la encontramos nosotros corriendo por la carretera. Si eso no es prueba suficiente de su culpabilidad...

El director Frank acarició su barbilla pensativo:

— No puedo negar que todo señala a Bente; sin embargo, yo la creo a ella, y me parece que lo mejor sería avisar a la policía de Sundkoebing...

— ¡Oh, no! —exclamó Puck.

El director Frank la miró sorprendido.

— Pero, Bente, si tienes la conciencia tranquila, será mejor para ti aclarar este asunto.

De pronto Puck se puso a temblar, las lágrimas asomaron a sus ojos y empezó a sollozar



—No lo hice... No he hecho nada... Pero... No puedo más...

Corrió hacia la puerta y, aunque el director la llamó, salió al vestíbulo. La señora Frank, que en aquel instante entraba en la habitación, comprendió en seguida y corrió tras su angustiada amiga. Los tres hombres intercambiaron miradas y el director Poulsen se encogió de hombros con un gesto muy significativo:

— Me parece que ya no hay duda...

— Yo creo que sí —interrumpió el señor Frank tranquilo—. Nunca había visto a Bente de esta manera; sin embargo, no creo que huyera por remordimiento. En mi opinión, todo esto ha sido demasiado para ella. Tiene los nervios a flor de piel y... si quieren ustedes oír la verdad, lamento mucho haberle dado el permiso para hacer la película. ¿No podríamos romper el contrato?

Poulsen se sobresaltó aterrorizado:

— ¿Romper el contrato? En tal caso habríamos de hacer de nuevo toda la película y esto costaría una fortuna a la compañía.

— Bueno, la compañía puede ganar esa fortuna en otra película — dijo el director Frank con sequedad—. Para mí, es más importante que a mis alumnos no se les alteren los nervios.

— Hablaremos de ello mañana — propuso Poulsen intranquilo—. Hay muchos intereses en juego. Todo lo que hemos filmado hoy lo volveremos a hacer de nuevo, y los gastos extras serán deducidos de la paga de la chica; pero no veo que sea necesario avisar a la policía. Lo hecho, hecho está. Será mejor para todos olvidar esto. Hemos tenido suficiente publicidad en torno a «Señorita Primavera».

— Ya lo creo —admitió el director Frank secamente.

* * *

Cuando la señora Frank llegó al vestíbulo, Puck estaba subiendo las escaleras.

—Ven, Puck —dijo la señora en tono tranquilizador—. Vamos a hablar tú y yo.

Puck se paró en la escalera. Estaba llorando.

— Ven, hijita —repitió la esposa del director.

Puck bajó vacilante los escalones y fue hacia ella. Sus hombros temblaban por efectos del llanto.

— Ya sé que es hora de acostarse —dijo la señora con voz alegre—. Pero creo que podemos dar un paseo de un cuarto de hora, y charlar...

Pasó su brazo alrededor de los hombros de Puck y continuó:

— Anímate, y cuéntame toda la historia. Te encuentras en un buen lío, ¿verdad?

— Sí, horrible — hipó Puck.

— Todos los problemas tienen solución — dijo tranquila la

señora Frank—. Bajemos al lago.

De pronto, Puck se sintió tranquila. Dejó de llorar y no tardó mucho en serenarse, tanto que pudo dar una explicación de lo ocurrido.

Cuando terminó, dijo la señora Frank:

— Es verdad que todo te señala a ti, Puck, pero puedes estar segura de que el asunto se aclarará. Mi marido confía en ti, y yo también. Sabemos que no te has convertido de pronto en mentirosa y vengativa... pero dime: ¿por qué no quisiste que fuese avisada la policía?

Puck vaciló un poco:

— No lo sé... De repente me pareció todo tan horrible y, entonces, creo que fueron los nervios.

La señora Frank le dio un golpecito amistoso en el hombro:

— Lo comprendo muy bien. Ahora te encuentras mejor, ¿verdad?

— Mucho mejor — murmuró Puck.

La esposa del director sonrió y se sentó en uno de los bancos. Durante un buen rato se quedaron sin hablar, contemplando el lago iluminado por la luna.

—Bueno — dijo al final la señora Frank —. Tenemos que ir a dormir. Ya veras; mañana tendremos la explicación de todo esto. Las jovencitas que vieron aquella sombra al lado del camión del sonido no han querido hacerte ningún daño. Debe tratarse de un error.

Entonces Puck se sobresaltó, y el tono de su voz se tornó ansioso cuando contestó:

— No, señora. No creo que esas dos extras se equivocaran...

— Pero, ¿qué dices? ¿Quieres decir con eso que estabas en el camión?

— No. Yo no, sino una a quien yo me parezco mucho. ¡Inge Hoey!

—



Durante unos segundos, la señora Frank se quedó sin hablar. Al final dijo, con expresión pensativa:

— Es posible, Puck. La chica aún no ha sido encontrada, y nadie conoce su paradero. Quizá se ha escondido por estos alrededores y ha querido vengarse del director de la película.

Calló un rato antes de continuar:

— Quizá Inge sea tan maliciosa que ha querido vengarse de ti también.

— ¿De mí? —preguntó Puck sorprendida—. Pero yo no le he hecho nada...; ni siquiera la conozco.

— Quizá la pequeña estrella Inge Hoey se ha puesto furiosa porque tú estás haciendo su papel y has salvado la película. Quizá ha utilizado deliberadamente el gran parecido que hay entre vosotras dos. Piensa que ella salió del camión cuando había testigos de su presencia. Quería que la vieran; así estaba segura de ser confundida contigo y de que te echarían la culpa a ti.

»Bueno, estamos hablando como si de veras fuera ella la culpable, sin embargo creo estar segura de que así fue. Debemos volver en seguida al despacho para hablar con mi marido y los dos hombres que te acusaban. Ven, Puck.

Poulsen y Smith se estaban despidiendo cuando la señora Frank regresó con Puck, que ya estaba serena del todo.

— ¿Bien? —dijo el señor Frank contemplando a las recién llegadas con mirada interrogativa.

La señora Frank sonrió alegre:

— Bente y yo hemos resuelto el caso. Es muy triste que tres adultos no lo hayan adivinado ya.

— Tú dirás — invitó su marido con curiosidad.

Los tres hombres escucharon con atención su teoría o, mejor dicho, la teoría de la señora Frank. Cuando concluyó, exclamó Poulsen:

— Creo que está usted en lo cierto, señora Frank. Pero, en tal caso, debemos avisar a la policía en seguida. Inge Hoey es buscada por todo el país.

Y volviéndose hacia Puck añadió sonriendo:

— ¿Supongo que no tienes nada en contra?

— No. Yo no deseo ningún mal a Inge, pero tampoco quiero que me culpen de algo que no he hecho.

Diez minutos más tarde, el director Frank terminaba de hablar con la Brigada Criminal de Sundkoebing. Una búsqueda iba a ser iniciada. La policía empezó enseguida, pues si Inge era reconocida por alguna persona sin escrúpulos, corría el riesgo de ser asaltada.

Una hora después, el director Poulsen estaba descansando en su blanda cama y suspiró hondo. En los años que llevaba haciendo cine había tenido que pasar por muchas experiencias; sin embargo, «Señorita Primavera» le había causado diez veces más problemas que cualquier otra película.

La mayor parte de la noche tuvo pesadillas sobre negativos destruidos, «vedettes» histéricas y agentes de la Brigada Criminal con sus perros que saltaban sobre el techo del camión del sonido.

Su ayudante, Smith, tampoco pegó ojo en toda la noche. Los acontecimientos del día le habían alegrado sobremanera, incluso había tenido una idea de cómo vengarse de Poulsen.

* * *

Al día siguiente hacía un tiempo espléndido. Incluso Poulsen estaba contento. Se había convencido de que Puck era inocente de la destrucción de los negativos del día anterior y, para evitar cualquier malentendido, había dado una explicación satisfactoria a todo el personal. Fue una buena idea, ya que ni los «cameramen» ni los extras tenían ganas de seguir trabajando con Puck después de lo que se le había atribuido. Eran personas con sentido de justicia, y habían llegado a considerar a Puck como una persona malévola o loca.

Al director Frank no le gustaba que Puck continuase la filmación; sin embargo, su esposa le había convencido de que debía permitírsele. Puck ya estaba bien de los nervios y sería causar un

escándalo negarle el permiso de seguir trabajando en la producción.

La policía había estado buscando durante toda la noche en los bosques alrededor del lago Ege; pero no había ni rastro de la desaparecida. Ni en los hoteles ni en las posadas sabían nada tampoco. Inge Hoey no aparecía por ningún lado, y la preocupación de que algo grave le hubiera pasado crecía a cada instante.

La búsqueda continuó durante el día, lo mismo que la filmación. Poulsen era más fácil de contentar. Creía en la inocencia de Puck y trataba de reparar el daño que le había causado el día anterior. Su buen humor hizo que todos se esforzaran por contentarle y, poco a poco, el director se convenció que «Señorita Primavera» sería uno de los mayores éxitos daneses de los últimos años.

También el ayudante Smith se alegró de la calidad de la película, porque precisamente esto formaba parte de su venganza.

* * *

Para el día uno de mayo estaban planeadas unas tomas en la pequeña plaza de Oesterby: un baile alrededor del «Mástil de Mayo». Como el director de cine, el señor Poulsen, no tenía bastante con los extras traídos de Copenhague, se dirigió al director Frank del pensionado de Egeborg, que dio permiso a los alumnos mayores para participar como extras. No sólo sería una divertida experiencia, sino que todos tendrían una paga de veinticinco coronas cada uno. Y esto para un colegial era mucho dinero.

Durante la última clase del día, «Frederik» enseñaba historia a los alumnos mayores. Tenía un gran sentido del humor y, por ello, era muy querido por sus discípulos; también sabía defenderse bien contra los peores bromistas, entre ellos, Alboroto y Cavador.

Frederiksen, que se había enterado de lo que iba a ocurrir por la tarde, procuró quitar solemnidad a la clase ya que sabía que la atención de sus alumnos sería mínima aquel día. Se apoyó en el respaldo de su silla y dijo:

— Un pajarillo me ha dicho que vais a participar en una «Fiesta de Mayo», esta misma tarde, en Oesterby. Es, como sabéis, el «Día de Valborg» y ahora me gustaría muchísimo comprobar si recordáis lo que expliqué hace medio año sobre el «Día de Valborg». Me gustaría saber si te acuerdas de las sabias palabras que entonces pronuncié, Hugo. Levantaos, caballero, y dad paso al torrente de vuestra sabiduría.

Alboroto se levantó sin entusiasmo. Echó miradas implorantes en derredor; pero, como nadie parecía querer ayudarle, empezó tartamudeando:

— Pues... ¡Ejem!... En el «Día de Valborg», las brujas se marchan a las montañas del Harz para celebrar una fiesta con el diablo.

— Te equivocas, eso fue la noche pasada —dijo Frederiksen, seco—. ¿Por qué se llama «Día de Valborg»?

— Pues, por Valborg.

— Muy bien, Hugo... ¡Formidable! No has olvidado lo que expliqué, es verdad. El día se llama así por Valborg. Y ¿quién era esa señora?

— Pues...

— Siento que mis palabras no te hayan impresionado más, quizá sería mejor rogar a Merete que nos cuente algo sobre la famosa señora.

Merete se levantó y empezó a explicar:

— Santa Walpurgis, Valborg en danés, es la protectora de los caídos. Nació el 25 de febrero en el año 779 y fue madre superiora en un convento de Wittenberg. Como muchas fiestas cristianas, la suya se conmemoraba el mismo día que una fiesta pagana para celebrar la llegada de la Primavera. Más tarde, fue cambiada por el día uno de mayo, que desde entonces se llama el «Día de Valborg». Antiguamente se bailaba aquel día alrededor de un árbol llamado «Árbol de Mayo» o el «Mástil de Mayo» como lo llamamos ahora, para celebrar la fiesta de la santa, y el verano próximo.

— Gracias, Merete —asintió Frederiksen—. Sobresaliente para ti. ¡Ejem! Si tienes tiempo, quizá podrías refrescar un poco los conocimientos de Hugo.

En aquel instante sonó un timbre, indicador de que la clase había terminado. Alboroto y Cavadador salieron juntos y el primero dijo:

— A mí todos estos cuentos me dan igual. Pero, ¿no crees que podíamos arreglar una «fiesta» para esta tarde?

— ¿Qué quieres decir?

— Bueno, pues... Estaba pensando si no podríamos colocar unos petardos en la corona del mástil o algo así.

— ¡Tonterías! —atajó Cavadador.

— Bueno, sólo fue una propuesta.

Y Alboroto no tuvo más que decir sobre el tema. Como siempre, estaba dispuesto a cometer travesuras y hacer bromas; sin embargo, en aquellos momentos quizá serían inoportunas.

Además, no había tiempo para preparar nada. Sin embargo, ni Alboroto ni Cavador tuvieron tiempo de aburrirse aquella tarde.

Todos los alumnos que iban a actuar como extras se reunieron en la gran explanada. Irían en bicicleta a Oesterby. Poco después, un alegre grupo estaba en camino.

— ¿Crees que piensan pagarnos antes de que empecemos a bailar el «Can-cán» alrededor del «Mástil de Mayo» —preguntó Alboroto.

— No. ¿Por qué?

— Porque estoy sin ni cinco, y me gustaría deleitarme con un helado en la pastelería del señor Bose. ¿Llevas dinero tú?

— Veinte oeres.

— ¡Vaya! Por esa cantidad no nos dejan ni oler un helado..., por lo menos si la señora Bose está presente. ¿No tienes ganas de comer dulces?

— ¡Claro, vaya pregunta! — dijo Cavador dándolo por archisabido —. Pero no te preocupes. Lograré que el señor Bose nos dé dos helados a crédito. Yo soy mejor pagador que tú y no habrá problemas.

Un cuarto de hora más tarde todo el alegre grupo estaba en la pastelería. El gordo pastelero era muy popular entre los alumnos del pensionado, e hizo un guiño de complicidad cuando Cavador le preguntó en voz baja:

—¿Nos da crédito para dos helados hasta dentro de un rato?

Y los dos bribones empezaron a saciar con fruición su hambre de golosinas.

* * *

En medio de la plaza había sido levantado el «Mástil de Mayo». Los empleados del estudio estaban ocupados en adornarlo lo mejor posible. Bajo el dorado sol de la tarde, el mástil coronado de flores y banderas se destacaba airoso contra el cielo.

Navío pellizcó a Karen en el brazo:

—Es formidablemente palpitante. ¿Qué clase de baile tenemos que hacer alrededor del mástil?

—Algo de folklore; «Danza prima» me parece —opinó Karen.

Y tuvo razón.

Con el altavoz ante la boca, Poulsen dio sus órdenes. Cuando gritara: «¿Listos?», todos los extras debían estar preparados alrededor de la plaza, y cuando ordenara: «cámara», debían correr hacía el centro y, enlazados de las manos, bailar la «Danza prima», siguiendo la música de la orquesta.

Si sus pasos eran o no correctos no importaba gran cosa. Lo que se buscaba era que la danza, con muchos participantes, causara un efecto real.

Sólo Puck debía tener cuidado, ya que iba a salir en primer término durante el rodaje. Ella era la «Señorita Primavera», alrededor de la cual giraba todo.

Poulsen se divirtió mucho cuando Puck preguntó:

—¿Me da permiso para bailar con Alboroto y Cavadador? Son dos de mis mejores amigos, y los peores bandidos de todo el reino de Dinamarca. Si tengo uno a cada lado, la escena será formidable.

—¿Saben bailar la «Danza prima» esos chicos?

—Como un par de elefantes en un circo.

—Está bien, de acuerdo — rió Poulsen.

Y poco después todo estaba listo para el rodaje. Los dos operadores de las cámaras estaban colocados y listos.

— ¿Listos para rodar? — gritó el director por el altavoz.

Cuando seguidamente se hizo un total silencio en la plaza. Poulsen ordenó:

— ¡Cámara!

Los extras entraron corriendo hacia el centro de la plaza, se tomaron de las manos y, cuando la música empezó a sonar, iniciaron el baile alrededor del «Mástil de Mayo». Poulsen parecía satisfecho. No ordenó ningún alto mientras duró la danza.

Cuando por fin fue dado un cuarto de hora de descanso de nuevo hubo confusión y jolgorio en la pequeña plaza. Todos se divertían y hablaban a la vez. Para más seguridad iban a rodar la misma escena otra vez, pero el sol aún estaba alto en el cielo y tenían tiempo para respirar un poco.

Puck estaba radiante, sin embargo tenía ganas de alejarse un poco del ruido y, como no vio a ninguna de sus amigas, prefirió pasear sola.

De repente se sobresaltó, y quedó como clavada en el suelo.

Inesperadamente, se encontró cara a cara con su propia doble.

* * *

Al ver a la otra niña, se quedó un momento sin habla. Luego balbuceó confusa:

— ¡Pero tú eres..., tú debes de ser Inge Hoey!

— Exactamente — dijo la pequeña actriz en tono provocativo—.

¿Y qué?

Durante un par de segundos Puck no supo qué contestar. Parecía imposible que toda la policía la buscara y ella estuviera tan fresca en medio de la multitud. ¿Cómo era posible? La chica ni siquiera se había disfrazado.

— ¡Bien! ¿Querías saber algo? — preguntó la pequeña estrella con ojos que echaban fuego.



—Pues..., si...

— Tú dirás.

— Pero...

— ¡Pregunta, asquerosa aprovechada!

Puck miró en derredor. Estaba desolada. No sabía cómo actuar en aquella inesperada situación. Por fin había encontrado a Inge Hoey, y lo siguiente era llevarla con sus preocupados padres. Pero, ¿cómo lograría eso?

Sí, ¿cómo Logralo?

Dentro de cinco minutos continuaría la filmación y ella no podía faltar; pero, ¿qué ocurriría mientras tanto con Inge? Seguramente huiría lejos.

No, eso no.

Puck estaba decidida. De repente, la película dejó de importarle. El aquel instante se trataba de algo mucho más importante: llevar de regreso a una niña consentida y confusa a casa de sus padres, que estaban esperándola angustiados.

— ¿Dónde has estado todos estos días? —preguntó Puck.

— A ti ¿qué te importa? —dijo Inge entre dientes—. Ocúpate de tus propios asuntos. Crees que te has convertido en una gran estrella, ¿verdad?

— No, no lo creo — contestó Puck tranquila —. El director vino al pensionado y preguntó si quería hacer el papel, y el señor Frank, el director del colegio, me dio permiso. Eso es todo.

— ¿No pediste tú el papel?

— No.

— ¿Estás segura?

— Claro. Yo nunca hubiera pensado que una compañía cinematográfica podía necesitar de mí.

— Antes hiciste un papel.

— Sí, es verdad —asintió Puck—. Pero nada importante. ¿A dónde vas ahora, Inge?

— No te importa. No tengo que dar cuentas a nadie.

— Claro que sí —dijo Puck seria—. Debes una explicación a tus padres. Seguramente están desesperados en estos momentos, y no debes hacerles sufrir por más tiempo.

— ¿Ah, no?

Puck dio un paso atrás cuando la otra le dio una sonora bofetada mientras decía entre dientes:

— Métete en tus propios asuntos, estúpida. Yo me encuentro mejor sola, porque no hay nadie en el mundo que se preocupe por mí.

— ¿Cómo lo sabes? —preguntó Puck acariciando su dolorida mejilla—. A los catorce años es difícil juzgar a las personas mayores.

— ¡No me digas! — exclamó Inge con desdén —. ¿Te gustaría otra bofetada?

— No. Y te aconsejo que no lo intentes, porque si lo haces te daré una paliza.

— ¡Ja, ja! — rió Inge con desdén, y levantó la mano para pegar

de nuevo.

Puck tuvo que dominarse para no lanzarse contra aquella antipática chiquilla. Inge dijo provocativa:

— ¿Qué?... ¿Y la paliza? Sólo lo has dicho por decir algo. Eres demasiado pequeña, y ahora no quiero hablar más contigo.

Sin decir más, dio vuelta y empezó a caminar por la carretera. Durante algunos segundos Puck se quedó perpleja, luego tomó una firme decisión y siguió a su doble. Había que llevar a Inge de regreso a su casa. Pero, ¿cómo?

Puck miró hacia atrás para ver si alguno de sus compañeros estaba cerca, pero no había nadie. Tanto los extras como los empleados estaban pendientes de lo que iba a ocurrir en medio de la plaza y ninguno se interesaba por unas chiquillas que marchaban de prisa carretera adelante.

— Oye, espera un poco — dijo Puck.

— Cállate y ¡lárgate! —contestó Inge—. Si me molestas una vez más te atizaré en serio,

— ¿A dónde vas?

— A ti ¿qué te importa? Si no te vas ahora mismo, te...

De súbito, Inge se volvió hacia Puck con un gesto amenazador, pero en aquel momento Puck estaba a punto de perder la paciencia. Le parecía que había aguantado lo suficiente. Por eso continuó sin miedo hasta donde estaba Inge y le dijo:

— No intentes nada o no respondo de mí.

—¿Ah, no?

Como una pequeña fiera, la estrella se lanzó sobre Puck; pero esto fue lo más estúpido que podía haber hecho. Puck era fuerte y deportiva, y había perdido la paciencia.



Segundos después, las dos chicas rodaban por el suelo. Inge Hoey luchaba rabiosamente, pero contra Puck no tenía nada que

hacer, y no tardó en rendirse;

— Basta... ¡Basta!... Me rindo.

— ¡No me digas! — le lanzó Puck respirando fatigosamente y mientras se sacudía el polvo le dijo —: Ya era hora de que entraras en razón. ¿O quieres otra paliza?

— No, gracias...

Y la consentida muchachita empezó a llorar. Aquello era algo nuevo para ella. Nadie se había atrevido a contradecirle jamás; todos se habían inclinado ante sus caprichos... Y nunca, nunca nadie se había atrevido a darle una paliza.

— ¿Te duele? — preguntó Puck.

— Sí — hipó Inge y se levantó con dificultad.

— Tú misma te lo buscaste.

— Ya lo sé —contestó lloriqueando la pequeña actriz y añadió —: ¿Es verdad que tú no pediste aquel papel?

— Claro que es verdad — contestó Puck —. ¿Por qué te iba a mentir? Aquel papel me fue ofrecido por pura casualidad. Eso es todo. ¿A dónde vas ahora?

— A la Granja del Este.

— ¿La Granja del Este? —preguntó Puck sorprendida—. ¿Vives en casa del hacendado Holm?

Inge sonrió entre lágrimas:

— Sí, se puede decir que sí, sólo que el dueño no lo sabe. Vivo en su granero.

— ¿En el granero? ¿Igual que un vagabundo?

— Sí —contestó Inge secándose una lágrima—. Se está bien allí. Además, nadie me echa de menos.

— Estoy a punto de creer que algo no te funciona bien en la cabeza. ¿Fuiste tú quien estropeó un trozo de película en el camión del sonido?

— Sí; estaba furiosa. Quería vengarme de Poulsen y de ti.

— Te costará caro, Inge.

— Me da igual. El abogado de mi padre dice que la compañía me debe una buena cantidad de dinero, y pueden deducirlo de allí. Esas bagatelas no me importan. ¿Conoces al hacendado?

— Sí, es amigo de mi padre. Se sorprenderá al saber que has dormido en su granero. Pero ¿cómo has podido comprar comida?

La muchacha se encogió de hombros:

— Compré una latas en una tienda y, por la noche, bebí agua en la fuente. No hubo problemas... Pero, hablando de ti, ¿cómo puedes estar paseando conmigo? ¿No ibas a seguir filmando?

— Sí, pero creo que es más importante arreglar *tus* asuntos primero. Comprenderás que tus padres están muy afectados por tu desaparición. Ahora hablaremos con el hacendado Holm... ¡Ejem! Y yo debo volver a la danza..., mañana...

— Poulsen se pondrá furioso.

La consentida y mimada Inge Hoey parecía cambiada total y absolutamente; Puck apenas se atrevía a creerlo.

Diez minutos más tarde estaban sentadas en casa del señor Holm, que escuchó sus explicaciones con gran asombro. Cuando se recuperó de su sorpresa se volvió sonriendo a Puck:

— Tienes la manía de meterte en los asuntos de los demás, Bente. Sin embargo, casi siempre tienes éxito. Ahora creo que debemos telefonar al señor Hoey, en Copenhague.

— Sí, gracias — dijo Inge sin gran interés —. Dígale a mi padre que tengo suficiente dinero. Puedo pagarme un taxi hasta casa.

Cuando el hacendado hubo salido para hacer la llamada, las dos muchachas se quedaron durante un rato sin hablar. Al final, Inge dijo impulsiva:

— Eres estupenda. Me gustas.

— ¡No me digas! — sonrió Puck—. Y ¿por qué?, si se puede saber.

Inge se encogió de hombros:

— Es un poco difícil de explicar... Pero..., bueno, quizá se debe a la paliza que me has dado. Nunca me había ocurrido antes, y quizá me fue bien.

— Es muy posible — admitió Puck sonriendo —. Pero no creo que seas tan mala como la gente cree.

—Soy mucho peor, de veras.

Puck se rió. Inge Hoey había sido siempre, sin duda, una muchacha malcriada, pero tenía encanto, y en aquellos instantes parecía incluso humana. ¿Sería posible que aquel cambio en el comportamiento de Inge se debiera a la paliza? Parecía mentira sin embargo; por el momento no encontró otra explicación.

Inge echó una rápida mirada a la puerta que daba al despacho del hacendado y dijo en voz baja:

— Yo no sé por qué me eres tan simpática, pero da igual. Lo principal es que haces el papel de protagonista en una película que debe llegar a ser un éxito. Lo deseo por ti. Pero hay que tener cuidado de que no ocurra algo que lo estropee todo.

— ¿En qué estás pensando?

— En Smith, el ayudante del director. Odia a Poulsen de todo corazón. Y si tiene alguna oportunidad de estropear la película, lo intentará. No soportará que Poulsen tenga éxito. No le pierdas de vista.

Inge dio un golpecito amistoso en el hombro de Puck y terminó:

— Te digo todo esto sólo porque empiezo a apreciarte.



Naturalmente, el señor Poulsen estaba furioso por la inesperada desaparición de Puck. Parecía a punto de estallar cuando, hora y media más tarde, ésta llegó en el gran coche americano del hacendado Holm.

— ¿Qué significa esto?... —empezó el director.

— Tranquilícese, señor Poulsen — le interrumpió el hacendado —. Tenemos una buena excusa para llegar tarde.

— No hay excusa posible...

— Claro que la hay. Mi pequeña amiga Puck encontró a la desaparecida Inge Hoey, la cual va ahora camino de Copenhague... Además, antes de marcharse, admitió haber sido culpable de lo ocurrido en el camión de sonido.

— ¡Qué maravilla! —exclamó Poulsen asombrado.

Holm asintió con la cabeza y le dio una breve explicación de todo, mientras Poulsen escuchaba sin poder creer lo que oía.

Aún había suficiente luz para tomar un par de primeros planos de Puck en la «Danza prima» y, poco después, sonó la orden:

— ¿Listos para rodar?

El bullicio en la plaza cesó y fue dada una nueva orden:

— ¡Cámara, acción!

Después de media hora de trabajo, el director quedó satisfecho con el resultado, y su cara se distendía en una amplia sonrisa.

Sólo tenía elogios para Puck, que había actuado maravillosamente ante las cámaras y el largo día de trabajo terminó entre risas y bromas.

El hacendado que se había quedado en la plaza para contemplar la filmación, preguntó a Poulsen:

— ¿Cuándo estará terminada la película?

— Pasado mañana, si todo va bien y el sol no nos juega una mala pasada.

— No lo creo — sonrió Holm — Estamos en época de buen tiempo... Además acaba de ocurrírseme una idea: me gustaría celebrar una gran fiesta en mi granero de la «Granja del Este» para todo el personal, y naturalmente para los chicos del pensionado de Egeborg también. ¿Qué le parece?

— Sería formidable, pero le va a causar grandes molestias.

— A mi mujer y a mí esta clase de molestias — nos encantan rió el hacendado —. Entonces, de acuerdo; pasado mañana en el granero.

— Gracias por la invitación. Hasta pasado mañana.

* * *

Puck no logró quitar de sus pensamientos el aviso de Inge sobre Smith. ¿Sería posible que éste fuese una persona tan malvada que intentara estropear la película?

Seguramente Inge no había hablado por hablar. No obstante ¿cómo podía Smith llevar a cabo su plan? El film estaba casi terminado, y le sería difícil hacer sabotaje de ninguna clase.

Además, no era seguro que «Señorita Primavera» fuese el gran éxito que todos parecían esperar.

* * *

— La filmación del día siguiente transcurrió sin novedad. Poulsen estaba satisfecho con el trabajo. Poco antes de volver al hotel, el director llamó aparte a Puck:

— Bueno, esto casi es el final, Bente, y tengo que admitir que estoy satisfecho de tu trabajo. Estoy seguro de que la película tendrá gran éxito y será gracias a tu labor.

— Oh, yo no... —dijo Puck tímida.

— Sí, es la pura verdad. Tienes un don especial para actuar ante las cámaras, y supongo que te gustaría ser actriz de cine, ¿verdad?

— Ni lo sueñe.

— ¿Cómo?... —dijo asombrado el director.

Puck sonrió:

— Sé muy bien que miles de muchachas sólo desean convertirse en estrellas de cine, porque creen que la vida de una actriz es una especie de cuento de hadas, pero yo no pienso así. Encuentro formidable que una buena estrella logre divertir a muchos espectadores con su arte, pero para mí sería una vida vacía, y prefiero estudiar otra carrera que me llene más: medicina o algo así. Espero que no me tome a mal lo que le acabo de decirle.

El director Poulsen le dio un golpecito amistoso en la mejilla:

— No, claro que no, hijita. He visto lo suficiente durante los años que llevo trabajando en el cine para darte la razón.

— Por lo que acaba usted de decir — sonrió Puck —, cualquiera creería que odia usted el cine.

— No, no lo creas. Es mi medio de vida. Además, yo no soy estrella.

— No, claro... — murmuró Puck.

— Bueno, Bente, es hora de volver al pensionado. ¿Quieres que te lleve en el coche?

— Gracias —dijo Puck cortés—, pero, si no le importa preferiría dar un paseo por el bosque.

— Como quieras. ¡Nos veremos mañana a la hora prevista!

— Hasta mañana, señor Poulsen.

Poco después, Puck caminaba por el bosque con un tiempo primaveral. Tenía muchas cosas en qué pensar: al día siguiente terminaría la filmación y ella tendría una experiencia más. Pero, ¿sería más feliz por ello?

No; desde luego, no.

Una vez más empezó a pensar en el ayudante del director y su buen humor desapareció. ¿Sería verdad que Smith estaba tramando algo contra Poulsen?

De repente se paró. Había oído algo, algo que no era normal en un bosque tranquilo.

¿Qué era aquello? Se quedó donde estaba y miró en derredor. Un poco más adelante vio a alguien que se movía entre los troncos. Era un hombre. Estaba haciendo algo, pero Puck no logró ver qué. Su curiosidad la venció y, con mucha cautela, empezó a deslizarse hacia aquel lugar, teniendo buen cuidado de esconderse tras los arbustos y matorrales y de no pisar las ramas que había por el suelo.



Cuando llegó más cerca se paró llena de asombro: El hombre estaba cavando un hoyo en el suelo. ¡Y aquel hombre era Smith, el ayudante del director!

* * *

Puck se quedó helada. ¿Cuáles eran las intenciones de aquel hombre? Si cavaba en el bosque sería sin duda para esconder algo allí, pero, ¿qué? Desde su escondite, Puck no lograba ver si Smith tenía algo a su lado.

De repente sintió escalofríos. El horrible pensamiento de que Smith hubiese matado a alguien o pensara hacerlo cruzó por su mente.

Luego se tranquilizó. Esas cosas sólo pasaban en las novelas baratas. Smith era una persona malvada y vengativa, pero no por eso iba a ser un asesino. No, la explicación tenía que ser otra. Quizá había robado la caja fuerte de la compañía y la estaba escondiendo para volver a buscarla en otro momento.

¿De qué otra cosa podía tratarse?

Puck se esforzó por verlo todo, pero habría de acercarse más

para distinguir si Smith tenía algo que enterrar. Con el sigilo de un gato empezó a avanzar hasta ver bien el lugar donde Smith cavaba.

¡No tenía nada a su lado!

Los pensamientos bullían en la cabeza de Puck. Si Smith se molestaba en cavar un hoyo tenía que haber una explicación. Era tonto pensar que estuviese buscando un tesoro, y como no tenía nada a su lado era evidente que estaba preparando un buen escondite. Pero ¿para qué?

Puck comprendió que de momento no podría encontrar la solución del misterio y decidió retirarse.

Dio un par de pasos hacia atrás y pisó una rama seca que dió un chasquido al romperse. Smith miró en derredor, pero no logró ver a Puck, que estaba bien escondida detrás de un grueso tronco.

La muchacha sentía los fuertes latidos de su corazón. Casi no se atrevía a respirar, pensando que Smith llegaría hasta su escondite para ver lo que pasaba.

Sin embargo no ocurrió nada.

Al no ver a nadie, Smith creyó que se trataba de un animal y siguió cavando. Puck se quedó como clavada al suelo. Le hubiera gustado marcharse, pero no quería correr ningún riesgo. Lo más seguro sería esperar. Smith no iba a seguir cavando hasta media noche.

En efecto; unos minutos más tarde, el ayudante pareció satisfecho de su trabajo.

Cuando Puck miró con mucha cautela, vio que el ayudante del director escondía la pala bajo un montón de hojas secas. Luego el hombre miró en derredor y abandonó el lugar.

Por la noche, Puck explicó a sus tres amigas del «Trébol de Cuatro Hojas» lo ocurrido en el bosque.

— Quizá ese tipo piensa convertirse en jardinero — comentó Navio.

— O quizá se entrena para cavar zanjas —añadió Karen irónica—. No. Tiene que haber algo más tras todo esto... Algo muy serio sin duda. Pero no podemos preguntárselo al hombre. ¿Tienes alguna sospecha, Puck?

— No. No comprendo qué pretende hacer con ese hoyo; sin embargo, confío en que se aclarará el misterio.

— Ésa es una investigación ideal para ti — opinó Navio.

— Eres un encanto pensando que yo puedo resolverlo; sin embargo, creo que este caso es demasiado para mis pobres fuerzas.

— ¡Tonterías! Cuando capturaste a la pequeña estrella de cine, te convertiste en una heroína. Y no puedes defraudarnos ahora. Los ojos de toda la nación —dijo Navio con sorna— están puestos sobre tu persona.

— Espero no desilusionar a la «nación» — sonrió Puck —. No soy bruja ni clarividente.

* * *

Al día siguiente fueron filmadas las últimas secuencias de la película. Todo salía según los planes previstos y todos estaban de muy buen humor.

El primer incidente desagradable ocurrió después del almuerzo, y fue provocado por Smith. Poulsen no había quedado satisfecho de una escena con Puck y quería repetirla.

— Ha estado muy bien, según mi opinión —comentó Smith—, y no comprendo por qué vamos a perder el tiempo repitiendo la escena.

Poulsen le miró incrédulo y tardó un par de segundos en contestar:

— Oiga, ¿quién se ha creído que es usted, Smith? ¿Supone que no sé lo que hago?

— Pues..., si quiere saber mi opinión...

— No; no la quiero saber para nada. Y en adelante límitese a hacer su trabajo —ordenó Poulsen, que se esforzaba por dominar su rabia.

Puck contempló desolada a los dos hombres. Sabía que Poulsen tenía razón en aquel instante y que Smith sólo trataba de molestarle. ¿Qué tramaría aquel hombre?

Puck no supo contestar a esta pregunta por el momento; sin embargo, tenía la sensación de que Smith seguía un plan trazado de antemano. ¿Tendría algo que ver con aquel hoyo en el bosque? Parecía descabellado creer que ambas cosas estuvieran relacionadas entre sí. No obstante confiaba en que pronto tendría una aclaración de todo aquello.

Durante la hora siguiente todo fue de mal en peor. Smith intervenía sin cesar en las decisiones de Poulsen y se mostraba tan insolente que el director, al final, estalló:

— ¡Cierre ya su tonta boca, Smith! ¿Qué se ha creído? ¡El director de esta película soy yo!

Smith se encogió de hombros con un gesto de arrogancia:

— Sí, ya sé que usted es el director, y lo siento por la película.

La paciencia de Poulsen se acabó. Durante un instante cerró los puños y parecía que iba a lanzarse contra Smith. Luego lo pensó mejor y se limitó a rugir:

— ¡Ya le he escuchado lo suficiente, y no quiero volver a verle! Es usted un imbécil. ¡Largo de aquí! Puede volver al hotel y hacer sus maletas.

— ¿Qué me llamó usted antes? — preguntó Smith provocativo.

— ¿No conoce usted el idioma?

— Sí.

— Pues en ese caso sabrá deletrear la palabra i-m-b-é-c-i-l-, que es justo lo que usted es.

— No pienso aguantar más insultos de usted, Poulsen. Puede estar seguro de que me quejaré a la administración.

— ¡Cállese ya, y largo de aquí!

— ¿Me echa usted? — preguntó Smith, nervioso.

Poulsen asintió con los dientes apretados:

— Sí. No creo que quede ninguna duda, aunque usted parece un atrasado mental. ¡Largo de aquí, repito! Tenemos que terminar la filmación sin que usted se entrometa más.

— Está bien. Me voy.

— ¡Fabuloso! ¡Y no vuelva más!

Hubo un gran silencio. Todos estaban de parte de Poulsen. Durante las últimas horas, Smith había hecho todo lo posible para molestarle, y era razonable la reacción del director.

Smith dio media vuelta y abandonó el lugar sin decir más. Poulsen le vio marchar, y luego ordenó:

— ¿Listos para el rodaje?

El resto de la filmación transcurrió sin incidentes. Eran más o menos las cuatro de la tarde cuando se rodó la última secuencia, y seis mil metros de película estaban listos para ser montados.

Poulsen respiró hondo. Estaba seguro de que «Señorita Primavera» tendría éxito en las salas de proyección, y de que sus preocupaciones habían terminado.

Pronto iba a cambiar de opinión.

Media hora más tarde todo estaba listo para el traslado al hotel. Poulsen había recuperado por completo su buen humor; ni siquiera se inmutó cuando, al llegar al hotel de Oesterby, se enteró de que Smith había hecho las maletas y se había marchado.

Para mostrar su gratitud al equipo, Poulsen invitó a todos a tomar una copa en el bar del hotel. El ambiente era muy alegre.

Dos horas después debían asistir a una fiesta en la «Granja del Este». Sería un maravilloso final de tan fatigoso trabajo.

Entonces llegó la terrible noticia.

Cuando más alegres estaban, entró Skov, el «cameramen», en el bar y se dirigió al señor Poulsen:

— ¡Poulsen!... ¡Es horrible!... No sé cómo decírselo...

— ¿Qué pasa?

— Todas las cajas de película filmada han desaparecido.

— ¿Qué? —exclamó el director, levantándose de un salto—. ¿Ha desaparecido todo lo que hemos hecho estos días?

— Sí —asintió Skov—. Fui al camión para guardar los últimos trozos de película, y entonces descubrí que faltaban unas diez cajas.

— No puede ser —exclamó Poulsen dándose con el puño en la frente—. ¿Va a continuar la locura? ¿Está usted completamente seguro, Skov?

— Lo siento, pero estoy totalmente seguro.

Todos los miembros del equipo se habían reunido en torno a los dos hombres. Se oía un murmullo confuso. ¡Aquello era horrible! Si no lograban encontrar las cajas de película, gran parte de su trabajo habría sido inútil y costaría una fortuna volver a repetirlo.



¿Cuándo han desaparecido? — preguntó Poulsen sin fuerzas.

— Debíó de ocurrir durante el almuerzo —contestó el «cameraman». Vi las cajas poco antes del descanso; pero mientras

comíamos no se quedó nadie en el camión. ¿Cree usted que Inge Hoey ha vuelto a las andadas?

— No, imposible —contestó Poulsen—. Esa chiquilla ha vuelto con sus padres a Copenhague.

— ¿Smith, entonces?

El director asintió con las cejas fruncidas:

— Es más probable... A menos que se trate de algún vagabundo que haya creído llevarse un gran botín. Sin embargo, no veo razón alguna para que tipos así roben cajas de película.

—No, claro que no.

— Tenemos que avisar en seguida a la Brigada Criminal de Sundkoebing — decidió Poulsen —. No podemos acusar a Smith de nada. Es trabajo de la policía dar con el culpable.

Puck escuchaba atentamente, sin intervenir. Sentía mucho lo que había pasado, pero no podía ayudar... Por el momento todo parecía tan confuso. También sentía lástima por Poulsen que, a pesar de su mal genio, era una buena persona.

¡Ojalá pudiera hacer algo!

Poulsen se quedó callado durante un buen rato, y al fin dijo:

— Voy a avisar a la policía. Y..., bueno, siento decirlo, pero no habrá fiesta esta noche en la Granja del Este.

Casi en aquel mismo instante, Puck se acordó de algo. De un salto se metió en el centro del grupo, y les dijo muy alegre:

— Pueden estar todos seguros de que celebraremos una fiesta esta noche. ¡Una fiesta magnífica!



Las palabras de Puck dejaron estupefactos a todos los presentes.

¿Cómo podía una chiquilla hablar así en aquellos momentos? Era evidente que algo no funcionaba bien en su cabeza.

Poulsen fue quizá el más sorprendido de todos, y preguntó:

— Pero, ¿qué estás diciendo, Bente? Si yo digo que la fiesta se suspende, sé bien lo que digo y debes entenderlo. ¿Te has vuelto loca de repente?

Puck se rió de buena gana:

— No, nada de eso, señor Poulsen; pero de repente se me ha ocurrido una cosa.

— ¡Ya! —gruñó el director, molesto—. ¿De qué se trata?

— Se trata de que vamos a celebrar la fiesta esta noche, porque estoy casi segura de que dentro de un par de horas encontraremos las cajas de película desaparecidas.

— ¿Cómo? — preguntó asombrado el señor Poulsen.

— Eso es asunto mío —sonrió Puck—. Lo más importante en este momento es no defraudar al hacendado Holm, que se ha esforzado en preparar una fiesta en nuestro honor. Propongo que todos se vayan a la Granja del Este a la hora prevista... Luego iré yo con la película.

— Eso no son más que palabras — exclamó Poulsen; pero en su voz había una pequeña llama de esperanza, y luego añadió—: Admito, Bente, que respeto tu inteligencia; sin embargo, me gustaría saber cómo has pensado resolver este asunto tú sola.

— Si no le importa, lo guardaré como una sorpresa — dijo con misterio Puck—. No puedo decir más por el momento; no obstante, estoy casi segura de que no le defraudaré.

El director parecía dudar, pero luego asintió:

— Está bien, Bente, de acuerdo... Pero no me gustaría estar en tu pellejo si me fallas.

— No le voy a fallar.

Cuando, diez minutos más tarde, Puck regresaba al pensionado de Egeborg tuvo repentinos remordimientos. Hacía sólo un cuarto de hora, su idea le había parecido excelente. Pero ¿qué pasaría si su sospecha no se confirmaba? Sería un fracaso terrible.

Al llegar al colegio fue en busca de Alboroto y Cavador que, como era habitual en ellos, se encontraban en el sótano con sus queridos ratoncitos blancos. Los dos pillastres la vieron entrar con caras llenas de esperanza. Alboroto le preguntó:

—¿Qué te pasa, angelito? Cuando vienes volando de esta manera, siempre está a punto de ocurrir algo emocionante. Cuéntale a tu viejo tío Alboroto de qué se trata esta vez.

Puck se sentó en el banco de madera junto a los chicos y empezó a explicarles todo lo ocurrido aquel día y la desaparición de la película. Los chicos la escucharon en silencio y, cuando terminó su relato, Alboroto dijo:

—Todo esto suena muy emocionante, Puck, pero aun poniendo mi mejor voluntad, no logro comprender qué podemos hacer nosotros.

—Tampoco he terminado de contarlo todo. Estoy dispuesta a apostar mi asignación de medio año a que el culpable ha sido el antipático ayudante del director, y que escondió las cajas en el bosque al lado del lago Ege.

—Y ¿cómo puedes saber tú eso?

—Ayer por la tarde —informó Puck— le vi por casualidad cuando cavaba un hoyo. No metió nada en él; sin embargo, estoy segura de que no cavó por cavar. Por eso creo que ayer ya tenía planeado robar las cajas con la película, y necesitaba preparar un buen escondite, pues debía actuar con prisas.

Alboroto asintió con un gesto de aprobación:

—Todo eso es muy probable, Puck. Si no me conociera ya a mí mismo, diría que tú eres el genio más grande de todo el pensionado de Egeborg. ¡Bien! Y ahora, ¿qué hacemos?

Iremos a desenterrar las cajas y las llevaremos a la Granja del Este, cuando la fiesta haya empezado.

—Pero quizá Smith haya destruido la película.

—No digas bobadas, Alboroto. No se hubiera molestado en hacer aquel hoyo si hubiese pensado destruirla. Puedes estar seguro de que esta tarde se esforzó en molestar a Poulsen para que éste le echase, y cuando lo consiguió se fue tranquilamente a esconder las cajas. Así no había ninguna prueba contra él.

—También eso suena posible —admitió Alboroto.

—¿Recuerdas el sitio del hoyo? —preguntó Cavador.

—No soy tonta del todo. ¡Claro que me acuerdo!

Los dos revoltosos muchachos intercambiaron una mirada.

—Está bien, Puck —aceptó Alboroto—; iremos contigo. Pero si las cosas salen mal, tú serás la culpable. ¿Llevaremos una pala?

—No hace falta. Vi que escondía una bajo un montón de hojas secas. Todo irá a pedir de boca, ya lo veréis.

—Esperemos que así sea — gruñó Alboroto —. Suelen tener un sexto sentido tratándose de estas cosas. Claro que debes agradecer a tu hada madrina el tener nuestra ayuda.

—Estoy rebotando gratitud — rió Puck —. No sé cómo me enfrentaría con la vida sin vosotros. Saldremos dentro de una hora.

—De acuerdo, angelito. ¿Iremos en bicicleta?

—Eso había pensado. Mi dinero no llega para tomar un taxi. ¡Hasta la vista!

Puck se marchó de prisa, y los muchachos continuaron sus juegos con los ratoncitos blancos.

* * *

En la Granja del Este habían hecho todos los preparativos para celebrar una gran fiesta.

El granero estaba adornado con flores y guirnaldas; grandes mesas, bien provistas de comida y bebida, habían sido preparadas, e incluso se había contratado un conjunto moderno, de cuatro músicos.

En todos los aspectos parecía que iba a ser una fiesta magnífica, y, a pesar de ello, el ambiente era tenso. Todos pensaban en la película desaparecida.

Poulsen, sobre todo, estaba triste y callado, aunque tenía la sensación de poder confiar en la inteligencia de Puck. Una prueba de ello era que ni siquiera había avisado a su compañía de la desaparición de la película. Si Bente Winther era capaz de arreglar el asunto, no valía la pena preocupar a más personas.

La fiesta transcurría lentamente. Todos esperaban a Puck. Pero tuvieron que esperar un buen rato.

Con Alboroto y Cavadador, Puck había ido en bicicleta hasta el lugar del bosque donde el ayudante del director había estado haciendo un hoyo.

— Éste es el lugar —aseguró Puck—, y, si nadie se la ha llevado, la pala está escondida bajo aquel montón de hojas secas.

— ¡Manos a la obra! —animó Alboroto—. Ven, Cavadador.

Un momento después los dos chicos encontraron la pala y, siguiendo las indicaciones de Puck, empezaron a cavar. Aunque el lugar había sido cuidadosamente cubierto con hojas secas, era

evidente que alguien había estado removiendo la tierra recientemente.

— Estoy seguro de que estás en lo cierto — dijo Alboroto, apartando un montón de tierra con la pala—. Aunque esta vez no se trata de encontrar un viejo tesoro. Pero no por eso...

— ...tendremos menos éxito —concluyó Cavador dando una patada a la tierra suelta—. Tú sigue cavando, Alboroto.

Alboroto hundió de nuevo la pala en el agujero y oyeron como chocaba contra algo metálico.

— ¡Con cuidado! — exclamó Puck que casi no podía respirar de emoción.

— No hago otra cosa, angelito —gruñó el aludido—. Tú, tranquila.

Luego vieron el brillo del metal de las cajas.

— ¡Bravo! —gritó Puck—. Ahí están.

Se puso de rodillas y empezó a quitar la tierra con las manos. Un momento después tendía una de las cajas a sus amigos.



—¡Fijaos! Hemos salvado la fiesta. Sigue cavando, Alboroto.

— ¡A la orden!

Alboroto se secó con la mano unas gruesas gotas de sudor y continuó su tarea con movimientos enérgicos. Una caja tras otra fueron apareciendo y las apilaron junto al hoyo. Alboroto siguió cavando un par de minutos antes de tirar la pala e informar:

— Ya no queda ni sombra de películas en este hoyo. Creo que hemos hecho un buen trabajo y, tanto Cavador como yo, nos inclinamos hasta el suelo ante tu ingenio, Puck.

— Podéis inclinaros cuanto queráis, pero tened cuidado de no caer os en el hoyo — rió Puck, alegre.

Tras una mirada a la pila de cajas, Alboroto preguntó:

— ¿Qué hacemos ahora, Puck?

— Llevaremos las cajas a la Granja del Este, donde estoy segura de que serán recibidos con júbilo.

En aquel instante sonó una voz iracunda a sus espaldas:

— ¡No vais a llevar nada a ningún sitio!.

Los tres amigos dieron media vuelta, asustados. Al reconocer al personaje que les había descubierto, Puck exclamó:

— ¡Smith!... ¡Es usted un ladrón!

— Poco a poco —rió con desdén el ayudante del director—. Crees dominar la situación, pero yo te voy a enseñar a ti, y a esos dos mocoses, que estás equivocada. Voy a destruir la película... Y ¡ahora mismo!

— Está usted loco, señor Smith. Si la película es destruida, usted irá a la cárcel. Y eso no le gustaría, ¿verdad?

— Me da exactamente igual —rió el ayudante, y su risa estaba llena de maldad y de locura—. Quiero venganza, y vosotros no me lo vais a impedir. ¿Lleváis cerillas?

— No —contestó Alboroto con cara sombría—. Y ahora ¿qué piensa usted hacer?

—Vais a abrir todas las cajas, y luego haremos una hoguera con la película. Si vosotros no lleváis fósforos, yo, por fortuna tengo encendedor. Nos vamos a divertir.

—Smith... —empezó Puck desolada.

—Tú, cállate —interrumpió con desdén el demente—. Aquí soy yo el más fuerte. Puedes estar segura de que mi venganza contra ese altivo idiota de Poulsen será perfecta. Abrid esas cajas de inmediato.

Los dos chicos intercambiaron una rápida mirada y Alboroto musitó:

—Nos lanzaremos sobre él.

Sin embargo, el ayudante pareció adivinar sus intenciones porque, con un rápido movimiento, sacó una pistola de su bolsillo y apuntó a los dos muchachos.

—¡Nada de trucos! Si no hacéis lo que os digo, estoy dispuesto a pegaros un tiro.

—¡Ay, no! — suspiró Puck asustada —. Esto es horrible, Smith.

—No, no es tan horrible, «Señorita Primavera». Si tus dos amigos obedecen, no les pasará nada. Y ahora, a trabajar imbéciles.

Alboroto asintió, desesperado:

—Está bien. Usted gana.

Se inclinó sobre las cajas y, cuando Cavadore hizo lo mismo, musitó:

—Cuando yo diga «ahora» nos lanzaremos sobre él. ¿De acuerdo?

—Pero...

—No digas nada. Apuesto dos coronas a que no nos pasa nada.

—¿En efectivo?

—Claro... ¿De acuerdo?

—Sí... Sin embargo...

—No digas nada más.

—Está bien.

Los muchachos estuvieron un momento inclinados sobre las cajas, mientras Smith seguía apuntándoles con la pistola. Entonces Alboroto gritó:

— ¡Ahora!

Como dos centellas, y mientras Puck gritaba de terror, los muchachos se lanzaron sobre Smith que, sorprendido, retrocedió unos pasos sin utilizar su arma.

El choque le lanzó por el suelo, y los dos fuertes chicos se echaron encima de él como fieras.

La lucha fue breve, pero violenta. Al final, Smith pidió clemencia.

— ¡Basta!... ¡Basta!... Me rindo.

— Está bien — jadeó Alboroto —. Si intenta nuevos trucos le daremos otra paliza. Pero creo que ya tiene bastante, ¿verdad?

— Sí, sí...

— Bien. Levántese y no intente nada. Si lo hace, al final de la paliza que pensamos darle, le meteremos en el hoyo que usted mismo cavó. ¿Queda claro?

Smith gruñó algo ininteligible.

— Muy razonable — admitió Alboroto sacudiéndose el polvo de su ropa—. Se ha portado muy mal, pero ahora va a tener su castigo. Como estas cajas pesan lo suyo, las va a llevar usted solito hasta la

Granja del Este. Y me atrevo a decir que será recibido con mucho júbilo por parte de todos. ¡A ver si se apresura!

— Pero... Yo...

— ¡Cállese ya, y andando!

Smith vaciló un instante, pero tuvo que admitir que tenía la batalla perdida.

Poco después había levantado la pila de cajas y Alboroto le ordenó:

— Irá delante de nosotros, directamente a la Granja del Este. Y repito: no intente nada o lo lamentará.

Y el ayudante obedeció. Con su pesada carga en los brazos empezó a caminar por el bosque y luego por la carretera que llevaba hasta la granja. Los tres amigos le seguían a unos metros de distancia.

Cuando llevaban caminando un rato, Puck dijo con admiración:

— Habéis sido muy valientes enfrentándoos con un hombre armado. Pero..., ¿qué hubiera ocurrido si él hubiese disparado su pistola?

Alboroto le dio un amistoso golpecito en el hombro:

— Querida Puck, tienes mucho que aprender. Si algún día tu tío Alboroto tiene un rato libre, prometo darte lecciones. ¿Sabes? Yo conozco el aspecto que tiene una pistola de verdad. Cavador y yo no corrimos ningún riesgo. El tipo este nos apuntó con una pistola de teatro.

* * *

El ambiente en la Granja del Este había mejorado un poquito, las mesas habían sido apartadas a un lado y los invitados bailaban al son de la orquesta.

Sin embargo, nadie se explicaba la tardanza de Puck. ¿Dónde debía de estar?

Incluso el director Poulsen empezaba a tener sus dudas respecto a Puck:

»Es una chica inteligente, pero eso no quiere decir forzosamente que pueda hacer milagros —pensaba. Decididamente, la fiesta iba a ser un rotundo fracaso.

Poulsen se sentó con el primer «cameraman» en un rincón del granero. Estaba triste y acabado.

En aquel instante se abrió la puerta.

Todos los presentes tenían la sensación de que algo iba a ocurrir. Las conversaciones cesaron al igual que la música. Todos miraron atónitos la extraña procesión que en aquel momento entraba. Delante iba el ayudante Smith con una pila de cajas de metal en los brazos y, pisándole los talones, Puck, Alboroto y Cavador.

Apenas habían entrado. Alboroto ordenó:

— Deje las cajas allí, grandísimo cabezota.

Smith obedeció y Alboroto continuó, alegre:

— Bueno, ya hemos llegado y «Señorita Primavera» está a salvo. No falta nada, señor Poulsen, gracias a Puck, que hoy ha mostrado tener la cabeza en su sitio. Por eso la nombro «héroe del día».

— Heroína —sonó una voz, rectificando.

Sin embargo no se dejó interrumpir:

— Ni hablar. Juana de Arco fue una heroína y la quemaron los ingleses en la hoguera; sin embargo, Puck es mucho más grande y no va a ser quemada. Por eso tenemos la oportunidad de felicitarla y hacerle este homenaje. Sabía dónde buscar la película y, para nosotros, fue coser y cantar echarle una mano.

Señaló a Smith y continuó:

— Ahí está el culpable que podía habernos estropeado la diversión. Según mi opinión es un desgraciado; sin embargo, no seré yo quien le juzgue. Pero, si hubiera de hacerlo, encendería una hoguera en medio del patio y lo echaría al fuego.

El director Poulsen había recuperado su buen humor y dijo:

— No. No podemos hacer eso. Todos estamos de acuerdo en que Smith es un tipo desagradable, que no tiene derecho a estar en nuestra compañía; por eso voy a rogarle que se largue lo más rápidamente posible. «Aunque se ha portado con tanta maldad, Smith, no le ocurrirá nada. Sin embargo, aquí estamos celebrando una fiesta, y sólo podrá continuar en cuanto usted haya desaparecido. ¡Fuera!

Entre abucheos, el ayudante salió del granero. Y entonces se celebró la fiesta de verdad. Todos estaban animados y alegres. El hacendado Holm, que se había enterado del drámatico incidente, hizo abrir unos barrilitos de cerveza para los adultos, mientras los chicos tenían a su disposición una infinita variedad de refrescos, pasteles, frutas y helados. No faltaba nada.

Cuando todos celebraban el final feliz, llegaron el director Hoey

y su mujer, con su hija Inge.

Era una pequeña sorpresa preparada por el hacendado Holm.

Sin darle mucha importancia al asunto, Hoey explicó que había hablado seriamente con su hija. Tanto él como su mujer habían comprendido que la mimada niña había llegado a creerse el centro del mundo.

Los pasados acontecimientos les habían hecho reflexionar y, después de una conversación con el director Frank del pensionado de Egeborg, habían decidido internarla allí.

Lo más extraño de todo es que Inge no parecía oponerse. Había creído ser una estrella pero, después de la paliza que le había dado Puck, cambió totalmente de idea. Incluso le parecía maravilloso convertirse en una alumna más del pensionado.

Los alumnos de Egeborg se divertían en grande. En medio del jolgorio, el director Poulsen se levantó y pidió la palabra.

— Ahora que hemos terminado el rodaje de «Señorita Primavera», me gustaría pronunciar unas palabras. Llevo muchos años en el mundo del cine; sin embargo, nunca había tenido tantos contratiempos y preocupaciones como con esta película. Casi desde el principio todo nos fue mal; tanto, que en varias ocasiones he estado al borde de una crisis de nervios.

Sonrió a Inge y a sus padres, y continuó:

— La verdad, Inge; tú fuiste un gran problema, pero vamos a olvidarlo. Según parece, estás arrepentida y te has convertido en una chica sensata. Por propia voluntad has dicho adiós al cine, y creo poder afirmar que has hecho bien. Yo he pasado gran parte de mi vida haciendo cine, y puedo asegurar que no sólo se pasan ratos buenos, sino que la mayor parte de los ratos son malos. A veces he estado a punto de tirarlo todo por la borda. Quizá suene extraño que un viejo cineasta como yo diga estas cosas; sin embargo, estoy convencido de que una joven debe pensarlo por lo menos veinte veces antes de intentar hacerse un camino en el mundo del cine.

Carraspeó y añadió:

— Pero, naturalmente, también existen ratos buenos. De vez en cuando ocurren cosas maravillosas que llegan al corazón. Y esto he sentido desde el momento en que Bente Winther, o Puck como la llamáis, empezó a trabajar conmigo. ¡Es una chica de primera!

— ¡Es verdad! ¡Es verdad! —gritaron los compañeros de Puck.

Poulsen continuó sonriente:

— Sí. No hay elogios suficientes para ti, Puck. Ha sido muy fácil trabajar contigo. Además, has demostrado ser una muchacha muy inteligente. Con tus dos compañeros Alboroto y Cavador, has realizado un buen trabajo hoy. Me habéis hecho un gran favor, no sólo a mí, sino también a la «Compañía Cinematográfica Danesa». Por ello no exagero al decir que eres una heroína y pido a todos los presentes que demos tres hurras en honor de Puck.



Todos se levantaron y sonaron tres forlísimos hurras, seguidos de estrepitosos aplausos. Todos estaban de acuerdo en que el elogio a Puck por parte de Poulsen era merecido.

Sin embargo, la «heroína» estaba avergonzada. Puck siempre había sido una muchacha modesta y se sentía incómoda escuchando tanta aclamación y alabanza. Además, en aquel caso consideraba que los verdaderos héroes eran Alboroto y Cavador.

En su gran modestia, olvidaba que los chicos no hubiesen podido hacer nada si ella no hubiera tenido la intuición de lo que había ocurrido en el bosque. Sus compañeros la contemplaban sonrientes y gritaron, entusiasmados:

— ¡Ahora te toca hablar a ti!... ¡Habla, Puck!... ¡Que hable la «heroína»!...

Y Puck se levantó, colorada como un tomate, y empezó tartamudeado:

— Pues... ¡Ejem!... Quiero darles las gracias al director por sus amables palabras que, en mi opinión, son algo exageradas. Estoy muy contenta si ha quedado satisfecho con mi trabajo en la película, pero quiero hacer constar que no se puede hacer nada sin un buen director..., ¡ejem!..., aunque tenga mal genio...

— ¡Bravo!... ¡Bravo!... —sonaron voces por todas partes.

La sonrisa de Poulsen era franca, y Puck continuó:

— Yo no tengo ningún deseo de hacer carrera en el cine. Mi padre, que desafortunadamente se encuentra lejos de aquí, quiere que estudie Medicina, y estoy de acuerdo con él. También estoy segura de que ser doctora y ser estrella de cine a la vez, no podría ser.

Hizo una pequeña pausa y luego añadió alegre:

—Bueno, dejémoslo. Sólo quería añadir que, cuando esta noche el señor Poulsen me ha colmado de alabanzas por encontrar la película, se ha equivocado. Porque si no hubiera tenido yo a mi lado a estos dos grandísimos pillastres, no hubiera podido hacer nada en absoluto.

— ¡Es verdad!... ¡Es verdad!... —gritaron los compañeros de colegio.

Puck no se dejó interrumpir sino que, sonriendo, continuó:

— También quiero decir que casi no sabría cómo vivir sin ellos. Hoy han mostrado una valentía sin igual, y me gustaría darles las gracias por ello. Por eso pido a todos que se levanten y, juntos conmigo, lancen tres hurras por los tunantes más grandes de todo el reino de Dinamarca:

— ¡Bravo!... ¡Bravo!...

Todos se levantaron y de nuevo resonó el brindis en el granero. Poco después continuó el baile, y Puck no dejó la pista en toda la noche. Todos se peleaban por bailar con ella.

Fue una noche inolvidable.

* * *

Unos días después, Puck reanudó sus tareas en el pensionado. La aventura había terminado.

Había sido una inolvidable experiencia para ella; sin embargo, hacía mucho que se había decidido: aunque tenía posibilidades de convertirse en estrella de cine, no quería bajo ningún concepto que éste fuera su futuro. Se lo había escrito a su padre y él le había mandado a vuelta de correo una carta muy larga que terminaba con las siguientes palabras:

...y naturalmente tienes razón, querida hija. Son sólo las apariencias las que hacen del cine una aventura emocionante; sin embargo, cada moneda tiene su revés. Pero hablaremos de todo ello cuando dentro de poco esté de vuelta en Dinamarca. Si todo va según los planes previstos, llegaré dentro de un par de meses. Hoy los aviones son rápidos y no

tendré tantas molestias como el pobre Phileas Fogg, de «La vuelta al mundo en ochenta días»...

Y la carta terminaba con cariñosos saludos de su padre y de su madrastra. Puck era feliz al pensar que pronto vería a las dos personas a las cuales quería más que a nadie en el mundo. Era mil veces mejor estar con ellos que hacer el papel de protagonista en una película.

Para Inge Hoey, la nueva vida fue algo más difícil. Había ingresado en el pensionado; sin embargo, no logró acostumbrarse.

Tanto los profesores como sus compañeros se esforzaban por olvidar lo ocurrido en el camión del sonido, pero ella no logró hacer amistad con nadie.

Estaba continuamente ensimismada y sólo hablaba con Puck. Parecía como si se arrepintiera de haber dicho adiós al cine. Puck se convenció de ello un día, mientras daban un paseo junto al lago Ege.

Cuando Inge había caminado un buen rato con la cabeza gacha, Puck le preguntó en voz baja:

— ¿Estás triste por algo, Inge?

— Pues..., sí... Me parece que no logro acostumbrarme al colegio. Quizá no me acostumbre a ningún sitio ya.

— ¿Añoras el cine?

Inge asintió con expresión triste:

— Sí... Pero seguramente nadie querrá contratarme. Los periódicos han dicho tantas cosas feas sobre mí que la gente creerá que sigo tan consentida y mimada como antes.

Y preguntó con los ojos llenos de lágrimas, balbuceando:

— ¿También tú me encuentras imposible?

Puck la animó con un golpecito amistoso en el hombro:

— No, claro que no. Y los demás tampoco. Sin embargo, comprendo muy bien tu mal humor de estos días. Eso pasa cada vez que llega un nuevo alumno. Los primeros tiempos aquí son difíciles. No olvides que también para mí hubo primeros tiempos y, desde luego, no fueron fáciles. Sin embargo, con el tiempo logré acostumbrarme.

— Para mí no creo que nada cambie — lloró Inge —. Pero sólo yo tengo la culpa. Si no me hubiera portado tan mal, me hubieran permitido terminar «Señorita Primavera». Pero, ahora... Sólo he

logrado quedar en ridículo.

Puck no contestó en seguida; de repente se había sentido mal. Aunque ella no había hecho absolutamente nada para obtener aquel papel, era posible que Inge aún le guardase rencor. ¿Por qué tenía que ser así? Una estaba desolada por no poder hacer más películas, y la otra se sentía feliz por no estar obligada a hacerlas.

Desde luego, no era nada fácil. Pero ¿qué se podía hacer?

Si Inge continuaba así, terminaría enferma, y entonces volvería incluso a portarse como antes.

— No has quedado en ridículo, Inge — dijo al fin Puck —. Sin embargo, aunque ése fuera el caso, pasará pronto. Sobrevivirás, Inge. Sólo tienes catorce años... Todas las personas han quedado en ridículo en algún momento de su vida... Yo también, créeme; pero eso se olvida, y la vida sigue.

Luego añadió vacilante:

— Inge... ¿No estás..., no estás amargada por que yo hice tu papel?

La muchacha movió la cabeza lentamente y se secó un par de lágrimas:

— No, ya no. Al principio estaba furiosa; sin embargo, tú no buscaste la oportunidad. Además, ni siquiera nos conocíamos entonces.

Continuó con un leve hipo:

— Además me eres muy simpática, Puck, y me has hecho mucho bien. No me lo merecía.

— Claro que sí...

— No, tú tenías toda la razón para estar furiosa conmigo; pero ahora sólo me queda desearte toda la suerte del mundo con «Señorita Primavera». ¡Seguro que la película será un gran triunfo para ti!

Puck no pudo dejar de sonreír, tenía gracia que Inge hubiese dicho «gran triunfo», y se apresuró a contestar:

— Quizá sea un triunfo, Inge, pero también será mi última película. Tú y yo somos muy distintas.

— Sí que somos muy distintas.

Inge tragó saliva y continuó:

— Sin embargo deseo de verdad que «Señorita Primavera» tenga éxito. ¡Te deseo suerte, Puck!

Luego se alejó llorando. Puck la llamó, pero la muchacha continuó corriendo hacia el edificio principal.

Con un hondo suspiro, Puck siguió andando tras ella. ¡La vida, a veces, podía ser muy difícil!

F I N